

M. 1.103. E

UNA VENTANA ABIERTA SOBRE EL MUNDO



El Correo de la Unesco



Número especial

**25 siglos
de arte y de
pensamiento
búdicos**

**JUNIO
1956**

(Año IX)

Precio: 40 f. (Francia)
o su equivalente en
moneda nacional.

60 páginas

UNESCO
ARCHIVES



Rudyard Kipling calificó los frisos y estatuas que florecían en el noroeste de la India y en Pakistán, entre los siglos I y VII de nuestra Era, como "esculturas greco-budistas, conocidas por los sabios y trabajadas por artífices olvidados cuyas manos estaban animadas por el soplo misterioso de Grecia". Mas, esas obras tienen muy poco que ver con el arte griego puro y se encuentran más cerca del arte grecorromano. Muchas monedas romanas, estatuillas de Alejandro, objetos de cristal de Siria y metales latinos se han descubierto en esa "extrema región oriental del Imperio Romano". Algunos de los ejemplos más notables del arte grecorromano se han encontrado en la región de Gandhara, de la cual procede el friso que reproducimos y que representa el descenso de Buda desde el "tercer cielo". El Bienaventurado está entre los dioses Indra y Brahma y se halla rodeado de sus devotos que portan ofrendas de frutos.

Copyright Museo Alberto
y Victoria, Londres

Nº 6- JUNIO 1956
AÑO IX

SUMARIO

PAGINAS

- 3 EDITORIAL
- 4 BUDA Y LA LUZ INTERIOR
El Maestro de la Compasión Infinita
por Sarvepalli Radhakrishnan
- 10 LA INDIA ILUMINO TODA EL ASIA
La Expansión búdica : (1) En el pensamiento (2) En el arte
por Anil de Siva-Vigier
- 22 MUNDO DE FÁBULA
El Paraíso de los Animales
por Jeannine Auboyer
- 25 EL CAMINO MEDIO
500 millones de budistas en Asia
- 26 ANGKOR, MARAVILLA DEL ORIENTE
Grandeza del arte khmer en Indochina
- 29 PAGAN, FLORESTA DE PAGODAS
Un santuario birmano guarda los cabellos de Buda
- 34 "AMAD A TODO SER VIVO"
La lección del amor universal
por G. P. Malalasekera
- 36 INTENSIDAD HUMANA DEL ARTE CHINO
Las cavernas de los mil tesoros
- 42 DHAMMAPADA
Los Proverbios de Buda
- 43 BOROBODUR, CIMA DEL ARTE BUDICO
La época clásica de la escultura en Indonesia
- 46 MAS IMAGENES DE BUDA QUE HABITANTES
En Tailandia, país de "wats" y monasterios
- 48 EL BUDA MAS ALTO DEL MUNDO
Afganistán, encrucijada entre Oriente y Occidente
- 50 SOBRE EL TECHO DEL MUNDO
Los Lamas Pintores del Tíbet y Nepal
- 52 EL ARTE BUDICO LLEGO EN UNA ESTATUA
La escultura del Japón, gran escuela de realismo



Publicación mensual
de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la
Ciencia y la Cultura

Director y Jefe de Redacción
Sandy Koffler

Redactores
Español : Jorge Carrera Andrade
Francés : Alexandre Leventis
Inglés : Ronald Fenton

Composición gráfica
Robert Jacquemin

Jefe de difusión
Jean Groffier
Henry Evans (Para Estados Unidos)

Redacción y Administración
Unesco, 19, Avenue Kléber, Paris, 16, Francia



Los artículos que se publiquen aquí pueden ser reproducidos siempre que se mencione su origen de la siguiente manera : "De EL CORREO DE LA UNESCO". Al reproducir los artículos deberá hacerse constar el nombre del autor.

Las colaboraciones no solicitadas no serán devueltas si no van acompañadas de un bono internacional por valor del porte de correos.

Los artículos firmados expresan la opinión de sus autores y no representan forzosamente el punto de vista de la Unesco o de los Editores de la revista. Tarifa de suscripción anual de EL CORREO DE LA UNESCO : 8 chelines . \$ 2,50 - 400 francos franceses o su equivalente en la moneda de cada país.

MC 56.1.103 E

NUESTRA PORTADA



La "sonrisa de Bayón" — gesto de ojos entornados, suprema expresión de la beatitud búdica — aparece en esta cabeza de piedra que representa un monje budista y que data del siglo XIII. Esta escultura fué descubierta en las ruinas de Angkor, antigua capital de Camboja, y se presume que es un retrato del rey budista Jayavarman VII que hizo erigir el templo-montaña de Bayón y otras obras en Angkor (Ver página 26).

Archivos del Museo Guimet, Paris

UNO de los grandes méritos de nuestro siglo es el esfuerzo realizado por conocer y apreciar las artes de otras tierras, otros pueblos y otras épocas. La actitud incomprensiva y «parroquial» del pasado —caracterizada con frecuencia por el apresuramiento, la antipatía injustificada o la visión unilateral de las cosas— ha sido reemplazada por una valoración y un gusto más amplios y universales así como por un deseo sincero de comprender y amar las obras de arte que son la expresión de culturas diferentes de las nuestras.

Hemos caminado mucho desde la época en que John Ruskin calificó el arte de la India con los términos sorprendentes de «falta de naturalidad y carente de verdad» y en que un profesor europeo de arqueología —hacia 1864— escribió estas frases apresuradas : «Nada hay que nos atraiga en la escultura del Indostán para detenernos en ella largamente. No añade una sola nota en la órbita de la evolución de la historia del arte y su mediocre calidad le resta interés como trabajo artístico».

Aún más, en los tiempos recientes, la apreciación de las artes antiguas de Asia se ha hecho difícil y confusa por obra de quienes más ardientemente han intentado interpretarlas a los ojos del vulgo profano. Es menester evitar —como ha afirmado hace poco un escritor en la India— la «cortina de humo de espiritualismo» que se levanta entre el contemplador no iniciado y el simple disfrute artístico del arte, hasta el punto de dar la impresión de que es imposible comprender el arte búdico sin un conocimiento profundo de los escritos filosóficos y los cánones religiosos del budismo.

Es verdad que el arte búdico es esencialmente religioso, pero las artes de Egipto, de la Europa medieval, de Africa y de los antiguos Mayas e Incas revistieron igualmente ese carácter, lo que no ha constituido un obstáculo para la admiración pública. ¿Se puede decir que no es posible percibir la belleza de Luxor o de la Catedral de Chartres sin el conocimiento detallado de su sentido religioso?

En este número especial, preparado con ocasión del 2.500 aniversario del Supremo Esclarecimiento y de la muerte o *parinirvana* de Buda, «El Correo de la Unesco» intenta presentar a sus lectores un panorama de las obras maestras del arte búdico —escultura, arquitectura y pintura— en Asia, así como una breve apreciación de las ideas morales y del mensaje de paz, compasión y caridad, difundidos por el Budismo, «una de las más nobles construcciones del pensamiento, creadas por el espíritu humano».

Los budistas, particularmente en el Asia meridional, conmemoraron el nacimiento, la «iluminación» y la muerte de Buda en la primera luna llena de mayo, o sea el 24 de ese mes. Pero para la celebración de los 2.500 años del budismo continuarán durante todo el año los peregrinajes, ceremonias y fiestas de toda clase. La India, cuna del budismo, ha tomado disposiciones especiales para celebrar esta conmemoración histórica. De todos los extremos de la tierra acuden sin cesar los peregrinos a los grandes centros búdicos : a la aldea de Lumbini, cerca de Kapilavastu (en el territorio de Nepal), donde nació Buda; a Bodhi Gaya, donde obtuvo su revelación suprema; a Sarnath, donde predicó su primer sermón; y a Kusinagar, donde murió a los ochenta años de edad.

En el mes de noviembre próximo se celebrará un congreso sobre la cultura búdica y se inaugurará una exposición de arte búdico al mismo tiempo que se reunirá en Nueva Delhi la IX Conferencia General de la Unesco y tendrá lugar un coloquio —auspiciado por la misma Organización— acerca de la «contribución del budismo en la filosofía, la literatura y las artes desde hace 2.500 años».

Copyright André Petit



Copyright Cartier-Bresson-Magnum



Buda y la luz interior

por Sarvepalli Radhakrishnan

Vicepresidente de la República de la India

El mensaje de Buda no sólo se enunció para su época, sino para todos los tiempos. La transitoriedad del mundo, sus penas y sufrimientos, motivaron su búsqueda religiosa. Cuando vió al anciano encorvado por los años, al difunto transportado a la pira funeraria y al joven atacado por la peste, sintió una angustia profunda por la suerte de los hombres; y cuando vió al santo, lleno de dignidad y desprendimiento de las cosas terrenas, se sintió atraído por la serenidad de la vida ascética. Buda comprendió la terrible amenaza de la nada, del no-ser, que el hombre experimenta al contemplar el mundo fugaz del nacimiento y la muerte, de la enfermedad y la vejez.

El problema para el hombre consiste en saber cómo puede adquirir la fortaleza y el valor, cómo puede descubrir dentro de sí mismo la liter-tad que la salvará de la inestabilidad del tiempo y de su efímero cuerpo mortal.

Buda nos da la solución: "Profundicemos nuestra conciencia por medio de la meditación y transformemos así nuestro ser." Sólo perfeccionaremos el mundo cambiando la índole del hombre.

Este cambio de naturaleza no es mecánico: La semilla se convierte en planta, el cachorro en perro, pero el ser humano tiene que desarrollar sus facultades por un proceso consciente y deliberado. Buda nos pide que hallemos el maestro dentro de nosotros

mismos y descubramos nuestra luz interior. Nos recomienda fortalecer nuestro espíritu mediante la meditación y la disciplina moral. Nos pide abstenernos de causar daño a cualquier ser vivo, de adueñarnos de los bienes ajenos, así como nos aconseja practicar la castidad del cuerpo y de la mente, no mentir y ser abstemios. No se contenta con decir: "No matarás," sino que dice: "Vigilarás tus impulsos anímicos, evitando la ira, el resentimiento, el afán de explotar al prójimo, las pasiones del corazón." Su moral no era una norma de conformidad externa, sino de purificación interior.

Gautama Buda es la inteligencia suprema del Oriente, Hijo de Suddhodana, Buda —cuyo nombre era Sidhartha y su apellido Gautama— nació el año 563 antes de Jesucristo en Kapilavastu, en la frontera del Nepal, a unos 190 kilómetros al norte de Benarés. El emperador Asoka levantó más tarde en aquel lugar, una columna conmemorativa que todavía existe. La madre de Sidhartha

murió a los siete días de haberle dado a luz, y la segunda esposa de Suddhodana, Mahaprajapati, educó al niño. En su día, Sidhartha se casó con su prima Yasodhara, y tuvieron un hijo, Rahula.

Gautama poseía un temperamento religioso y no le satisfacían los placeres y las vanidades del mundo. Se sintió atraído por el ideal de la vida mendicante y, con frecuencia, leemos en sus discursos algunas alusiones al "elevado anhelo de la vida santa, que hace a los hombres de la tribu abandonar su hogar y retirarse a la soledad." Los intentos de su padre para interesarle en los negocios seculares no tuvieron éxito y, a los veintinueve años de edad, Sidhartha abandonó su familia, vistió el sayal del asceta y comenzó su peregrinación de buscador errante de la verdad. Tal fué su gran renunciación al mundo.

Decidido a adquirir un estado de gracia por medio del ascetismo, se retiró con cinco discípulos, a las soledades de Uruvela, "retiro agradable en medio de un bello bosque", en que se adormecían los sentidos y se estimulaba la vida intelectual. Allí inició una serie de rigurosos ayunos, practicó ejercicios de meditación y sometió su cuerpo a durísimas pruebas de austeridad. La debilidad corporal le produjo la fatiga de la mente. Durante este período se encontró muchas veces a las puertas de la muerte, sin llegar a descifrar el enigma de la vida. Entonces se convenció de que el ascetismo no era la senda más adecuada para conseguir el estado de gracia, y trató

DOMOS SAGRADOS, ESTATUAS GIGANTES.

— Después de la muerte y cremación de Buda, sus cenizas se repartieron entre ocho grandes stupas o mausoleos. El número ocho corresponde a la Vía Sublime de los Ocho Peldaños del Budismo y a la Rueda de la Ley con sus ocho rayos. En tiempos posteriores se construyeron en las ciudades y campos del mundo budista millares de esos santuarios en forma de torres para guardar las reliquias de Buda y sus discípulos. La foto de arriba muestra la antigua pagoda de Ruwaweli, en Anuradhapura, Ceilán, restaurada en el siglo XIX. Las estatuas gigantes que aparecen abajo representan el Buda Yacente (de 15 metros de largo), y a su lado su discípulo favorito, Ananda, cuya altura es de más de 7 metros. Estas estatuas colosales del Siglo XII se hallan en Polonnaruwa, Ceilán.



Cortesía de Anil de Silva Vigier

EL NACIMIENTO es uno de los temas favoritos del arte búdico. He aquí como se representa la leyenda de la madre de Buda que da a luz su hijo por su flanco derecho. Este panel en relieve se encuentra en el templo de Ananda, en Pagan, Birmania, (Siglo IX de la Era cristiana.)

Sir Sarvepalli Radhakrishnan, uno de los más grandes pensadores del Asia moderna, ha realizado una obra fecunda al explicar la filosofía y las religiones orientales al mundo occidental. Entre sus varias obras figuran: «Indian Philosophy» (Filosofía de la India), «East and West in Religion» (El Oriente y el Occidente en la Religión), «Religion and Society» (Religión y Sociedad) y una versión inglesa, en forma de antología, del Dhammapada. (Proverbios de Buda.)

de encontrar otros caminos. Recordó que en su juventud había tenido una experiencia de contemplación mística, y se decidió a explorar esa vía. Así halló la clave de la verdad. En la última vigilia de la noche “sa dispó la ignorancia, brilló la luz del conocimiento —dice el varón omnisciente— y me sentí decidido, confortado, resuelto”. Gautama había llegado al *bodhi* o estado de gracia, transformándose en Buda, el «iluminado».

Después de muchas vacilaciones, Buda inició su ministerio. No sólo predicaba, lo que es fácil, sino que vivía de acuerdo con sus doctrinas. Adoptó la vida de misionero mendicante, con todos sus riesgos de pobreza, impopularidad y enemistades. Empezó convirtiendo a los cinco discípulos que fueron sus compañeros durante los años de ascetismo. Predicó su primer sermón en el Parque de los Ciervos, cerca del moderno Sarnath “donde se permitía morar a los ascetas y estaba prohibido matar a los animales”. Los discípulos llegaban en grupos inmensos. A los tres meses, eran ya sesenta. Un día Buda les habló: “Ahora id y recorred los caminos para el bien de los más, para la felicidad del mayor número, por piedad hacia el mundo, para bien y contento y ventura de los dioses y de los hombres. Nunca vayais dos por el mismo camino. Predicad la doctrina que en el espíritu y en la letra, es gloriosa en los comienzos, en el medio y en el fin: propagad la vida cabal, perfecta y pura de la santidad.” Buda caminó extensamente durante cuarenta y cinco años, y reunió muchos seguidores.

En vista de la variedad de opiniones, aconsejó a sus discípulos que aplicasen la lógica y la experiencia de la vida para comprobar la validez de los diferentes programas que les fueran presentados, y que no aceptaran nada por puro respecto a la autoridad.

No se exceptuó a sí mismo de esta regla:

“No aceptéis lo que oigais de labios de otros, no acepteis la tradición, no os precipiteis a deducir: esto *debe ser así*. No aceptéis una afirmación por el mero hecho de encontrarla en los libros ni tampoco porque *parezca aceptable*, ni siquiera porque la enseñe vuestro maestro.” Con una solicitud conmovedora pide a sus seguidores que el prestigio de su propio nombre no ofusque sus inteligencias. “Es tanta mi fe, Señor —dice Sariputta, uno de sus más íntimos discípulos— que no creo que haya existido, ni existe, ni existirá, nadie tan grande ni tan sabio como el Bienaventurado.” “¿Has conocido ciertamente

—le responde el maestro— a todos los Budas del pasado?”

— No, Señor.

— Entonces ¿conocerás a los del futuro?”

— No, Señor.

— Por lo menos, ¿me conoces y has llegado a penetrar mis más recónditos pensamientos?”

— No puedo afirmarlo, Señor.

— Entonces, Sariputta ¿por qué has empleado palabras tan grandilocuentes y atrevidas?”

No hay nada esotérico en las enseñanzas de Buda :

“Discípulos míos, hay tres clases de personas a quienes corresponde el sigilo y no la franqueza. ¿Y quiénes son? Sigilo y no franqueza corresponde a las mujeres; sigilo y no franqueza corresponde a los sacerdotes; sigilo y no franqueza corresponde a las falsas doctrinas... Las doctrinas y las normas proclamadas por el perfecto Buda resplandecen ante todo el mundo y no gustan del misterio.”

En las enseñanzas de Buda hay muy poco de lo que llamamos dogma. Con una amplitud de miras extraña en su época y poco común en la nuestra, se niega a suprimir la crítica. Cree que el mayor enemigo de la religión es la intolerancia. En cierta ocasión, entró en una asamblea pública, en Ambalattika, y sorprendió a algunos de sus discípulos conversando con un Bramán, que acusaba a Gautama de impiedad, y que encontraba defectos en la Orden de mendicantes fundada por él. “Hermanos”, dijo Gau-

tama, “si otros hablan contra mí, o contra mi religión, o contra mi orden, no debéis sentir enfado, descontento ni disgusto. Si lo sentís, no sólo os exponéis a perder en vuestra vida espiritual, sino que seréis incapaces de juzgar la razón o sinrazón de lo que dicen.” He aquí un elevadísimo sentimiento que puede servir de enseñanza aún hoy, después de 2.500 años de continua ilustración.

Buda denuncia toda crítica injusta de otras creencias : “Es como si un hombre mirase hacia arriba y escupiese al cielo ; el salivazo no mancha el cielo, sino que cae sobre el mismo hombre.” En ninguna ocasión se dejó Buda arrastrar por la cólera, ni consta incidente alguno en que de sus labios se escapase una palabra molesta. Fué tolerante en extremo con sus semejantes. Prefirió creer que las gentes eran ignorantes y nos malas, imperfectas pero no rebeldes. A los ataques opuso la calma y la confianza. Jamás conoció la

(Sigue en la pag. 8)



Copyright Skeel

LA GRAN PARTIDA del príncipe Sidharta — futuro Buda — del palacio de su padre, el rey Sudhodana. El príncipe abandonó a su esposa y a su hijo y renunció a su vida de ocio y fastuosidad, en busca de la luz del conocimiento. Este trascendental suceso en la historia de la vida de Buda —y en la evolución de las ideas— se representa en este fragmento de un fresco del siglo XI que se encuentra en Chortchuk, Asia central.



LA VIDA MENDICANTE. Esta notable escultura en madera, del siglo II de nuestra Era, procede también de Amaravati y representa la Elevación del Bol de la Limosna de Buda. En calidad de religioso mendicante, Buda llevaba siempre este Bol de pordiosero y nunca rehusó lo que se le ofrecía como alimento diario. Una vida de pobreza es esencial para un monje budista cuyos bienes consisten únicamente en su túnica, su bol, una aguja, una sarta de cuentas que hace pasar entre sus dedos durante la meditación, una navaja para rasurarse la cabeza y un filtro para apartar toda clase de insectos del agua que bebe y no inflingir así sufrimiento a ningún ser vivo. Las esculturas de Amaravati se distinguen por el frenesí del movimiento.



LA LEYENDA DEL ELEFANTE FURIOSO se representa en este medallón esculpido en el siglo II o III de nuestra Era, en Amaravati, provincia de Andhra, India meridional. La leyenda relata lo siguiente: "Devadatta, súbdito del Exaltado se sintió invadido de furia celosa e intentó asesinar al Bienaventurado para cuyo fin, durante la estada de éste en Rajagriha, hizo enfurecer a un elefante intoxicándolo con licor y lo envió en seguimiento de las huellas de Buda. El gran paquidermo sembró el terror a su paso, pero cuando vio al Bienaventurado se detuvo ante su calma ultraterrena y se arrodilló humildemente a sus pies." A la derecha, se ve al elefante prosternado.
Copyright Museo del Estado de Madras

irritación ni el enfado. Su conducta fué siempre la expresión perfecta de la cortesía y de la gentileza, sazonadas con un grano de ironía. En uno de sus recorridos, el propietario de una casa lo rechazó con amargas e insultantes palabras. El santo mendicante contestó: "Amigo, si el señor de una casa ofrece comida a un mendigo y éste se niega a aceptarla ¿de quién será esa comida?" El hombre respondió: "Del señor de la casa, naturalmente." Buda añadió: "Entonces, si me niego a aceptar tus injurias y tu mala voluntad, vuelven a ser para tí, ¿no te parece? Pero me voy más pobre que antes, porque he perdido un amigo." Nunca supo lo que era convertirse por la fuerza. La base de su sistema fué la conducta y no la simple creencia.

Después de muchos años de penalidades y de viajes, Buda murió a los ochenta años de edad en un pueblecito,

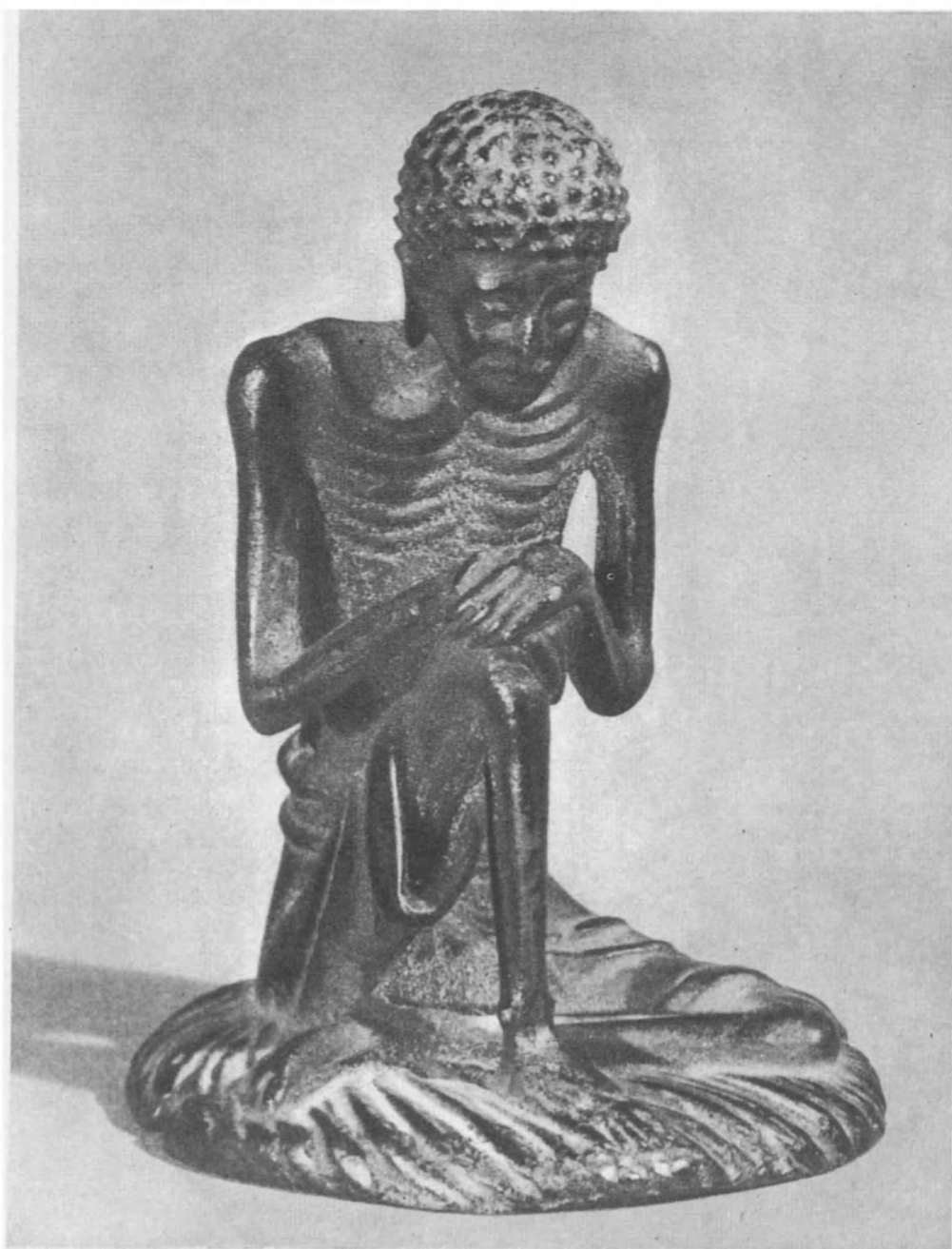
Kusingar, en Utar Pradesh. Poseemos el texto de su primer sermón. No hay razón para dudar que contiene las palabras e ideas de Buda. Su doctrina es de una gran sencillez. Después de indicar que los que deseen llevar una vida religiosa deben evitar los dos extremos, tanto la excesiva lenidad como la excesiva austeridad, y seguir la vía media, enuncia las cuatro verdades, sobre la tristeza, sus causas, su eliminación y los medios de conseguir el alivio definitivo.

Para suprimir la ignorancia se necesita una estricta moralidad. La base de su religión consiste en la bondad sencilla que radica en el espíritu y se exterioriza en los hechos. Su escala de perfección tiene ocho peldaños: ideas correctas, aspiraciones perfectas, palabras justas, buenas acciones, vida limpia, esfuerzos atinados, juicio claro, contemplación sincera. Estos ocho peldaños constituyen algo más que un código de moral. Son todo un programa de vida.

Buda promulgó un sistema práctico para monjes y seglares. Proclamó cinco normas de conducta, aplicables a todo el mundo: No matar, no robar, no ceder a las pasiones, no mentir y no embriagarse. No predicó la abstención del trabajo. Un vecino de Jain le preguntó si predicaba la doctrina de la inacción, y Buda replicó: "¿Cómo puede decirse que el asceta Gautama defiende el principio de la inacción? Yo proclamo que no hay que hacer el mal ni de obra, ni de palabra, ni con el pensamiento. Enseño que no hay que cometer ningún género de maldad... Mi doctrina predica la buena conducta de obra, palabra y pensamiento. Insisto en que hay que hacer el bien, por todos los medios." En la ética de Buda, el amor espiritual es más importante que las buenas obras. "Todas las buenas obras, decía, no valen una decimasexta parte del amor que libera el corazón del hombre. Este amor origina y abarca todas las buenas obras. Es lo que ilumina la vida."

El respeto a la vida animal es parte integrante de su moralidad. Un buen budista no mata los animales por el solo placer de hacerlo, ni para alimentarse de su carne. Son sus humildes hermanos y no criaturas inferiores sobre las que puede ejercer un dominio de derecho divino. Buda prescribe la tranquilidad de espíritu y el amor a todas las criaturas sensibles. Para él no existe el pecado, sino sólo la ignorancia y la estupidez que pueden remediarse por medio de la instrucción y la comprensión inteligente.

La superación de la ignorancia es la liberación total, el fin de la metempsicosis, el nirvana.



Copyright Academia de Artes de Honolulu

AÑOS DE ASCETISMO, ayuno y privaciones de toda clase condujeron a Buda a las puertas de la muerte. Durante seis años soportó las pruebas más terribles que puede soportar un ser humano y resistió a las tentaciones del rey Mara que intentaba apartarle de sus propósitos de santidad. Pero Buda no pudo percibir el menor atisbo del secreto de la vida y comprendió que el ascetismo no era el camino del conocimiento, por lo que decidió interrumpir su ayuno. Esta original estatuilla del "Buda Penitente" es originaria de Fukien, China y se supone fué esculpida en el siglo XVI.



Copyright Academia de Arte de Honolulu, Hawai

A LOS 29 AÑOS DE EDAD, Gautama abandonó la casa de sus padres, su joven esposa y su hijo recién nacido. Erró durante seis años en busca de la Sabiduría y de la Verdad, siguiendo las enseñanzas de los ascetas y practicando la penitencia, incluso el ayuno y las más duras pruebas corporales, sin encontrar la clave. Un buen día llegó a un hermoso sitio, a orillas de un río, no muy lejos de la ciudad de Gaya, y se sentó bajo un árbol frondoso para meditar hasta descubrir la verdad. Sumido en hondos pensamientos, fué tentado por Mara y sus hordas demoníacas, sin sucumbir a su llamamiento. Fué entonces cuando alcanzó al estado supremo de la iluminación. Dueño de la verdad se dirigió a la ciudad de Benarés, en donde por primera vez predicó su mensaje. La foto muestra al Bodisatva (o sea el príncipe Gautama antes de llegar a ser Buda) meditando bajo el Arbol del Conocimiento. Obra originaria de Lung Men, China.

La India iluminó toda el Asia

LA EXPANSION DEL PENSAMIENTO BUDICO

por Anil de Silva-Vigier



Hace dos mil quinientos años, gran parte de la humanidad estaba todavía sumergida en la noche de la ignorancia y la barbarie. Aunque en Grecia e Italia ya habían aparecido nuevos focos de civilización, no estaba edificado aún el Partenón ni Roma había dejado de ser un villorrio insignificante.

Sin embargo, en el Oriente Medio, en China y en la India, desde varios siglos atrás, los hombres habían aprendido a escribir y a construir, y sus embarcaciones recorrían largas distancias contribuyendo al intercambio de mercancías, ideas y obras de arte. En esas regiones del mundo antiguo, los hombres, al hacerse cada vez más dueños de su propio destino, sentían la necesidad de un nuevo credo más impregnado de humanidad. El Budismo en la India, como el Taoísmo en China y, cinco siglos más tarde, el Cristianismo en Occidente, vinieron a llenar este vacío: El hombre, emancipado de la tiranía de las supersticiones, alcanzó la posibilidad de lograr su propia salvación. El mensaje budista se propagó en Asia tal como se difundió más tarde el Cristianismo en Europa.

Hace dos mil quinientos años vivió Gautama Buda predicando su doctrina, enseñando la igualdad de los hombres ante el sufrimiento, y demostrando con su ejemplo que es posible vencer el dolor mediante la renuncia del deseo y la eliminación de la ignorancia. Su doctrina constituye hoy día la fe viva de muchos millones de asiáticos.

El mensaje de Buda es esencialmente pacífico y en toda la historia del Budismo no existe un solo caso en que se haya invocado su nombre para justificar el uso de la violencia en forma de torturas o de guerras. En un mundo que se encontraba entonces en lucha permanente, el Budismo simbolizó la eterna aspiración humana a la paz. En la India, el Emperador Asoka (siglo III antes de J.C.), al convertirse al Budismo, después de una guerra sangrienta contra el vecino reino de Kalinga, proclamó su famoso edicto que debía grabarse en la roca y en la piedra por todos sus dominios: «Ciento cincuenta mil personas han sido desterradas, cien mil han perecido bajo la espada y muchas más por otras causas... Desde la conquista de Kalinga, el remordimiento aflige al rey amigo de los dioses. La conquista de un país independiente acarrea la matanza o cautividad de muchos. Todos son víctimas de la violencia, de la muerte y de la separación de los seres más queridos. Grande es la pesadumbre del rey amigo de los dioses...»

«Cualquiera que sea el número de las víctimas ocasionadas por la conquista de Kalinga, y aunque fuera cien mil veces menor, este pensamiento llenaría de pesadumbre

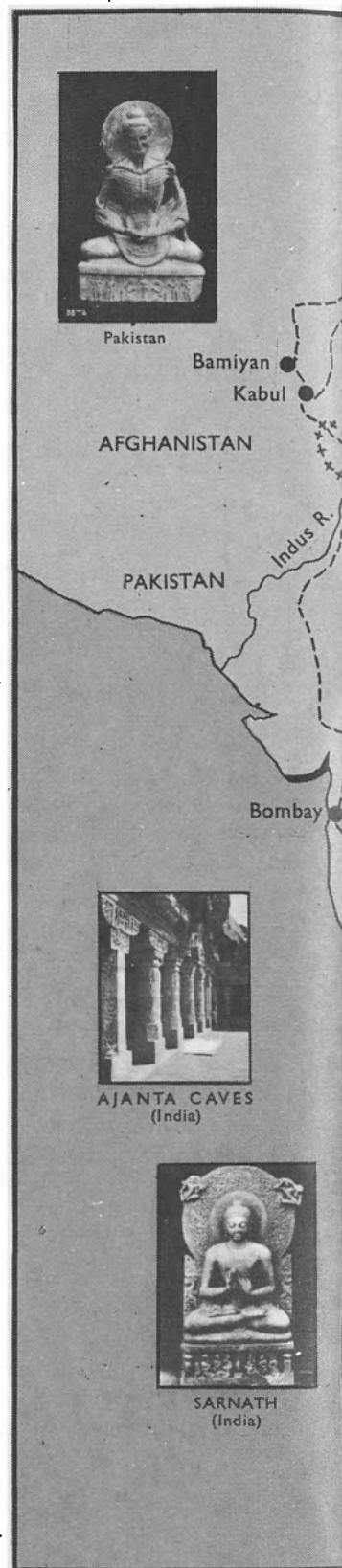
al rey. Y aunque nuestros adversarios vivan en el error, el rey amigo de los dioses cree que debemos ser pacientes hasta donde sea posible. La mejor de todas las victorias es la Victoria de la Buena Ley (Budismo). Que el texto de esta ley sea esculpido para que mis hijos y nietos se abstengan de soñar en nuevas victorias. Que su verdadero triunfo consista en el ejercicio de la paciencia...»

El mundo en que nació y se difundió el budismo estaba sacudido por vastos movimientos de hombres e ideas cuyo alcance fué mucho mayor de lo que se suele imaginar. Dentro de ese mundo, la India se encontraba colocada geográficamente en el cruce de las civilizaciones occidental y extremoriental. Las grandes rutas terrestres penetraban por sus escarpados desfiladeros septentrionales, tanto las procedentes del Oeste, a través de Persia, como las del Este procedentes de China, a través del Asia Central, a lo largo de la Ruta de la Seda, antigua pista de las caravanas. (Véase el mapa adjunto).

Las comunicaciones marítimas atraían a sus puertos occidentales de Gujerath y Konkán, y a los meridionales de Coimbatore, Andhra, Bengala y Ceilán, las naves persas, griegas, romanas y alejandrinas. Las embarcaciones extremorientales con rumbo hacia el poniente hacían escala en los puertos de la India, y los barcos de este país, a su vez, navegaban en todas direcciones.

Los contactos entre la India y el mundo occidental no perdían su continuidad. El emperador persa Darío, abandonó la molición de su gran palacio de Persépolis, rodeado de terrazas, para conducir una expedición al Punjab y al valle del Indo, pocos años antes de la muerte de Buda, a fines del siglo V antes de J.C.

La expedición encabezada por el emperador Alejandro de Macedonia, de la que formaban parte topógrafos y hombres de ciencia —en el siglo IV a. de J.C.— consolidó las comunicaciones terrestres mantenidas hasta entonces por los mensajeros de los monarcas persas. Alejandro mandó construir un puerto y una flota en el río Indo, por cuyo curso descendió su capitán Nearcha estableciendo la comunicación marítima entre ese río y el Tigris. A su



La historiadora Anil de Silva-Vigier, originaria de Ceilán, es la primera mujer asiática especializada en arqueología e historia del arte. Ha dedicado muchos años al estudio de la pintura y escultura budicas. Es autora del libro «The Life of the Buda» (La vida de Buda) recontada según las fuentes más antiguas. Dejamos constancia de nuestro agradecimiento a la Sra. de Silva-Vigier por su valiosa ayuda en la preparación de este número especial.



Mapa « El Correo de la Unesco »

regreso, Alejandro pasó por Afganistán con elefantes y soldados indios incorporados en su ejército.

Desde entonces y durante varios siglos, todo el Noroeste de la India, Afganistán, Gandara (actuales territorios afgano y pakistanés) así como el Punjab, permanecieron sometidos a varias dinastías de príncipes griegos, uno de los cuales, Milanda (Menandro) se convirtió al budismo. Esos reinos helenos favorecieron la penetración de las culturas griega, helenística y romana. Los matrimonios mixtos grecoindios y el establecimiento de colonias dieron origen a varios focos de una nueva cultura, de tipo greco-budista, que se desarrolló rápidamente después de la dominación griega, en el siglo I de nuestra Era, durante el imperio de los Kushanas, pueblos nómadas procedentes de China y Asia Central, que invadieron la India y cuyos emperadores se convirtieron al budismo.

Más importante que las guerras y las conquistas fué el

largo período de relaciones amistosas entre los reyes Seleucidas de Persia, sucesores de Alejandro, y los monarcas Mauryanos de la India septentrional. Se enviaron embajadas recíprocas y los mercaderes extranjeros pululaban en la capital de Pataliputra (en la actualidad Patna, capital de la provincia de Bihar, India nordeste), donde el palacio real fué edificado reproduciendo el de Darío en Persépolis (Persia). El emperador Asoka tomó como esposa a una princesa griega y mandó misioneros budistas en todas direcciones, hacia Occidente y Oriente. Los que llevaron el mensaje de Buda hacia Poniente arribaron a Persia, Egipto, Macedonia, Cirenaica y noreste de Grecia.

Plinio, el historiador romano, afirma que Roma compraba en las ciudades de la India por valor de cincuenta millones de sextercios anuales de mercancías, comprendiendo el algodón de Malwa, lacas y nardo de Pataliputra, índigo, especias y piedras preciosas de

Expansión del pensamiento búdico

(Continuación)

Konkán, jades, marfil, seda y elefantes, de los que Roma importaba grandes cantidades con destino al ejército y a los espectáculos circenses. Se han encontrado monedas romanas de oro con las efigies de Augusto, Caracalla, Claudio, Teodoro y Constantino, tanto en el noroeste de la India como a lo largo de la costa meridional, en Cananore, Coimbatore y Mahabalipuram. Se deben a un artista romano-asiático, denominado Titus, las pinturas murales budistas de Miran, en Asia Central. Los mercaderes alejandrinos hicieron muchos donativos a los monasterios budistas de Nasik y Junnar, en las cercanías de Bombay.

La historia nos proporciona sólo un reflejo de los amplios desplazamientos humanos de aquellos tiempos: Los prisioneros de guerra, los mercenarios y desertores de diversos ejércitos pululaban por todas partes (los arqueros indios se distinguieron en el ejército persa); los artesanos, metalúrgicos, talladores de marfil (se han encontrado tallas indias de marfil en Pompeya), tejedores, joyeros, escultores y ceramistas eran buscados, a cualquier precio, y protegidos por los grandes mercaderes o los príncipes.

El Asia Central estaba integrada por la región de Bamiyán (parte meridional de la antigua Bactria, en Afganistán) y de Kashgaria y Kutsha, extendiéndose hasta la ciudad fronteriza de Tun Huang, en la China Sudoccidental. Existían en este territorio, rodeado de inmensas montañas —el T'ien-chan o Montaña Celeste, en el norte, y los macizos del Karakorum y Kuen Lun, en el sur— dos rutas principales a través del desierto: la septentrional, jalonada por los oasis de Kashgar y Kutsha, Kizil y Turfán, y la meridional que pasaba por Markand, Khotan, Miran y Lobnor. Ambas convergían en Tun Huang y constituyeron las principales arterias de la propagación budista por Asia Central y China. Cada uno de dichos oasis se convirtió en un foco de cultura budista. Se excavaron en ellos miles de grutas y se erigieron multitud de templos al exterior. Solamente en Kizil las célebres *Mongoi* o Mil Grutas fueron socavadas, encargándose de las correspondientes pinturas y relieves a miles de artistas y artesanos procedentes del Oriente Medio, India y China.

Jinetes calzados de altas botas con túnicas recamadas de perlas

El famoso erudito chino Huan Tsing, que efectuó su peregrinación a la India siguiendo la ruta septentrional, nos ha dejado un relato inolvidable de su viaje a través de los desfiladeros cubiertos de nieve y de los desiertos tórridos, hacia la exuberancia y fertilidad de los reinos establecidos en dichos oasis centroasiáticos. Así dice, por ejemplo, de la tierra de Kutsha: «El reino se extiende mil *li* —medida china— de Este a Oeste y seiscientos *li*, de Norte a Sur. Su suelo produce arroz, mijo colorado, vides, granadas, peras, ciruelas, albaricoques y duraznos. Hay minas de oro, cobre, estaño y grafito. El clima es templado y la gente honrada y honesta. Su escritura procede de la India. Sus músicos sobresalen por su talento, tocando la flauta y tañendo la guitarra.»

En las pinturas murales de Kutsha, Kizil y Qumtura podemos ver a apuestos caballeros, idénticos a los que según nos cuenta Huan Tsing, solían escoltarle al salir de aquellas ciudades. Varias de dichas pinturas son de la época de Huang Tsing y representan jinetes calzados de altas botas y vestidos con redingotes de seda, largos hasta las rodillas y ceñidos con cinturones de metal. Sus túnicas son azules, grises, blancas o aceitunadas, ricamente recamadas de perlas y forradas y ribeteadas de pieles. Sus rojizas caballerías se mantienen sujetas con cintas en la nuca. Esos jinetes debían presentar un magnífico aspecto al desfilar con sus banderas y estandartes de varios colores, dorados, esculpidos y pintados con figuras de la fauna heráldica, como el tigre y el dragón. Huang Tsing regresó a China bien pertrechado de manuscritos y de imágenes búdicas.

También Marco Polo, quién en el siglo XIV pasó, al parecer, por Kashgar, Yarkanda y Lobnor, destaca en sus memorias el boato y refinamiento de aquellos reinos. Dice, por ejemplo, de Khotan, que «todo lo necesario para la vida humana se encuentra allí en la mayor abundancia. El país es rico en algodón, lino, cáñamo, cereales y vino. Sus habitantes cultivan campos y viñedos, y poseen numerosos jardines. También se dedican al comercio y a la industria»; y de Lobnor dice que «los viajeros que cruzan el desierto suelen invertir allí bastante tiempo no sólo para

descansar de sus fatigas sino también para hacer los preparativos necesarios para la prosecución de sus viajes».

Pero lo que más interés tiene para nosotros es su evidente referencia a la extensa composición del Paranirvana o Muerte de Buda. Dice a este respecto que «la ciudad de Campichu es grande y magnífica. La mayor parte de sus pobladores adoran los ídolos, existiendo muchos monasterios y conventos construídos en el estilo del país. Hay en ellos multitud de ídolos de madera, piedra o arcilla, siempre magistralmente tallados, esmeradamente cincelados y recubiertos de doradura. Mientras algunos son de gran tamaño, otros tienen pequeñas dimensiones, representando aquéllos figuras yacentes y soliendo estar éstos detrás, simulando discípulos en actitud reverente.»

Mercaderes, peregrinos y reyes sufragaron los gastos de las obras

Bamiyán, en Afganistán, era la localidad en que se detenían las cansadas caravanas al salir del país o regresar de los escarpados desfiladeros del Hindu Kush que cierran la frontera de la India. En los propios peñascos de Bamiyán se excavaron santuarios en los que existen gigantescos Budas esculpidos y pintados. Dos de estas imágenes tienen una altura de 18 y 11 metros, respectivamente. Los mercaderes agradecidos sufragaban los gastos de los artesanos y artistas que esculpieron y pintaron esas imágenes, verdaderos ex-votos erigidos en reconocimiento de haber efectuado un buen viaje.

Tun Huang, situada en el extremo opuesto de la ruta, debe su desarrollo a la generosidad de los mercaderes y sobre todo, a sus protectores imperiales de las dinastías chinas Wei, Tang y Sung, que contribuyeron a la creación de este monumento, uno de los más extraordinarios de la cultura budista. Entre los centenares de grutas sagradas que existen en Tun Huang, descuella la cueva de los Mil Budas, enmurallada y sellada durante varios siglos, que alberga inapreciables tesoros en forma de manuscritos y pinturas sobre seda. En la actualidad, mientras los arqueólogos se ocupan de la conservación de los monumentos de Tun Huang, varios artistas se aplican a copiar las pinturas murales. Uang-Kang y Long-Mien constituyen asimismo dos de los principales centros del budismo en China.

La primera mención del budismo en ese país remonta al año 65 de nuestra Era cuando el príncipe Tch'u de la casa Han otorgó su protección a la pequeña comunidad budista de Lo-yang. El imperio Kushna de la India (del año 30 al 244) fué oficialmente budista, por lo que estimuló y fomentó la traducción en chino de los textos búdicos, redactados en sánscrito o en pali. Un funcionario chino del siglo II de nuestra Era, llamado Ching Lu, escuchó las escrituras que le recitaron algunos misioneros budistas procedentes de Kushna. Los viajeros, mercaderes, delegados imperiales y peregrinos de China se trasladaban a la India por vía marítima, y a ellos, así como a los historiadores chinos les debemos los únicos relatos de que disponemos sobre los reinos primitivos del Asia Sud-oriental.

Existían grandes monasterios y universidades en todos los países budistas del Asia Sudoriental, Japón y Corea. Romeros y estudiantes procedentes de todos los países asiáticos acudían sin cesar a las grandes universidades budistas como la de Taxila (Pakistán) y la de Nalanda, en Bihar. Su número se cifraba en varios miles. Los reyes de Ceilán y de Java construyeron albergues para estudiantes y peregrinos en Nalanda, así como en Bodh Gaya, donde Buda alcanzó su esclarecimiento bajo el árbol de Boddhi.

Surgieron monasterios y albergues para estudiantes y monjes budistas

Las naves mercantes que zarpaban de los puertos meridionales y de Bengala no sólo transportaban especias, piedras preciosas, muselinas de Dacca y sedas, sino también las imágenes de Buda esculpidas en los activos talleres de Madura y Nalanda, así como conducían igualmente a los peregrinos y misioneros que iban a Oriente. Yi-T'sin, otro romero chino que viajaba por mar, se detuvo durante seis meses en el reino de Crivijava (península malaya) con objeto de aprender el sánscrito, y escribió lo siguiente: «Existen más de mil monjes budistas dedicados al estudio. Si un monje chino desea trasladarse al Oeste (India) para aprender y estudiar, no haría cosa mejor que establecerse aquí durante uno o dos años. Al cabo de ellos estaría debidamente capacitado para proseguir sus estudios en la India». Yi T'sing permaneció diez años en Nalanda, dedicándose luego a copiar textos búdicos y a traducirlos en lengua china, así como a escribir sus memorias.

2

UNIDAD Y VARIEDAD DEL ARTE BUDICO

Se ignora el origen de esta obra, llamada "Dos fieles en procesión" (siglo II o III de nuestra Era) pero se la atribuye a la escuela de Gandara, la más típicamente oriental entre las escuelas grecorromanas de Asia. Esta obra está esculpida en esquisto gris oscuro y mide 30 centímetros de alto aproximadamente. Uno de los fieles muestra las manos juntas mientras el otro lleva algunas ofrendas. Las hojas que cierran el arco, los grifos y los personajes envueltos en mantos son motivos familiares en los paneles esculpidos de Gandara. Esta escuela de arte es muy antigua, puesto que existía ya en el primer siglo de la Era Cristiana y floreció en el noroeste de la India, en el Pakistán y en el este del Afganistán actual (Gandara es el nombre primitivo de uno de los distritos del valle de Kabul). Fué grande la influencia que ejerció en el resto de Asia.

Del libro " Art of India " par Stella Kramrisch. Copyright " The Phaidon Press "

Tres siglos después de la muerte de Buda se levantaba en la India Central, en Sanchi, el primer monumento importante a su memoria (siglo II a. de J. C.). Aunque el budismo desapareció de su país de origen, se difundió por toda la tierra de Asia e inspiró el sentimiento religioso de millones de personas —en la actualidad hay 700 millones de budistas— que, a su vez, construyeron monumentos en honor de Buda en todo el vasto Continente. Algunos de éstos han permanecido ocultos durante más de mil años, enterrados en la arena o perdidos en la soledad de impenetrables selvas tropicales.

Sólo hace setenta años, más o menos, los exploradores y arqueólogos empezaron a abrirse paso a través de la inextricable maleza o a excavar el árido desierto para presentar esos monumentos a un mundo asombrado: Grandes Budas sumidos en el sueño eterno o en despierta meditación; la cueva de los Mil Budas en Tun Huang, China Septentrional, sellada como una tumba desde el siglo II, y abierta por los arqueólogos, no hace mucho tiempo, para sacar a la luz del día las mil figuras del Bienaventurado, que habían escondido en la oscuridad su misteriosa sonrisa; frescos de vivísimos colores —lapizlázuli, rubí, oro, topacio, esmeralda— resplandecientes como joyas en la opaca luz de las cavernas de prodigio; monumentos abandonados de Camboja, Indonesia, Birmania y Tailandia, que los árboles inmensos abrazaban con sus raíces monstruosas como tentáculos.

A la muerte de Buda se separaron sus cenizas en ocho montones, los cuales se guardaron en ocho ricos cofres cubiertos de piedras preciosas, que fueron colocados en ocho *stupas*. Un *stupa* es un sepulcro sagrado que consiste en una gran bóveda montada sobre un pedestal y coronada por un pináculo en forma de sombrilla, símbolo de la dignidad real. Esta forma arquitectónica deriva de los túmulos funerarios o mausoleos que abundaban antes del advenimiento de Buda. Alrededor de los túmulos budistas

principales que contenían los despojos de los discípulos habían otros más pequeños que guardaban diferentes reliquias como imágenes, escrituras sagradas y plegarias. Según la leyenda, el propio Buda indicó la forma de esos *stupas*: Cuando sus discípulos le preguntaron cómo podían honrar sus restos mortales, el maestro puso en el suelo sus vestiduras una encima de otra como peldaños de un pedestal, colocó sobre ellas, invertida, su cuenca o escudilla de mendigo y sostuvo en la parte superior verticalmente su bastón para representar la sombrilla.

Los primeros *stupas* dieron origen a millares de esos túmulos. El Emperador Asoka (siglo III a. J. C.) sacó las reliquias de Buda de siete de los ocho «*stupas*» primitivos y las repartió en 84.000 mausoleos que hizo construir al efecto. En el curso de los siglos, los túmulos cambiaron de forma y adoptaron en los diversos países asiáticos marcadas características nacionales. El eminente arqueólogo indio A. K. Coomaraswaray ha dicho con acierto que el gran *stupa* de Borobodur, en Java, semeja «un fruto maduro en el aire inmóvil». En China esa clase de túmulos adoptaron otra forma y el nombre de pagodas; en Ceilán, Birmania y Tailandia, la cúpula se remata en aguja y se alza en forma de flecha al firmamento.

Los más notables ejemplos del arte budista primitivo (siglo III al I a. de J. C.) son probablemente los *stupas* de Sanchi, en el antiguo Estado indio de Bopal, y los de Bharut, y Bodh Gaya, en la India central y septentrional. Este arte primitivo denota una profunda identificación con la naturaleza: Alegres cortejos —encabezados por caballos y elefantes vistosamente enjaezados— hombres, mujeres, niños, animales, vegetación frondosa, flores, peces, aves, ciervos, espíritus del bosque, culebras, aparecen esculpidos o modelados con un realismo que parece encerrar la palpitation misma de la vida, de la emoción y del movimiento.

Arte búdico (Continuación)

En esos tiempos, Buda no se representaba en forma humana sino sólo por símbolos. El nacimiento se simbolizaba representando a la madre de Buda sobre una flor de loto y a un elefante en la parte superior. El loto es el emblema de la fertilidad. Un caballo sin jinete representaba la Gran Partida o sea el momento en que Buda sale de su palacio y deja su mujer y su hijo para dedicarse a la vida ascética. Un árbol con un asiento vacío debajo significa el logro de la suprema sabiduría y la meditación de Buda bajo la higuera. Una rueda, la Rueda de la Ley, es una alegoría que representa su primer sermón; y, por fin, el *stupa* simboliza la muerte o la salvación. Es de notar que el arte cristiano primitivo se expresa también por símbolos: el pez, la paloma, la cruz, mientras la figura del Crucificado no aparece sino mucho más tarde.

En el siglo II de nuestra Era se reemplazaron los símbolos por imágenes de Buda. El caballo encontró su jinete, el asiento vacío su ocupante, y el *stupa* se transformó en la figura yacente del Buda mismo con dos árboles al pie y a la cabeza y un grupo de afligidos discípulos. Las primeras imágenes de Buda fueron cinceladas independientemente por los escultores de Madura y de Gandara, en el norte de la India. Madura fué el gran centro comercial donde se esculpieron imágenes de Buda para venderlas en todo el Asia.

Los artistas de Madura se inspiraron en los geniecillos primitivos o esculturas *yakas* del culto prebudista; los escultores de Gandara y Texila, en el noroeste, (Afganistán y Pakistán) utilizaron para sus primeros Budas el modelo grecorromano de Apolo. Posteriormente, el estilo Gupta, o clásico (siglo V) de las imágenes de Buda experimentó la influencia de esas dos corrientes primitivas, y luego las tres juntas, la de Madura, la de Gandara y la clásica influyeron sobre el arte búdico.

La influencia india en el arte asiático de la época se refleja en todo el Continente: En las figuras volantes de las cavernas de Yun Kang, en Shan-si, China; en la reposada nobleza de los bajos relieves de Borobodur en Java, en el vigor de los Budas siameses primitivos; en los frescos de Pagan, en Birmania; en la sensualidad de las mujeres de Sigiriya, Ceilán, y en el movimiento de los bailarines de las grutas de Kizil, en Asia Central.

El problema que se planteó al artista búdico de esa época fué el de dar a sus imágenes una unidad que facilitase su identificación. Gautama Buda que, según la leyenda nació con ciertos distintivos de grandeza, empezó a representarse con características inconfundibles: una protuberancia en el cráneo, un Tercer Ojo en la frente y largos lóbulos en las orejas. Estas características fijaron la imagen de Buda a través de los siglos, hasta nuestros días.

Los artistas búdicos se preocupaban también de expresar en sus obras ciertas disposiciones de ánimo, tales como la benevolencia y la compasión, características de Buda. En contraste con los artistas cristianos de la segunda época que resumen la expresión del dolor humano en la figura de Jesucristo en la cruz, los artistas orientales representan a Buda totalmente desligado de las preocupaciones terrenales, contemplando con ojos compasivos a toda la humanidad, mientras transmite su mensaje por medio de gráciles ademanes o «mudras». Estos ademanes

procedían de una antigua mímica común a toda la India primigenia, de la que se derivan también los complicados «mudras» de la danza clásica.

Casi siempre se representa a Buda sentado en un trono de loto, flor que, en este caso, es símbolo de pureza. Los ademanes expresan situaciones diversas: el estado de gracia, la meditación, la predicación, la acción de dar al que no tiene, la intrepidez o confianza restablecida, el acto de poner en marcha la Rueda de la Ley, etc.

Los principales temas del arte búdico se inspiran en las *djataka* —leyendas o narraciones sobre las aventuras de Buda antes de que adoptara la forma humana— y en los acontecimientos de su existencia. Junto a éstos, aparecen escenas de la vida cotidiana. Grupos de príncipe y princesa, esclavo y labrador, soldado y mercader; barcos que navegan en mares procelosos; bailarinas danzando al son de antiguos instrumentos bajo pabellones pintados y labrados; piadosos devotos, reverentemente arrodillados o de pie, sosteniendo incensarios de bronce; jinetes que cabalgan en el espacio, huyendo de recias ciudades fortificadas; paisajes con montañas estrambóticas, cruzadas por ríos y cataratas; estanques llenos de lotos; labradores arando la tierra detrás de su cebú; pavos reales que hacen la rueda en suntuosos jardines geométricos; mujeres que esperan a su amado...

De la India, el budismo se difundió en el siglo I después de J. C. por toda el Asia, en varias oleadas. Se han descubierto muchas esculturas de bronce de esa época en las selvas de Anam, Borneo y las Islas Célebés. Apparently, la cultura budista se impuso en toda el Asia Sudoriental. Sin embargo, cada región conservó gran parte de su propia personalidad y carácter. En el siglo VIII florece el arte en esos países y redobla su vigor y movimiento allí donde predominan las tradiciones locales. Eso se ve claramente en Borobodur (Java), cuyos 1.400 paneles esculpidos y 504 estatuas de Buda combinan el estilo indio con la composición, armonía y reposo de inspiración javanesa. El arte javanés ulterior se libra de esa influencia india y afirma sus características nacionales.

La escultura china budista es quizá uno de los más admirables ejemplos de escultura religiosa en el mundo: Buda, con los ojos entreabiertos, sonríe misteriosamente; los paños caen con airoso ritmo, las cintas flotan audazmente al aire formando arabescos en el espacio. Comi-

tivas de damas de la corte que llevan capullos de loto salen de una roca, dirigiéndose al lugar del culto mientras formas voladoras se precipitan como blandas y rizadas nubes. Son muy corrientes las pilastras de madera, de piedra o de bronce, decoradas con dragones entrelazados y motivos florales, así como con figuras humanas adornadas con cintas, collares, brazaletes y diademas.

En China existen literalmente millares de grutas y templos. Los Emperadores de las dinastías Wei, Sui y Tang construyeron grutas en los cuatro lugares principales de Tun Huang, en el norte de China. Hay allí centenares de grutas de todas las épocas: las más antiguas datan del año 366 de nuestra Era, Yun Kang (455 d. J.C.). Shansi Long Men (494) Tien Lang Chan (713). Se trabajó en esos lugares durante varias generaciones.

(Sigue en la pág. 58)



Museo Guimet, Paris

La innovación principal de la llamada escuela de Gandara fué humanizar la imagen de Buda y de los diversos santos búdicos que la antigua escuela representaba únicamente por símbolos, como se puede ver en Sanchi. El tipo de Buda, esculpido por los artistas de Gandara, es el de un hombre sabio, de pie o sentado a la manera india, envuelto en un amplio manto monástico, llevando en la cabeza el antiguo turbante señorial y sobre la frente marcado el punto de la sabiduría, entre los dos ojos. El lóbulo de la oreja se muestra alargado por la pesantez de los pendientes característicos de los príncipes indios.

INDIA

cuna y museo del arte búdico

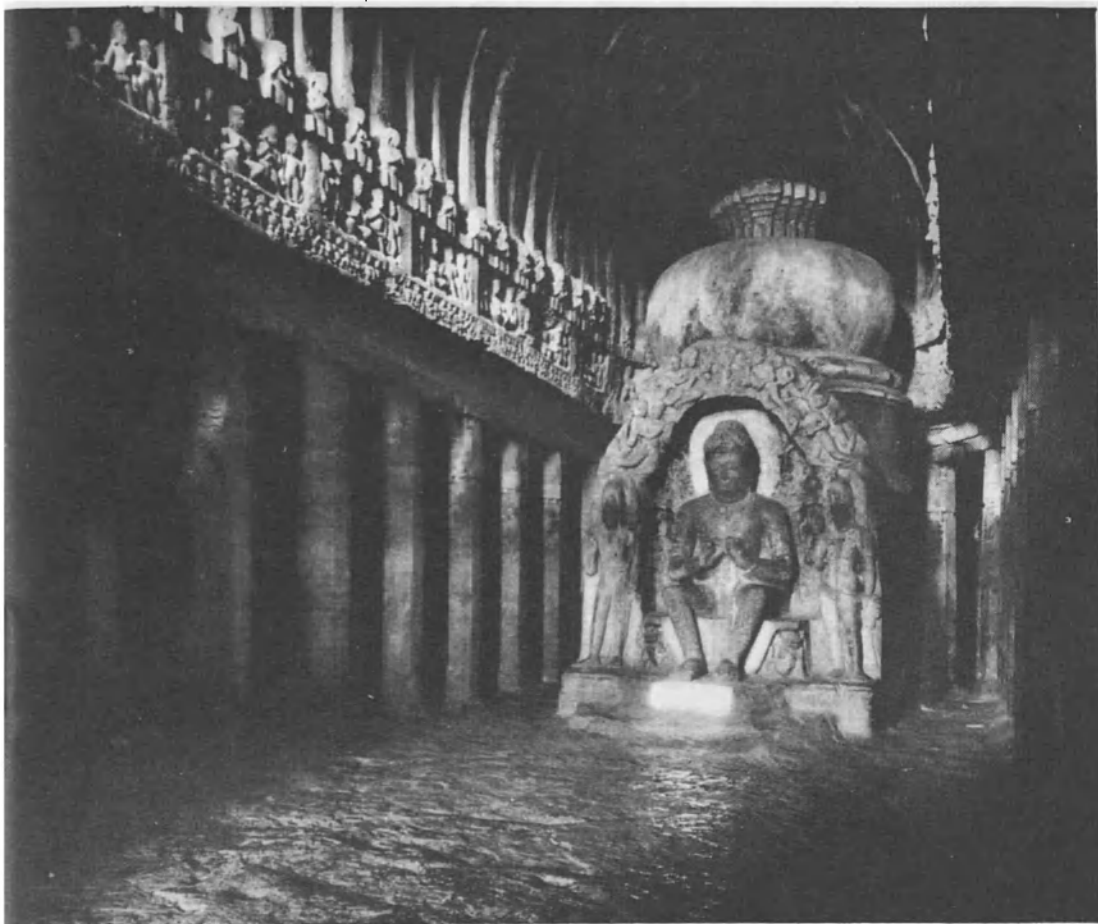
Originario de la India, el budismo prácticamente ha desaparecido hoy en ese país como religión. Pero el arte búdico, nacido allí igualmente, ha dejado en todo el territorio de la India un conjunto de obras que, por su número y calidad, se cuentan entre las más bellas de las que se puede enorgullecer la humanidad.

Gracias a la irradiación del budismo a través de toda el Asia, el arte indio de la gran época ha conocido una difusión extraordinaria. Desde los primeros siglos de nuestra Era, la doctrina búdica proporcionó a los pueblos vecinos y lejanos la inspiración al mismo tiempo que la fé, puesto que tallar la imagen de Buda en la madera, pintarla y labrarla en la piedra eran otras tantas formas de manifestar una íntima devoción por sus enseñanzas. Los episodios de la vida de Buda y las leyendas edificantes que se formaron sobre sus «vidas anteriores» constituyeron el cañamazo en que los artistas bordaron infatigablemente la suntuosa y multiforme tapicería de toda «una Edad» del género humano.

Las primeras obras no se han conservado hasta nuestros días —salvo raras excepciones, algunas por haber sido hechas en materiales muy ligeros y otras por la acción del tiempo y los fenómenos naturales— pero las que les siguieron, esculpidas en la piedra o en las rocas inmensas despiertan nuestro asombro y nuestra emoción por su candor impresionante o la maestría estética con que están ejecutadas. De esta gran época del arte búdico indio datan los maravillosos santuarios cincelados en las peñas o en el acantilado, esos templos rupestres cuya media luz hace resaltar su belleza y aumentar su misterio y cuyos nombres están grabados en la historia: Aurangabad, Ajanta, Ellora y muchos otros. También datan de esos primeros siglos los recintos sagrados, construidos al aire libre alrededor de los túmulos donde se conservan las reliquias de Buda, como: Sanchi, Bodh Gaya, Bharut... En las grutas o sobre los pórticos, en las cúpulas o en las galerías, por todas partes se extienden profusamente los bajos relieves y las estatuas, dotados de una vida prodigiosa.

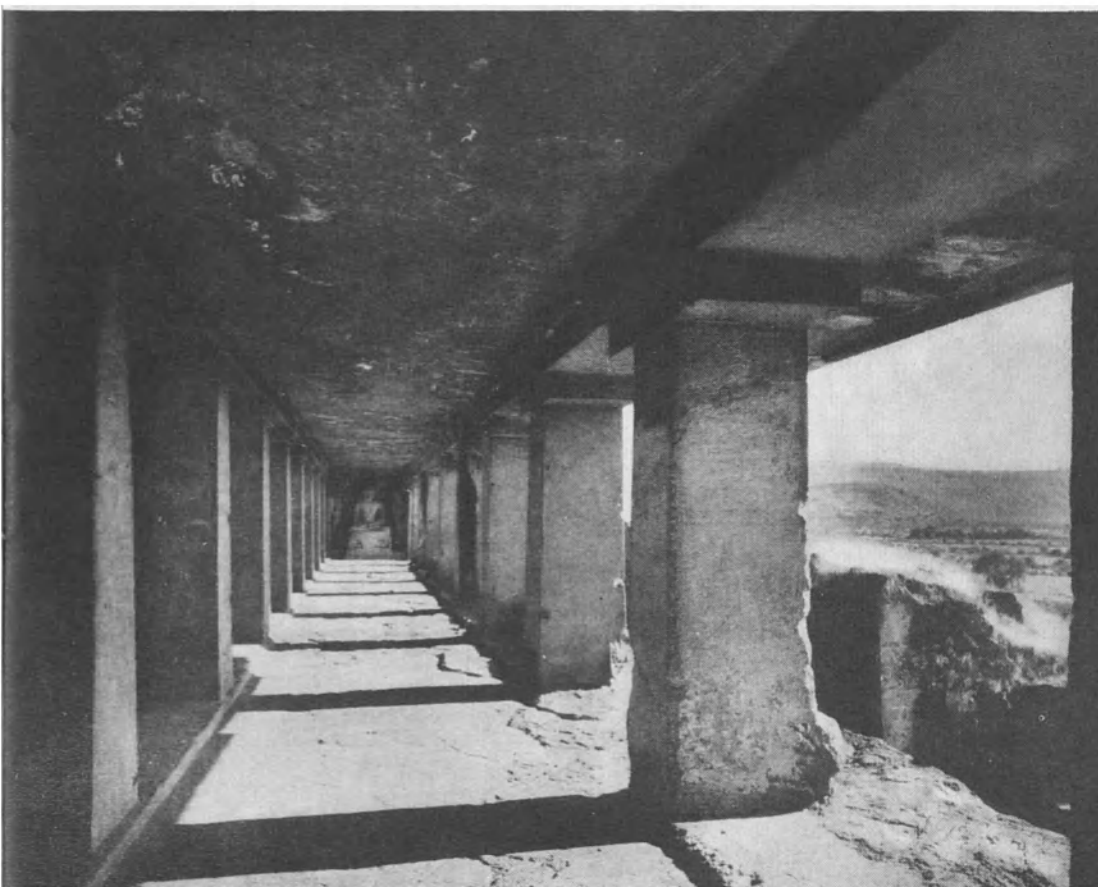
Según la mayoría de los historiadores, el arte búdico de la India llegó a su plenitud entre los siglos V y X de nuestra Era. Asimiló las aportaciones extranjeras, mejoró su técnica y alcanzó la maestría al ser ejecutado por las manos de sus más hábiles artistas. Fué la época del clasicismo, lo que significa el triunfo de la perfección anatómica, la pureza de los cánones artísticos y la belleza en la ejecución. La decoración es ágil y equilibrada. Sobre todo, florece la pintura, según lo atestiguan los frescos de Ajanta.

La invasión musulmana en la Edad Media destruyó el último reducto del budismo en la India. Los artistas y los monjes que vivían en la ciudad universitaria de Nalanda huyeron para refugiarse en el Nepal y en el Tibet. Finalmente el arte nepalés se constituyó en el heredero de las normas artísticas de la India búdica y continuó su tradición hasta extinguirse en el torbellino de las nuevas corrientes.



LA GRUTAS DE ELLORA (India central) constituyen en ese país el único ejemplo de un santuario en donde se encuentran representadas conjuntamente tres religiones: el budismo, el hinduismo y el jainismo, esta última fundada en el siglo VI a. de J.-C. por Vardhamana llamado "el Jina", o sea el victorioso. Asimismo se pueden observar en esas grutas varios estilos artísticos, ya que fueron labradas en épocas diversas. Arriba un stupa con estatuas de Buda, erigido en una de esas grutas. La luz natural del día reviste el santuario de un fulgor impresionante. Abajo, una galería, en cuyo fondo se encuentra, dentro de un nicho, una obra escultórica que se llama "Buda toma al mundo como testigo". Ambas obras datan de los años 700-750 después de Jesucristo.

Fotos Eliot Elisofon del libro "The Art of Indian Asia" por Heinrich Zimmer. Copyright Bollingen Foundation Inc, Nueva York.





Copyright Museo de Allababad.

Dos pirámides

En sus orígenes, Bodh Gaya fué un santuario edificado en el lugar donde Buda alcanzó el despertar espiritual o la "iluminación" bajo la higuera de Bodhi, cerca de Uruvela, en Gaya, al norte de la India. La tradición atribuye la erección de este lugar santo al rey Asoka (siglo III a. de J. C.) aunque algunas partes del recinto actual datan del siglo I antes de nuestra Era. En varias épocas se lo ha restaurado y modificado, de tal suerte que se encuentran allí ejemplos de todas las tendencias del arte búdico. En medio de las stupas y oratorios se eleva el templo de Mahabodhi en forma de pirámide trunca, restaurado en diversas ocasiones (siglos XIX y XX). Algunos de los elementos de su estatuaria datan de 750 a 1200 de la Era Cristiana. Entre los siglos VII y X existía en ese templo una estatua de Sakyamuni — uno de los nombres de Buda — que se consideraba como el retrato más fiel del maestro. La escultura sagrada permaneció cincuenta años en un aposento en penumbra, donde se la podía mirar tan sólo reflejando sobre su semblante los rayos del sol mediante un espejo. Bharut, otro santuario búdico del norte de la India, contiene igualmente ejemplos notables del primer arte inspirado por Gautama, aunque con reminiscencias brahmánicas. He aquí — arriba — un fragmento de pilar sobre el que se sostiene una pirámide de acróbatas, entre dos figuras de santos sobre flores de loto.



Cortesía Embajada de la India, Paris



Foto de Gilbert Erienne, del libro "Inde Sacrée", Copyright "Ides et Calendes", Suiza.



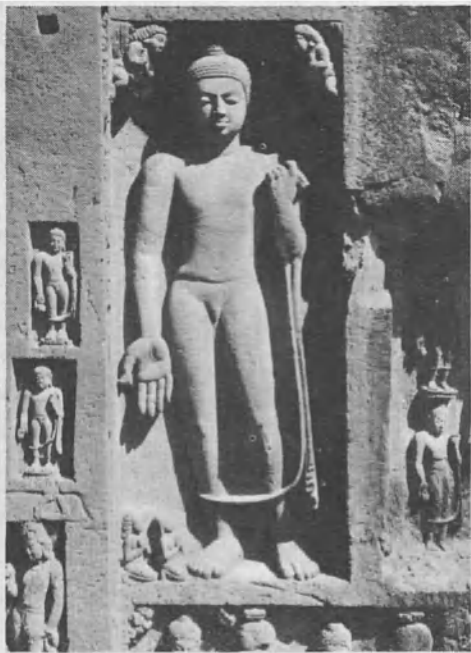
Unesco

AJANTA

galería de arte
labrada en la roca

Las veintinueve grutas-templos de Ajanta, situadas al este de Bombay, en el Estado de Hyderabad, forman una verdadera galería de arte religioso labrada en la roca viva por los monjes budistas durante un período que se extiende entre el siglo II antes de J.C. y fines del siglo VI de la Era Cristiana. Las columnas, los muros y las bóvedas de esas grutas están pintados, esculpidos y decorados con gran riqueza, constituyendo uno de los más nobles testimonios del arte búdico. Aquí se presentan algunos Budas de pie y sentados — magníficos ejemplos de la estatuaria de Ajanta — y uno de los paneles decorativos (arriba, derecha). La foto de abajo derecha es un detalle de la escultura presentada a la izquierda. (Ver los números I y II de "El Correo de la Unesco" — 1954 — y el álbum consagrado por la Unesco al esplendor de las pinturas murales de las grutas de Ajanta en la Colección de Arte Mundial, editada en Nueva York.)

Unesco





★

KARLI

Benefactores del Templo

En los santuarios búdicos se suele honrar a los benefactores dedicándoles una estatua o una pintura. En la fachada de la capilla (caitya) del santuario de Karli — labrado sobre una altura cerca de Bombay — se destacan las figuras de un príncipe benefactor y su mujer que contemplan con admiración el sacro monumento. El arte búdico demuestra ya en esa época (siglo I ó II de nuestra Era) un realismo y un sentido de la vida que contrastan con el estilo estático de la época pasada.

Copyright Phaidon Press, Londres.

★

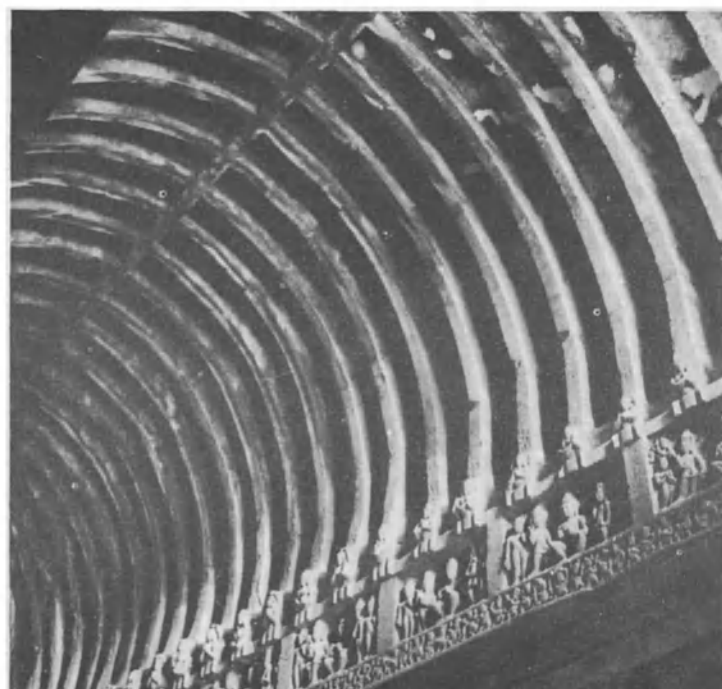
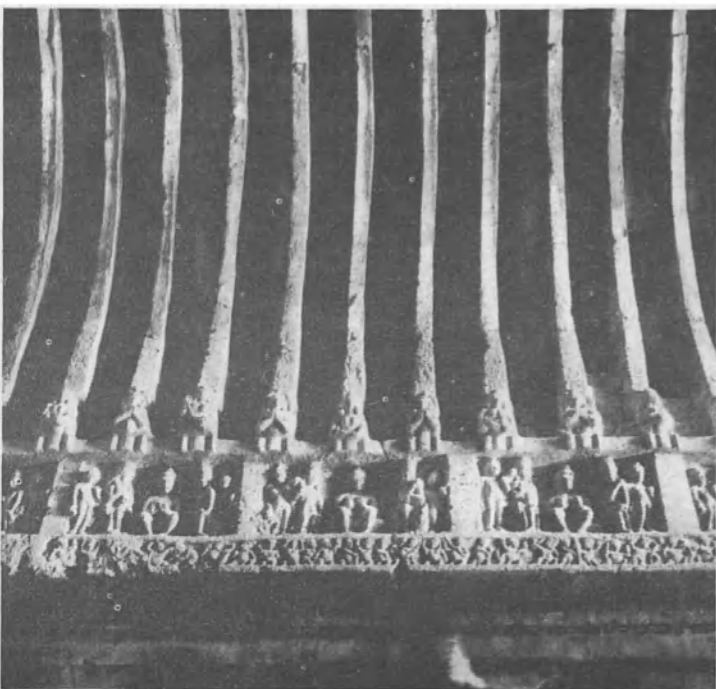
★

SANCHI

Camino de peregrinos

El gran santuario o stupa de Sanchi, en la provincia de Bhopal, es una de las más antiguas arquitecturas búdicas, respetadas por el tiempo (siglo I — II de nuestra Era). He aquí (1) el camino de ronda, magníficamente esculpido, por el cual transitaban los peregrinos en su visita piadosa alrededor del monumento. (2-3) Torsos mutilados de estatuas que formaban antaño la decoración de los pórticos. (4) Uno de los pilares pertenecientes al pórtico oriental.

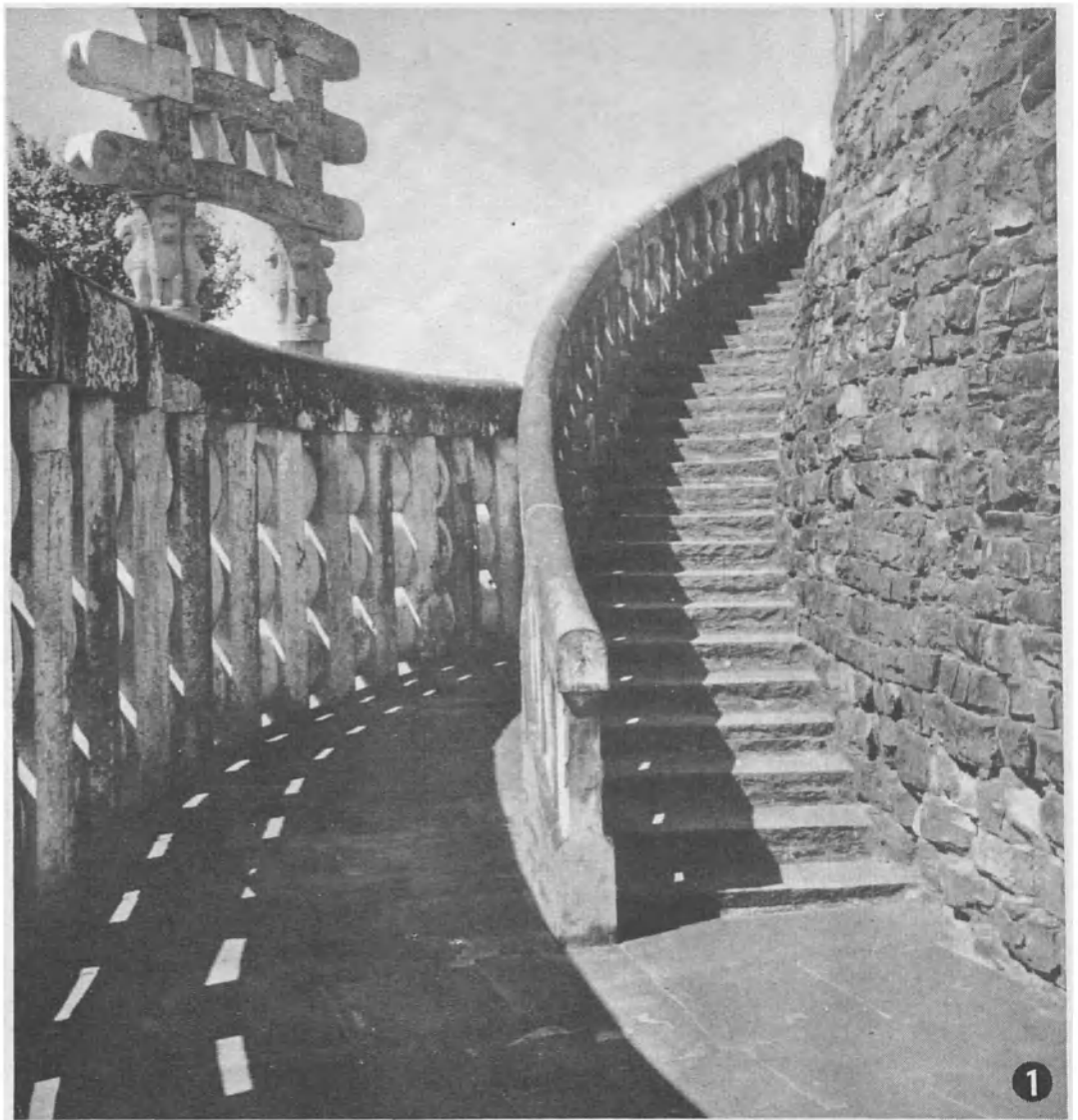
1 Copyright Phaidon Press, Londres.
2, 3, 4 Cortesía Gobierno de la India.

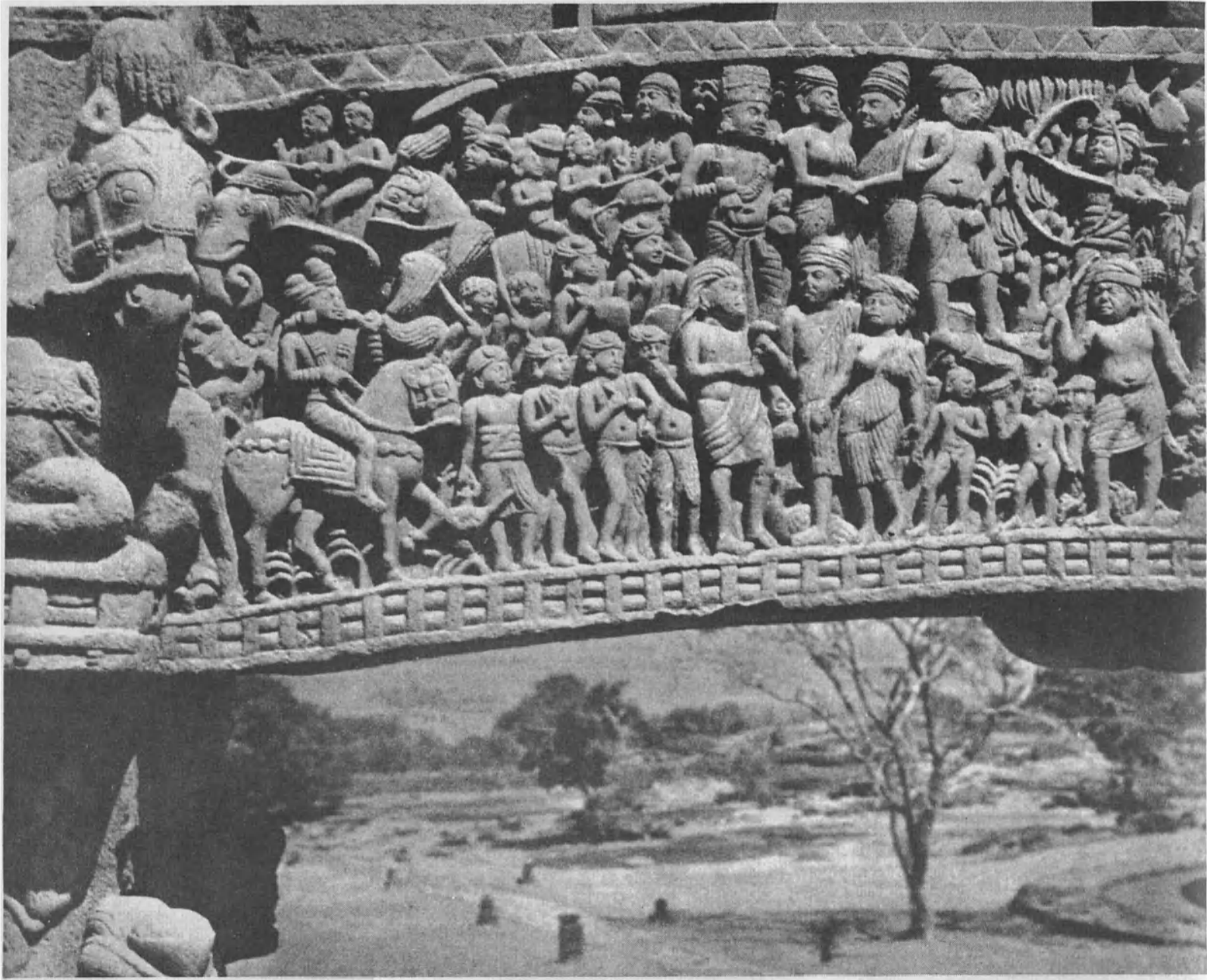


Copyright Werner Bishof-Magnum.

AURANGABAD. En la primera época del budismo, se guardaron las reliquias sagradas en edificios de madera, cubiertos de paja. Cuando éstos se reemplazaron con estructuras de piedra o construcciones en

la roca, los escultores copiaron en esos materiales las antiguas bóvedas de madera. Los ejemplos que se ven arriba pertenecen al santuario de Aurangabad, Estado de Hyderabad, y datan del siglo VII de nuestra Era.





El príncipe caritativo : le

Copyright Archivos del Museo Guimet, Paris



Los antiguos escultores que labraron los frisos y bajos relieves de los muros y portadas de las pagodas se inspiraron con frecuencia en las Djatakas, leyendas referentes a las vidas anteriores de Buda. Varias de esas leyendas están grabadas sobre la piedra, en uno de los más famosos monumentos del arte búdico, la Gran Pagoda de Sanchi, en la provincia de Madhy Bharat, India, donde se han conservado hasta nuestros días las más antiguas esculturas budistas, trabajadas en el siglo I de la Era Cristiana.

La Djataka del Pórtico Septentrional de la Pagoda de Sanchi — hay un pórtico en cada uno de los puntos cardinales — cuenta la vida del Príncipe Visvantara, última encarnación de Buda antes de que éste adoptara la forma de Gautama. El Príncipe Visvantara, cuyo nombre significa "Aquél que supera y conquista a todos", practicaba "la virtud de dar," y nunca se negó a hacer una limosna.

Según la leyenda, el Príncipe poseía un elefante blanco dotado de la virtud mágica de provocar la lluvia. Un monarca vecino, cuyo país estaba afligido por la sequía, le pidió el animal. El Príncipe acabó por entregarle el elefante prodigioso, por cuya razón el pueblo le expulsó de sus dominios con su mujer, Madri, y sus dos hijos. En el camino del destierro, dos brahmanes le pidieron al Príncipe los caballos de su carro, y un tercero le rogó que le cediera el carro mismo. Visvantara accedió a sus ruegos.

La parte de la historia relatada en el friso del stupa de Sanchi que se ve arriba, comienza a la derecha, cuando el Príncipe Visvantara y su familia, llegados al pie del Himalaya después de muchos sufrimientos, viven en una cabaña, alimentándose de raíces y de frutas silvestres. En la selva apacible, los niños, los animales y los árboles son amigos. Pero un día, durante la ausencia de Madri que había salido a buscar sus provisiones, llega un viejo brahmán que le pide al Príncipe le entregue sus hijos como sirvientes. El Príncipe, desolado, accede y, lo que es más aun, se esfuerza por no hacer ningún

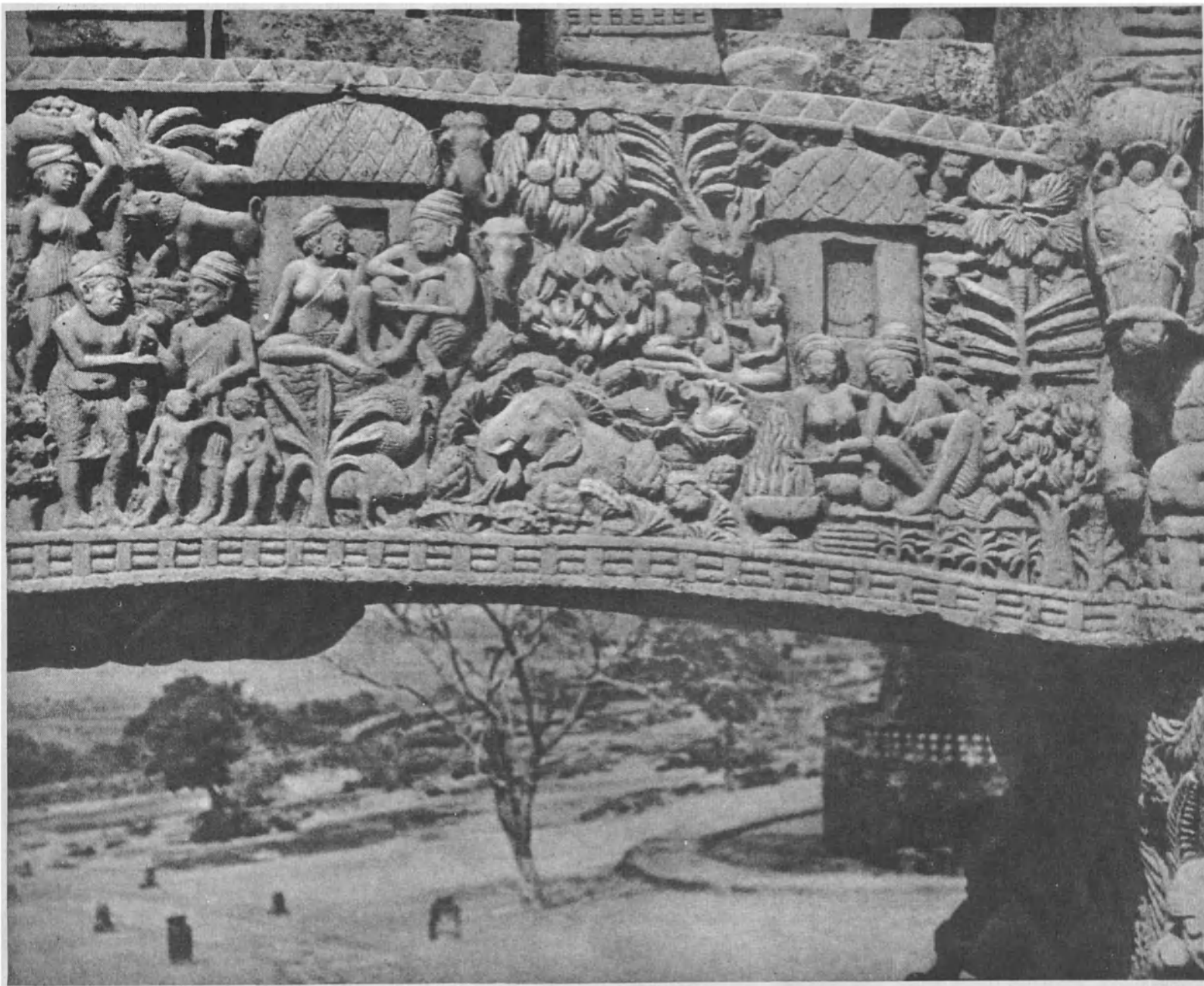


Foto de "The Art of India" por Stella Kramrish Copyright The Phaidon Press, Londres

yenda grabada en piedra

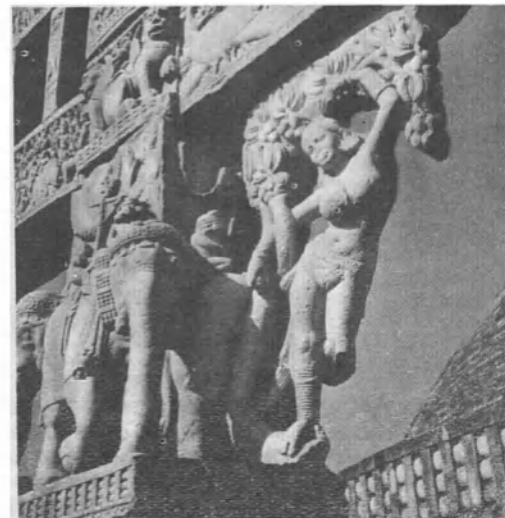
gesto cuando ve al anciano atar y aplear a sus hijos para llevarles como esclavos (centro, izquierda).

Surge un cuarto brahmán que le pide al Príncipe su esposa, la bella, tierna y fiel Madri. Una vez más, el Príncipe anacoreta cumple el rito de la ofrenda vertiendo un poco de agua sobre las manos del brahmán (centro, extremo izquierda). Felizmente, este extranjero no es otro que el dios Indra que ha bajado del cielo y ha adoptado un disfraz para someter al Príncipe a esta prueba suprema. El abuelo de los niños les ha rescatado mientras tanto comprándolos a su amo y sale al encuentro de Visvantara y su esposa. El rey cabalga un hermoso caballo (abajo, a la izquierda).

La terminación feliz de la historia se ve arriba a la izquierda: el dios Indra, con una corona de rey y llevando en la mano los rayos del castigo, acompaña al Príncipe Visvantara, a su esposa y a los niños, estos últimos montados sobre elefantes, y toda la familia se encuentra pronto reunida en la capital del reino.

El arte de Sanchi constituye una de las primeras formas del arte búdico, y sus pórticos esculpidos marcan la transición del trabajo del marfil al de la piedra. Uno de esos pórticos, por lo menos, fué ofrecido al templo por la corporación de los talladores de marfil del reino de Andhra. Es una "galería de imágenes" en la que se cuenta la historia de Buda con sencillo candor. Se ve claramente que los escultores y artesanos, acostumbrados al preciosismo del trabajo sobre el espacio reducido del marfil, no se atrevían a aprovechar de la libertad que les otorgaba la dimensión de la piedra. Para respetar las reglas convencionales — que duraron toda la época de la escuela india primitiva — no se evoca la figura de Buda sino mediante símbolos comprensivos. Las djakatas permiten reproducir sin sacrilegio las formas humanas o animales, adoptadas por Buda antes de su encarnación como Sidharta, "noble señor que renunció a los bienes terrenales"

Copyright Archivos del Museo Guimet, Paris



MUNDO DE FABULA

el paraíso de los animales

por Jeannine Auboyer

Subdirectora del Museo Guimet, París

Las fuentes más antiguas del budismo no son textos esotéricos o filosóficos, sino una colección de fábulas, apólogos y cuentos consagrados a narrar las vidas anteriores de Buda. No es esto un azar sino que responde perfectamente a la teoría hindú de la transmigración de las almas. Sabido es que, según esta creencia, morimos para nacer de nuevo y que en este constante renacer la misma alma encarna, según sus méritos, en un animal o en un hombre. De esta forma, una comunidad de origen da cohesión a toda la naturaleza y todo ser vivo participa en la misma gran aventura: la vida inagotable cuya esencia es idéntica cualquiera que sea su envoltura corporal. De aquí, la actitud peculiar que adoptan los habitantes de la India frente a los animales. Si en ellos mora también un alma, tal vez el alma de un pariente próximo, si sufren como sufrimos nosotros, será lógico tratarles con la mayor delicadeza.

La orientalista francesa Jeannine Auboyer es considerada como una de las más profundas conocedoras de la India antigua. En 1950 obtuvo el premio Paul Pelliot por su libro «Le Trône et son symbolisme dans l'Inde Ancienne». En colaboración con Alfred Foucher ha publicado últimamente la versión francesa de los Djataka bajo el título de «Les Vies Antérieures du Bouddha».

Así se explica que el emperador Asoka —ejemplo único en el mundo— promulgara en el siglo III antes de J.C. una serie de edictos en los cuales renunciaba a la caza y a la guerra, aconsejaba un régimen vegetariano y predicaba a sus súbditos el respeto a todo ser viviente. En el siglo IV fué abolida la pena de muerte. A lo largo de toda la historia —tanto en India como en las regiones donde penetró su cultura— se fundaron innumerables hospitales y asilos para animales viejos o enfermos. ¿Será preciso recordar, en fin, que la constitución de 1949 contiene un artículo consagrado a la protección de la vaca?

El budismo, nacido en la India, recogió ese extraordinario espíritu de benevolencia y lo elevó a un grado máximo adaptándolo a fines particulares. Puesto que la finalidad única que perseguía era precisamente la supresión del Dolor, evadiéndose así del espantoso ciclo de la Transmigración, era natural que proclamara y aplicara la gran ley del Amor. Así, en los cuentos de las vidas anteriores de Buda o *djâtakas* los animales ocupan lugar destacado: antes de alcanzar su última vida humana en la cual



Copyright Archivos del Museo Guimet Paris

KANTAKA, EL FIEL CABALLO. La leyenda dice que, cuando el príncipe Gautama abandonó su palacio y su familia para ir a buscar la suprema sabiduría, lo hizo sirviéndose de su fiel caballo Kantaka, acompañado por su auriga. Este relieve javanés de Borobudur, que data del siglo IX, representa al príncipe despidiéndose de su au-

riga y su caballo. Cuando estos dos últimos regresaron al palacio, el rey le reprochó a Kantaka por su acto: "Ingrato animal, has recibido de mis manos mil muestras de afecto y ahora has llevado a mi hijo amado lejos de mi presencia". Al escuchar estas palabras, Kantaka no pudo soportar su dolor y cayó muerto a los pies de su amo.



Unesco

ESCENA DE LA SELVA ESCULPIDA SOBRE UNA PUERTA DEL TEMPLO DE WAT SUTAT, BANGKOK, PROBABLEMENTE EN EL SIGLO XVIII, DESPUÉS DE J.C.

logra la *Illuminación* Buda encarnó infinitas veces en el cuerpo de los animales más diversos: pez cangrejo, gallo, urraca, perdiz, francolin, codorniz, oca, palomo, corneja, cebú, búfalo, mono, elefante, antílope, ciervo, caballo. En otros cuentos los protagonistas son animales, pero el Bodhisatva interviene en figura de hombre.

Una inspiración maliciosa anima con frecuencia estos cuentos. La Fontaine se inspiró en ellos, según sabemos. En casa de Mme de la Sablière, el fabulista francés, conoció al Dr. François Bernier a su regreso de la India, donde había resido ocho años en calidad de médico de uno de los Emires del Gran Mogol. Del Emir aprendió sin duda Bernier esas narraciones que reflejan tan maravillosamente los sentimientos de los indios hacia los animales, a los que conocían de manera perfecta. Ningún ejemplo mejor que los cuentos referentes a los monos donde se describe de un modo insuperable la curiosidad, la inconstancia, la impertinencia y la simpleza características de estos animales. Convendría tal vez mencionar que los habitantes de la India por estar acostumbrados a ver al «pueblo humano», como llama Kipling a los monos, conocen per-

fectamente sus defectos. Es delicioso el cuento del jardinero del rey de Benarés: Deseaba el buen hombre tomarse unos días de descanso a los que se creía merecedor; pero como temiera dejar el jardín sin nadie que lo cuidase, y como al mismo tiempo no quería pagar a un suplente, decidió solicitar los servicios de una tribu de simios que se había domiciliado en el parque real. Antes de partir hizo a éstos toda clase de recomendaciones, en especial que no dejasen de regar el vivero. El rey de la tribu simiesca, deseando evitar todo esfuerzo inútil a sus súbditos, empezó por arrancar todos los arbolillos para cerciorarse de la cantidad de agua que las raíces de cada uno necesitaba... Es fácil imaginar la emoción que experimentó el jardinero a su regreso.

Otra anécdota es la del mono que tomó a un cebú por dominguillo de feria. Le gastaba las bromas más pesadas, de las cuales la más inocente era, por ejemplo, saltar sobre su lomo y taponarle los ojos con las manos. Todo el mundo se maravillaba de la paciencia del (Sigue a la vuelta) pobre ruminante. Pero un día, el mono se vió arrojado por tierra, en medio de sus juegos,

La selva animada por una varita mágica

y pereció bajo las patas del animal. No hay que extrañarse; el mono se había equivocado de cebú. El primero era el Bodhisatva; el segundo desconocía la caridad budista.

Cualquiera que fuese la forma que tomaba en sus encarnaciones el futuro Buda —y esta es la moraleja de los cuentos— era siempre un modelo de virtud. Así en la etapa en que Buda había adoptado la figura de un mono, este animal, cuya simpleza se subraya a veces con una malicia un poco cruel, se transforma de pronto en ejemplo de discreción y valor. La conocida historia de la abnegación de Mahākapi, rey de los monos, es típica a este respecto. El rey de Benarés remonta con su ejército el curso del Ganges en busca de una higuera maravillosa cuyos suculentos frutos codiciaba; al llegar al lugar deseado, ve entre las ramas de la higuera una multitud de monos ocupados en devorar lo que él consideraba su exclusiva propiedad. Pero caía la noche y los arqueros decidieron esperar la luz del nuevo día para disparar certeramente sobre los simios que, asustados por los preparativos que presenciaban, se agitan sin saber qué hacer. Su rey decide hacerles abandonar posición tan peligrosa, para cuyo fin atraviesa el Ganges de un salto prodigioso, corta un largo bejuco en la otra orilla y ata un extremo a un árbol, situado enfrente de la higuera, y el otro a su pierna. Transformado en catapulta viviente, salta de nuevo sobre el río, alcanza con sus manos una rama de la higuera, y sobre el Ganges queda trazado un puente colgante, cuya primera sección la constituye el cuerpo del rey de los monos. De esta manera, sin sufrir daño alguno, todo su pueblo pasa a la otra orilla. Pero el rey, extenuado por tan gigantesco esfuerzo se deja caer una vez salvado su pueblo. El rey de Benarés, emocionado por tanta abnegación, hizo tender una red debajo del árbol para que el mono no se estrellara contra el suelo.

Este ejemplo de caridad suprema, capaz de llegar hasta el sacrificio de la propia vida, es uno de los temas favoritos en los *djātaka*. Los héroes de estas narraciones pueden ser, indistintamente, hombres o animales. Unas veces será el rey de las gacelas que se ofrece al cocinero del rey para salvar la vida de sus súbditos y en particular la de una gacela embarazada; otras, un elefante que, capturado, hace la huelga del hambre para que lo pongan en libertad y poder volver al lado de su madre ciega y solitaria; otras, el gran elefante de seis colmillos que se deja derribar y despojar de su inestimable marfil para reparar una falta, por cierto benigna, que había cometido.

En esta gran comedia universal, el animal ocupa así un lugar destacado. Habla, actúa, sufre y se comporta igual que el hombre. Ello obedece a la concepción india de la solidaridad que existía entre los seres de la creación, pues todos, desde el más pequeño al más grande forman parte del ciclo de la transmigración de las almas.

Gacelas, monos y elefantes héroes de los cuentos búdicos

El arte plástico confirma los sentimientos budistas que nos revelan los textos clásicos. En las primeras esculturas (aproximadamente de los siglos III y II antes de J.C.) sorprende el amor y la maestría técnica con que los artistas supieron tratar las formas y las actitudes de los animales. El arte animalista es, en efecto, una de las principales características del arte de la India y en este sentido, la vituosidad de los artistas nunca ha decaído a lo largo de su evolución. A los albores del arte indio pertenece ese elefante monolítico de Dhauri (Orissa), macizo, poderoso, de volumen sobriamente expresado. Se trata de una obra que parece incompleta, pues sólo la parte delantera del paquidermo emerge del bloque de piedra; pero el trabajo es tan perfecto y acusa tanta sensibilidad, que no podemos suponer que el artista ahaya dejado inconclusa su obra por ignorancia o por falta de habilidad.

El antiguo arte budista, basándose en las narraciones de los *djātaka*, utiliza con abundancia escenas animales en su iconografía. Así, en los historiados bajo-relieves, esculpidos entre el siglo II antes de J.C. y el siglo III de nuestra era,

se despliega un armonioso mundo animal: Elefantes machos de imponente estatura, elefantes hembras de líneas más suaves, pequeños elefantes conmovedores en su graciosa torpeza, ágiles gacelas con las orejas atentas al peligro, peces, tortugas, aves, ciervos majestuosos e impasibles, fieras en acecho... Vive y se anima todo el mundo animal, familiar a los habitantes de la India. Toda una serie de cuadros en que se representa la vida cotidiana transcurrida en las ermitas de los bosques y las selvas donde la familiaridad con los huéspedes de la Naturaleza da tono a la solidaridad universal de que hablamos antes.

La escenas se desarrollan como en un fresco interminable. La figura del elefante de seis colmillos se encuentra en Bharhut, en Sanchi, en Ajanta; la abnegación del rey de los monos, en Bharhut, en Sanchi y en otros lugares. Todos los héroes de los cuentos búdicos, solos o en grupo, se perfilan en un decorado reducido y estilizado, pero suficiente para indicar el ambiente: bosque, ciudad o parque real. Desempeñan un papel análogo al de los hombres. Vemos por ejemplo a todos los animales reunidos para rendir homenaje a la higuera de la Iluminación; o a los elefantes rociando con sus trompas a la madre del futuro Buda en un gesto que recuerda el rito de la consagración real de los bramanes.

La vida de todos los seres es infinitamente preciosa

Pintura o escultura, nada escapa al ojo experto del artista. Una reproducción tan natural exige, sin duda, larga y atenta observación de las actitudes típicas de cada especie; los detalles anatómicos están perfectamente indicados, aunque a veces la caricatura se esboce en esos «retratos». Percibimos, también, el profundo sentido de la estética de estos artistas. Saben utilizar el poderoso modelado del elefante, no vacilando en exagerar su corpulencia para expresar mejor su porte gigantesco. Igualmente estilizan de un modo exquisito la asombrosa fineza de las gacelas o la elegancia de los ciervos, o saben notar con fino donaire las actitudes burlescas de los monos. En una palabra: Evocan todo un mundo con la magia de un arte al parecer simple, pero en verdad pletórico de experiencias.

Este mundo es el de la eterna cadena de la Transmigración y al mismo tiempo el de la vida diaria, en el que todos podemos reconocer a un familiar en el protagonista-animal de un cuento y en el que el hombre sólo interviene como hermano mayor. Nada menos filosófico que todo esto. Se parte de la base de que no hay que atentar contra ninguna forma de vida, preocupación que aparece a menudo en los textos búdicos. Se desprecia al cazador, al pescador, al carnicero por la obra destructora que realizan: «A los que se complacen en ver un ser destrozado o llevado al sacrificio, les esperan penas y dolores sin cuento». (Samuyuta Nikaya, III, 301).

También se considera preciosa la vida de los seres infinitamente pequeños: «¡Necios! ¿Como podéis cavar la tierra o hacer que otros la caven? Debíais pensar que en la tierra hay seres vivos». Un religioso que remueve la tierra comete una falta digna de expiación. «¡Necio! ¿Cómo puedes derribar un árbol o hacer que otros lo derriben? Debíais pensar que en el árbol hay seres vivos». Destruir el crecimiento de un vegetal es una falta digna de expiación. (Vinaya Pitaka IV, 2 y 34). Comete falta también el monje que intencionalmente quita la vida a un ser que respira, o que utiliza agua sabiendo que contiene seres que respiran, etc. Vinaya Pitak, IV, 124, 125, 49).

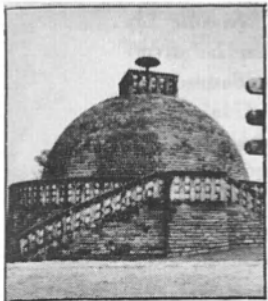
A veces esta actitud no está exenta de cálculo, pues el respeto a la vida de todos los seres se basa, en el fondo, en la esperanza de una reciprocidad. Pero es notable, y conviene subrayarlo de nuevo, que este respeto se funda, ante todo, en el amor:

Mi amor a los que no tienen patas,
Mi amor a los que sólo tienen dos,
Mi amor a los que tienen cuatro,
Y a los que tienen mil, mi amor.

(ANGUTAGA NIKAYA, II, 72-73.)

EL « CAMINO MEDIO »

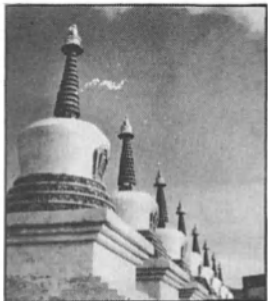
500 millones de habitantes de Asia son Budistas



INDIA



INDONESIA



TIBET



CHINA



TAILANDIA



JAPÓN

No se conoce el número exacto de budistas en el mundo. Alrededor de 500 millones de habitantes de Asia —o sea la quinta parte de la población del mundo— son budistas. Los países que contienen la mayor proporción de budistas son los del sudeste: Tailandia (90 %), Laos (83 %), Camboja (80 %), Birmania (80 %), Ceilán (62 %).

Se calcula en 46 millones el número actual de budistas japoneses, con inclusión de numerosas sectas, desde la secta popular de Shin hasta la austera y contemplativa de Zen, que desconoce las escrituras búdicas y cree en la obtención de la suprema sabiduría mediante la meditación.

En la India, que fué el centro de irradiación de las enseñanzas de Buda, ya casi no existen prosélitos de esta doctrina.

HAY dos grandes escuelas de pensamiento búdico. La primera, llamada por sus discípulos *Theravada* o «la vía de los mayores», y otras veces *Hinayana* o «el Pequeño Vehículo» mantiene la idea de que es posible la salvación del individuo mediante la disciplina monástica y da la mayor importancia al esfuerzo personal. Esta escuela que quiere seguir a la letra la prédica de Buda existe principalmente en Ceilán, Birmania, Tailandia y Camboja por lo que se la llama «escuela meridional del Budismo».

La segunda escuela búdica es conocida con el nombre de *Mahayana* o «el Gran Vehículo» —en el que «todos pueden embarcarse»— y da una más amplia interpretación a las enseñanzas y prácticas del budismo. Esta «escuela septentrional» es menos rigurosa y más comprensible para el hombre común. Según el budismo *mahayanista*, Gautama Buda debía ser reverenciado como un gran maestro, como un precursor de todo un Panteón de redentores o dioses, cuya figura principal es Amitabha Buda «el de la luz infinita». Cada Buda habita en un paraíso de Bodisatvas o futuros Budas que han hecho voto de no entrar en el Nirvana hasta que no hayan logrado conducir a él a todos los seres vivientes.

Este budismo de *Mahayana* se difundió principalmente por una parte de la India, Nepal, Tibet, China, Corea y Japón.

SE designa a Buda con diversos nombres. Su apellido fué Gautama y recibió al nacer el nombre de Sidharta, que significa «El que ha llegado». Sus devotos le llamaron Baghavat, o «el Bienaventurado» y Jina, o «el Victorioso». En otras ocasiones le dieron los más varios calificativos, como Sakyamuni, que quiere decir «el sabio de los Sakyas», y más frecuentemente, Tathagata, «el Perfecto». La palabra Buda viene de *Bud* (despertar) y se aplica con el sentido de «El que ha despertado», «el Esclarecido», o el «Iluminado». Esta última designación se da no sólo a Buda sino a todos aquellos que han vencido la ignorancia y han obtenido la suprema sabiduría.

El volumen de la literatura búdica es enorme. Aunque los Cánones Búdicos existen en sánscrito, chino y tibetano, la única colección completa de las escrituras búdicas en una de las lenguas de la India se conoce con el nombre de *Tipitakas*, Cánones en lengua pali de Ceilán. Las *Tipitakas* o *Tripitakas* —cuyo nombre significa «el Triple Cesto»— comprenden el Libro de Vinaya —regla de disciplina monástica—, el Libro de Sutta o *sutras* —sermones, comentarios y parábolas— y el Libro de *Abydhamma* —física, psicología y filosofía—.

En adición existe el libro de poesía moral, el *Dhammapada* (ver pág. 42), y varias colecciones de cuentos como las *Djakatas* (ver pág. 22).

A lo largo de la historia del budismo se han celebrado seis grandes Concilios para volver a examinar y revisar las enseñanzas de Buda. Cuatro Concilios tuvieron lugar antes de la Era Cristiana, el último de los cuales se celebró desde el año 29 al 13 a. de J.C. y ordenó por primera vez que se escribieran las enseñanzas búdicas. El Quinto Concilio, efectuado en 1871 en Mandalay, Birmania, mandó grabar los textos en 729 lápidas de mármol.

En el Sexto Concilio Mundial, que acaba de celebrarse en Rangún, fueron designados 500 monjes para revisar los textos de las escrituras búdicas, después de que un grupo importante de eclesiásticos y erudi-

tos había hecho algunas versiones en lengua pali y algunas traducciones en birmano. Las escrituras o *Tipitakas* comprenden 54 volúmenes, —en total 14.804 páginas— pero se cree que lo esencial de las enseñanzas de Buda podría resumirse en dos o tres volúmenes de 500 páginas cada uno. Naturalmente, esta sería una forma resumida y compendiada de los textos sagrados.

El libro fundamental del budismo *mahayanista* es el *Prajnaparamita* cuyas *sutras* o discursos de Buda enseñan a desarrollar en extremo la conciencia de la inanimidad de las cosas terrenas. Este es el medio supremo para desprenderse de ellas y coronar los esfuerzos hacia la verdadera felicidad. La existencia de las cosas —afirma el libro búdico— no tiene una «verdad de esencia», lo que no excluye que posea una «verdad de apariencia». Las cosas son pasajeras y, desde el punto de vista de la verdad absoluta no son nada. Por esta razón, ninguna posesión de las cosas es «real». Quien se dá cuenta de esta verdad alcanza el camino de la salud y logra su «despertar».

El príncipe Sidharta Gautama que renunció a la riqueza y el poder para seguir «el camino medio» de la virtud, personifica el anhelo de perfección moral de los habitantes de la India. Este anhelo o ideal se encarnó en varias ocasiones, desde los tiempos más remotos. Según los textos antiguos, el «Buda histórico» —o sea Gautama— tuvo seis predecesores o Tathagatas: Estos «Budas sucesivos» fueron: Vipasin —«el omnividente»— Sikhin —«el del penacho llameante»—, Vesabhu, Kakusandha, Mahavastu y Kasapa o «el guardián de la luz». Los siete Budas han seguido un camino semejante —la renunciación de un reino o de un principado fastuoso para llevar una vida mendicante e ir en busca de la verdad— y difieren tan sólo en el linaje, en la clase de árbol bajo el cual se realizó su «despertar», en el número de sus discípulos y en las condiciones de vida del mundo en la época en que aparecieron. Según las escrituras búdicas, a estos Budas se sumará Maitreya, el «redentor futuro» que aparecerá en el año 80.000.

ANGKOR LA CIUDAD DE “TORRES SEMBLANTES”

EN un viaje científico a través de Camboja, el naturalista francés Henri Mouhot, al encontrarse de pronto —el 22 de enero de 1861— ante el templo de Angkor, exclamó con emoción extraordinaria : «¡Qué elevado el genio de ese Miguel Angel del Oriente que concibió semejante obra!». Fué Mouhot quien reveló al mundo la existencia de Angkor, obra maestra de un arte que había permanecido durante muchos siglos sepultado bajo la selva.

Ya, desde 1296, un peregrino chino que visitó Camboja había dado noticia de la ciudad real de Angkor-Thom y de su torre de oro, y a comienzos del siglo XVII, algunos misioneros españoles y franceses habían colmado de elogios a esa «maravilla» ; pero,

únicamente a fines del siglo pasado, los arqueólogos han podido estudiar las diversas construcciones de Angkor después de haber retirado los escombros y la maleza que las ocultaba. De esta manera, sólo hace cincuenta años se habla con fundamento del arte khmer, cuya expresión más alta es Angkor y apenas hace dos décadas se ha podido determinar con certeza las fechas de construcción de los diversos templos.

Los reyes khmers reinaron, entre los siglos IX y XV aproximadamente, en el país que corresponde hoy a la Cochinchina y a parte de Camboja. Desde el principio de la Era Christiana eran frecuentes los contactos de este país con la India y la China, por lo que es difícil fijar la fecha de la intro-

Copyright Archivos del Museo Guimet, Paris



ducción del budismo (sin duda hacia el siglo IV o el siglo V después de J.C.).

Angkor-Vat fué construido a comienzos del siglo IX por un rey khmer no budista, que instaló allí su capital. El esplendor de esta ciudad aumentó a medida que el imperio khmer extendía sus conquistas a los países vecinos. La construcción de Angkor-Thom, en 1181, a alguna distancia de Angkor-Vat, se debe al rey budista Jayavarman VII. En esta ciudad, de inspiración plenamente búdica estableció el piadoso monarca su capital, y en el centro de su área —un cuadrilátero de 3 kilómetros por cada lado— hizo erigir el *Bayón*, o su «templo-montaña», en donde identificó su figura real con la de Buda. Al mismo tiempo, enriqueció

la arquitectura de Angkor-Vat con elementos decorativos búdicos.

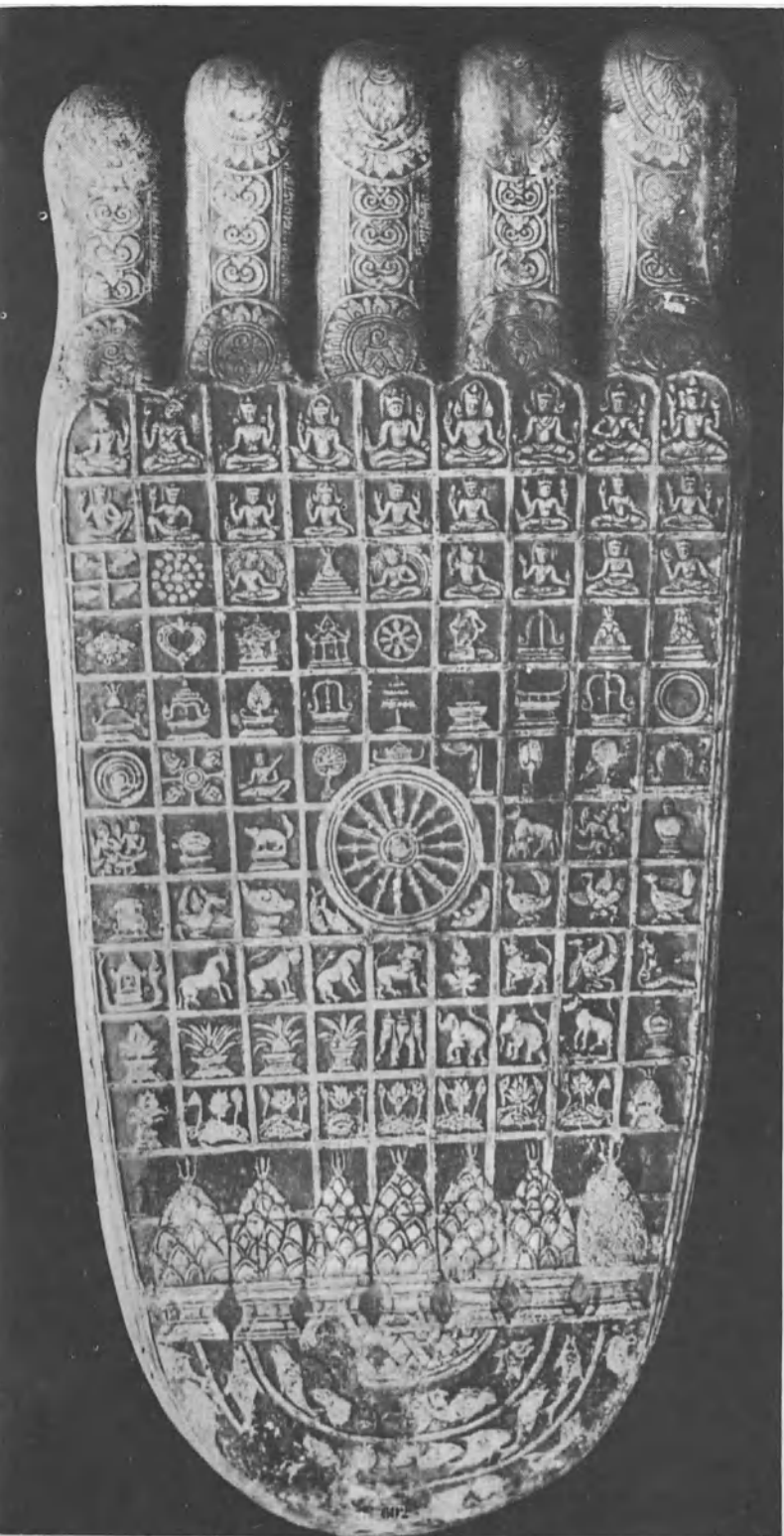
★

El Bayón marca la agonía del arte khmer que nos han legado —como un postrer canto de cisne— esas magníficas estatuas búdicas y esos frisos que son verdaderos frescos de piedra. El arte khmer fué esplendoroso particularmente en la arquitectura, en la que llevó al apogeo su gusto por lo monumental y por el orden, realizando una composición armoniosa y equilibrada del edificio. Todo ha sido previsto con genio en esos templos maravillosos aún el avance gradual del devoto hasta el sagrario, a lo largo de avenidas bordeadas de motivos esculpidos sobre la piedra.

La foto de la izquierda muestra un detalle de un bajo relieve que representa la Leyenda del Rey Leproso, en una galería interior del Bayón. Se ve al rey en su palacio, y, en la parte inferior, dos bailarinas sobre un escenario acompañadas por una tocadora de arpa. La foto del centro presenta las líneas sagradas y simbólicas de un pié de Buda (siglo XII) esculpido sobre una losa de Angkor Vat. La Rueda de la Ley esta grabada en la planta. El motivo del pie que se repite en muchos relieves búdicos, traduce la veneración de los fieles por las «huellas del Bienaventurado». Foto de la derecha : «Balaustrada de cobras», colocada a lo largo de una hilera de estatuas que conducen al Bayón.

Copyright Giraudon

Copyright Archivos del Museo Guimet, Paris



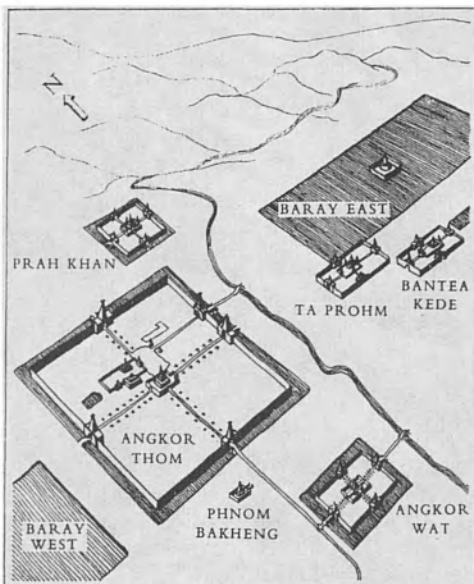
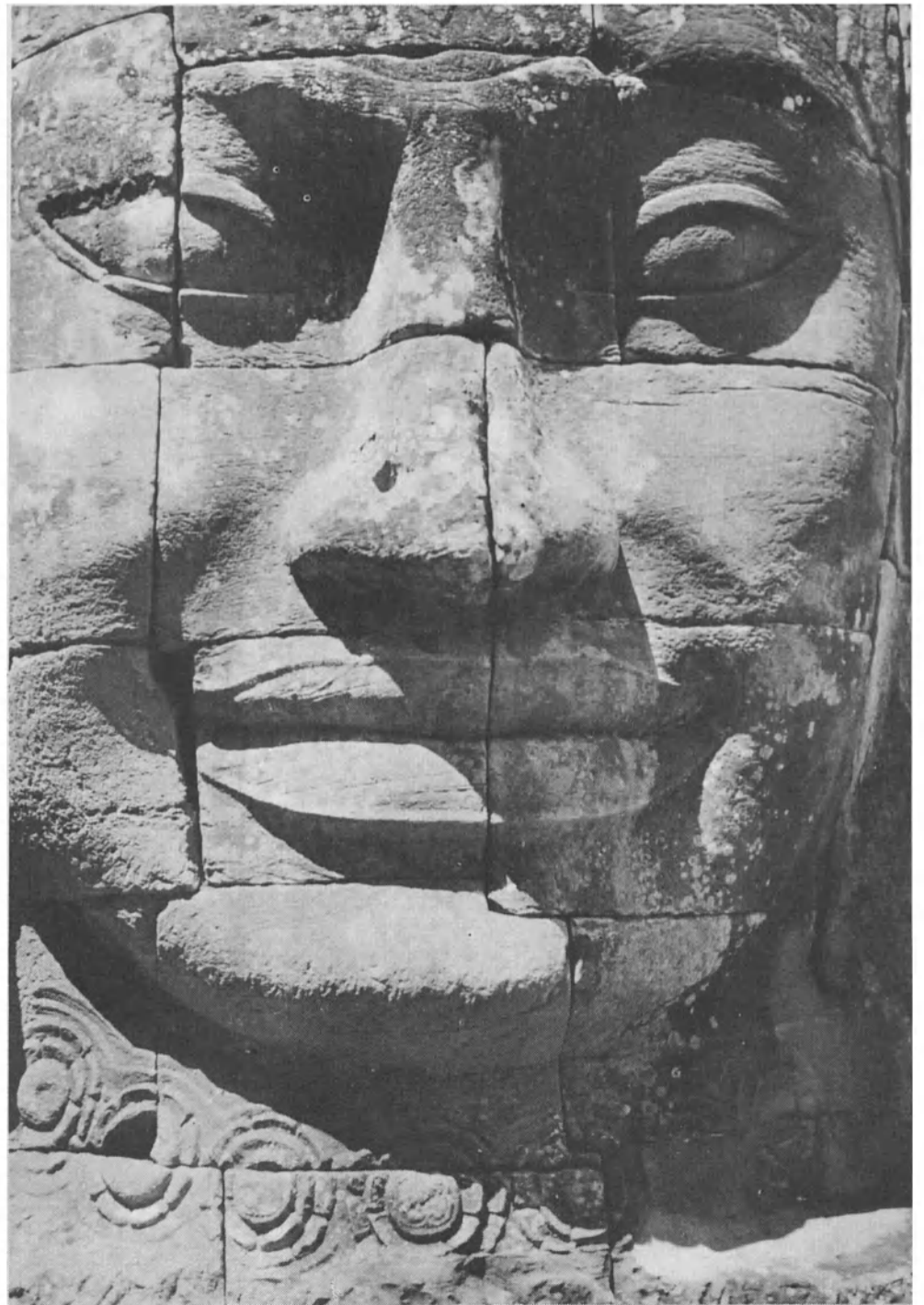


LAS "TORRES-SEMBLANTES". Desde la entrada del Bayón, sorprende la sucesión de semblantes esculpidos que contemplan al visitante desde distintas alturas. Al llegar a la terraza superior, la obsesión de esas caras gigantescas se vuelve alucinante. Llegan a 52. esas "torres-semblantes" (cada torre lleva esculpidos cuatro rostros) que constituyen una innovación del "estilo de Bayón" (primera mitad del siglo XII y comienzos del siglo XIII). El conjunto del semblante alcanza a medir casi 2 metros, desde la parte superior de la diadema hasta el collar de lotos estilizados. El significado simbólico de esas torres es el siguiente : Frente a los cuatro puntos cardinales los semblantes del rey — que ha adoptado las facciones de Buda — afirman su poder sobre todo el reino.

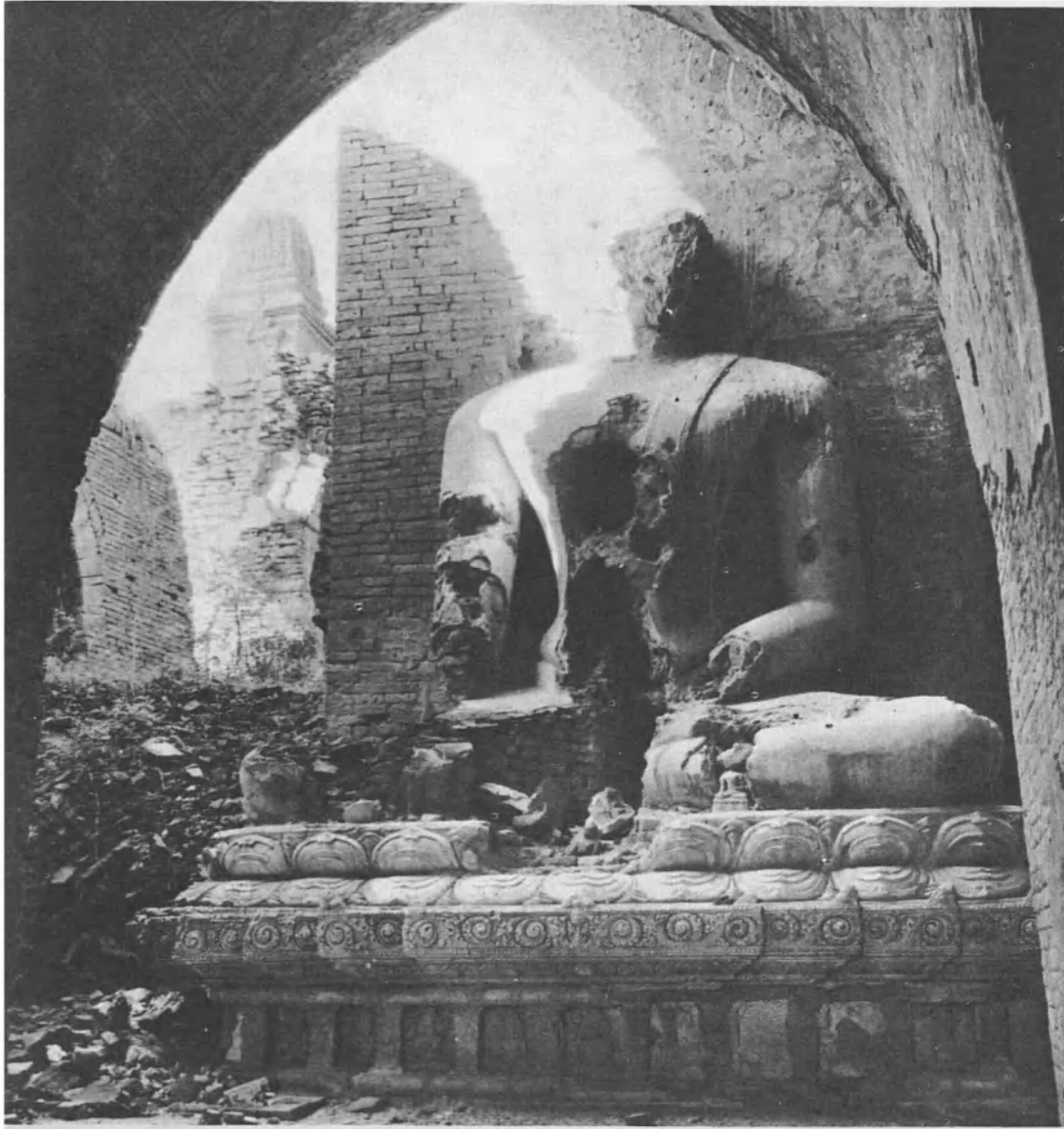
Arriba : Fotos del libro "Extrême-Orient" por Hélène Hoppenot. Copyright Ides et Calendes, Suiza.

ANGKOR-THOM, cuya construcción es posterior a la de Angkor-Vat, ha seguido un plano arquitectónico análogo : disposición romboidal de las cinco torres centrales — una en el medio, cuatro en las entradas principales, levantadas sobre un alto basamento — y un santuario colocado en la cúspide de una montaña ficticia, o sea el "templo-montaña".

Derecha : Copyright Magnum-Cartier Bresson. Croquis extraído del libro "The Art and Architecture of India" por Benjamín Rowland. Copyright Pinguin Books, Londres.



Birmania



LAS ESTATUAS COLOSALES DE BUDA en Birmania se encuentran casi siempre cubiertas de una capa de yeso, pintado o enteramente dorado con pan de oro. El tiempo ha lavado el yeso que revestía antaño la estatua del Buda de Phandawgyer, en Pagan, (abajo) dejando al descubierto su extraordinaria figura, plena de vigor y de grandeza. Es lamentable el estado de las estatuas búdicas en los templos arruinados de Pagan, como se puede ver por las dos figuras de abdomen horadado (abajo Izquierda). Hace algunos siglos, los invasores y los nómadas pilladores de tesoros abrieron el pecho y el vientre de todas las estatuas que encontraron, en busca del oro y las reliquias encerradas allí por los benefactores budistas.

Copyright J. Lavaud.

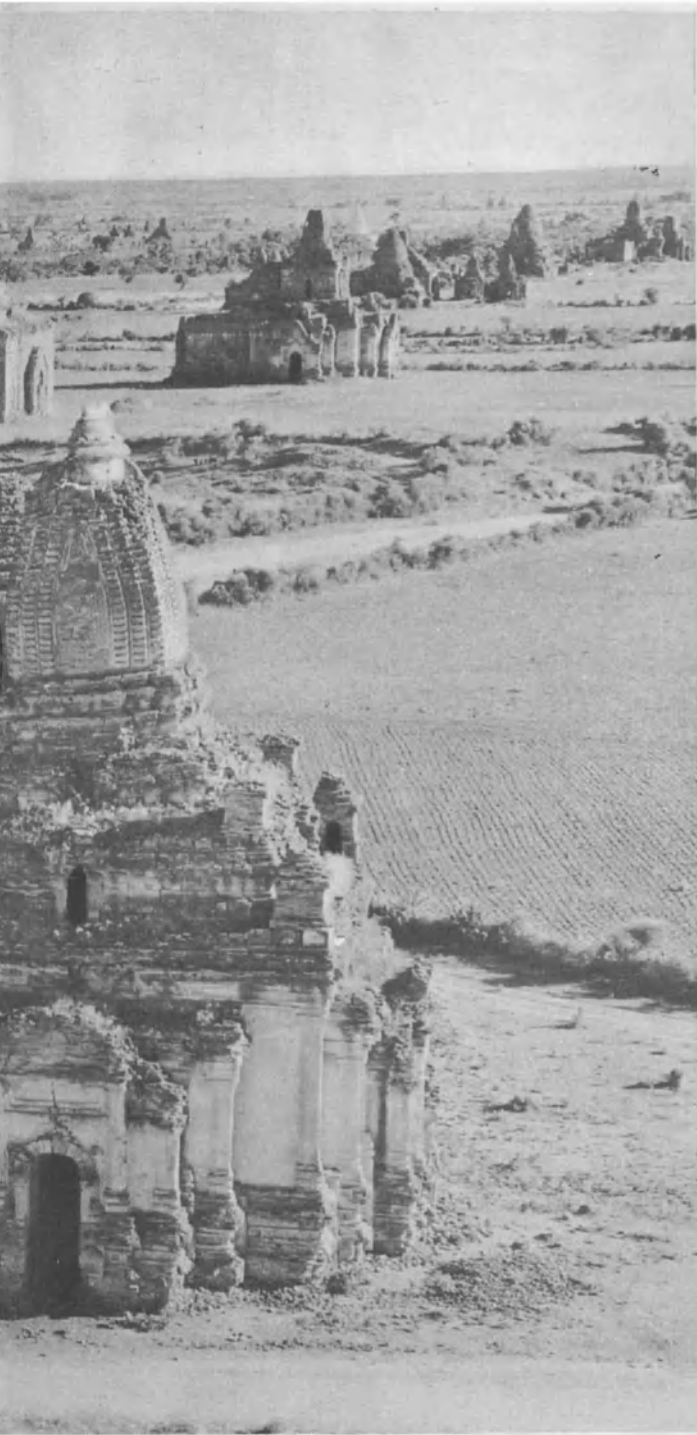
Cortesía A. de Silva-Vigier.





PAGAN

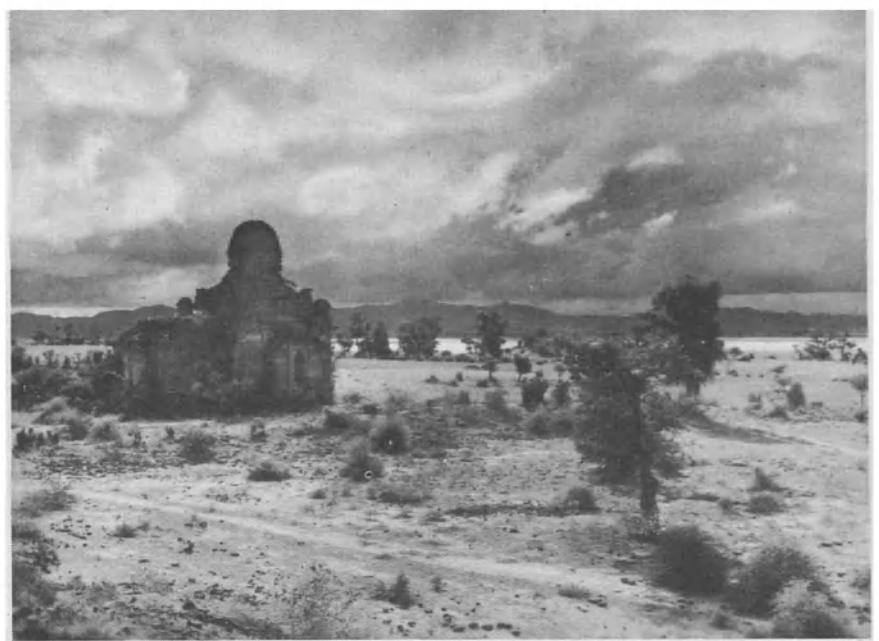
floresta de pagodas

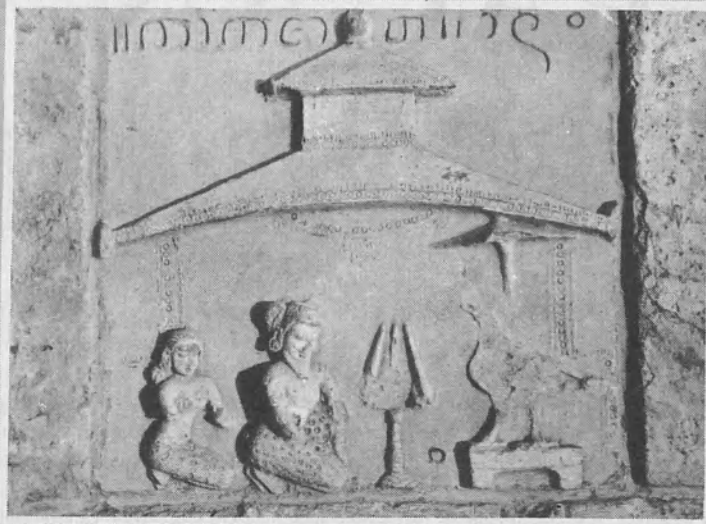


EN la relación de su viaje por los dominios del Gran Khan, el veneciano Marco Polo habla del « país de Mien » donde vió unas torres « de grandísimo valor y las más bellas que se podían contemplar en el mundo ». Dice que su parte alta « estaba engalanada en todo su alrededor de campanillas doradas que sonaban cada vez que las agitaba el viento... y era un gran triunfo verlas y escucharlas... » Este país de Mien no era otro que Birmania y las torres pertenecían a su capital, la antigua ciudad santa de Pagan, uno de los centros del Budismo en Asia y al que ningún otro supera en el número y esplendor de templos y monumentos. Su área se extiende más de 15 kilómetros a lo largo del río Irrawady y cerca de 4 kilómetros hacia el interior, en el centro de Birmania, como una floresta de pagodas y de stupas de todas las formas y tamaños. Fulguran como catedrales de la Edad Media con sus torres redondas o bulbosas, sus pináculos esbeltos, sus cúpulas piramidales y sus domos en forma de grandes calabazas. (Las fotos muestran una vista general de la antigua ciudad santa.) Construida por el rey Anawrahta, en el siglo XI, Pagan fué la capital de Birmania y llegó a contar con 4.000 pagodas. Mantuvo su carácter de gran capital política y religiosa hasta que fué conquistada por los ejércitos de Kublai Khan, en 1287.

Birmania debe mucho a la India en la esfera de la religión, la filosofía y el arte. Aunque muy antiguamente existían ya colonias budistas en el país birmano, el budismo no se impuso realmente hasta el año 1057 de nuestra Era. En la actualidad, de 19 millones de habitantes, 15 millones doscientos mil son budistas (80%). Cada adolescente birmano vive por un tiempo en el monasterio, lleva la cabeza rasurada y viste la túnica color de azafrán de los novicios. (Túnicas de igual color se usan en Ceilán y Tailandia.) Algunos de esos novicios permanecen sólo unos meses, otros se convierten en monjes (pongyi) para toda su vida. En cada aldea birmana se encuentran monasterios y pagodas de pináculos dorados. Se puede afirmar que todo el campo de Birmania — hasta la altura más rocosa o escarpada — está cubierto de pagodas. La más grande de éstas y la más santa del mundo búdico es la espléndida y bella « Shwe Dagon », en la ciudad de Rangún (Ver foto en la pag. 10). Su fama se debe al hecho de que contiene muchas reliquias auténticas de Buda, incluso cuatro cabellos de su cabeza. Esta pagoda se puede percibir desde una distancia de 35 kilómetros o más, ya que está construida en el punto más alto de Rangún y está iluminada durante la noche. Su pináculo está cubierto de oro puro que se renueva periódicamente por contribución de los fieles. No es raro ver a alguno de estos trepar hasta lo alto del pináculo para añadir su « grano de oro » al esplendor de « Shwe Dagon ».

Copyright J. Lavaud



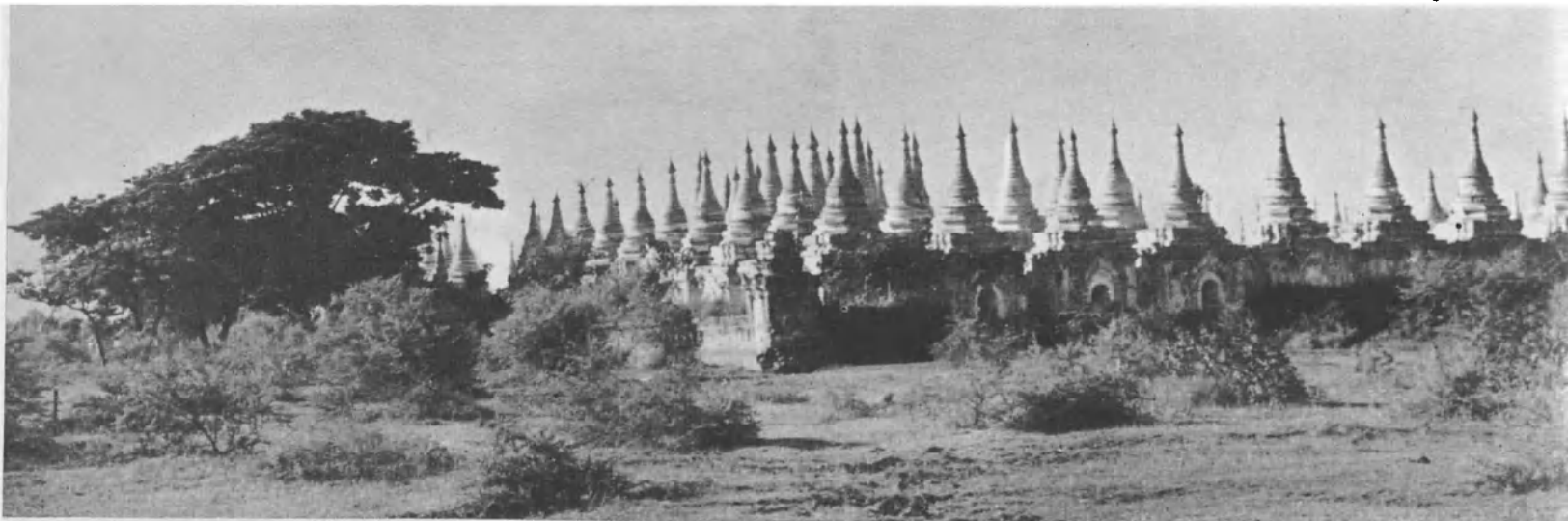


En años recientes se han encontrado espléndidas baldosas de tierra cocida en los sótanos y corredores de varias de las pagodas de Pagan. Esas baldosas llevan esculpidas escenas de las fábulas sagradas o **Djatakas** y de la vida de Gautama Buda. Los cuatro ejemplares que se presentan aquí son de arcilla roja, cocida al horno, y pertenecen a las pagodas gemelas de Petleik que fueron construidas en el siglo XI.

Copyright J. Lavaud.



Cortesía Anil de Silva-Vigier.



CADA UNO DE ESTOS MAUSOLEOS BLANCOS es un **stupa** que muestra en su fachada y en su parte posterior una losa de mármol donde se halla escrito un capítulo de la escritura búdica "Bitaghat".

Centenares de estos **stupas** aéreos forman parte de la arquitectura de la Pagoda **Ky-thu-daw** o "Casa Real del Mérito" construida en el siglo XIX fuera del recinto de la llamada « ciudad de los palacios de Mandalay ».



Copyright J. Lavaud

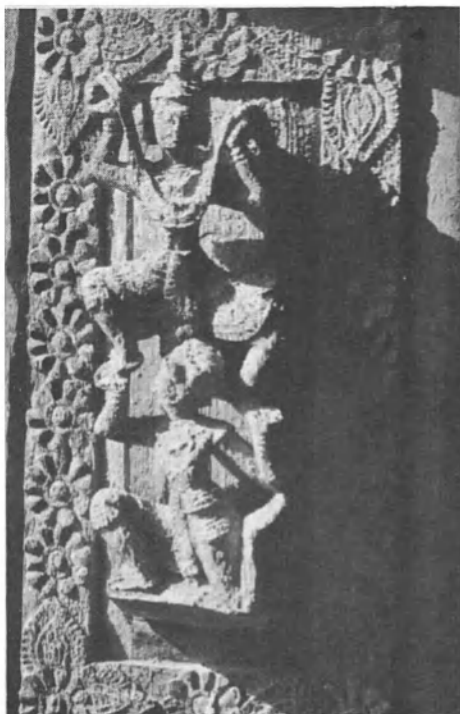
LA PAGODA DE ANANDA es la más famosa y mejor conservada entre todos los templos de Pagan. Con su deslumbrante atavío blanco y sus pináculos dorados que resplandecen en el cielo oscuro del atardecer (arriba) es una de las maravillas de la antigua ciudad santa de Birmania. Terminada en el siglo XI, su forma arquitectónica fué inspirada tal vez por los relatos acerca de los templos subterráneos y las grutas sagradas de la India y las narraciones de los monjes budistas provenientes de Orissa. El centro de la pagoda es una masa de albañilería con estrechas galerías que la separan de los muros exteriores. La luz tamizada que se filtra en esas galerías las da el aspecto de una profunda

gruta natural. Los nichos de los muros albergan esculturas policromadas, —escarlata y oro— que representan la vida de Buda. Una de esas figuras (abajo, izquierda) muestra a la madre de Buda, la reina Maya que murió una semana después de haberle dado a luz. La mayoría de los templos de Pagan están cubiertos de frescos sorprendentes, de los cuales el más antiguo recuerda las obras maestras de las cuevas de Ajanta, en India. También muchos de esos templos contienen delicadas esculturas en madera como la del portador de antorcha (abajo, derecha) que se encuentra hoy en el Museo de Pagan. La foto del centro muestra un ejemplo de tallado en madera, encontrado en la pagoda de Shwe Gyaung, en Mandalay.

Copyright J. Lavaud



A. de Silva-Vigier



A. de Silva-Vigier





“AMAD A TODO SER VIVO”

por G. P. Malalasekera

Si consideramos la inmensidad del espacio cósmico y el número aparentemente infinito de universos, entre los que el humano constituye una ínfima parte, el problema de la raza se nos presenta a una luz muy distinta y parece, en efecto, muy insignificante. Nos recuerda cierta comparación que hizo Buda al reprender a un grupo de monjes que se creían superiores a los demás porque gozaban de más fama y mayor ganancia. Dijo que se parecían a gusanos que, nacidos, criados y nutridos en el estiércol se creyeran superiores a otros gusanos no tan privilegiados como ellos en ese respecto.

Cualquiera que sea la imagen que, desde un punto de vista cósmico, podamos formarnos de la humanidad que se arrastra por la superficie de la tierra tratando de prolongar su existencia en ella, una de las enseñanzas que hemos de sacar de tal imagen ha de ser la humildad. «El reinar en la tierra es una existencia precaria en comparación con los goces de los mundos celestiales.» La porción de vida de los mortales es de una pequeñez insignificante, en comparación con el tiempo cósmico, y su duración se puede comparar a una línea trazada sobre el suelo.

Mas, aunque la vida humana parezca infinitesimal dentro de una perspectiva cómica, en los textos budicos se le asigna un valor trascendental, dado que el hombre tiene en sí la capacidad de alcanzar el conocimiento más elevado o una supremacía moral que pueden hacerle digno de convertirse en «un soberano de un sistema de mundos». Esto no lo pueden alcanzar aquellos que se encuentran en estados infrahumanos de existencia y cuyas acciones son instintivas, dominadas por la satisfacción de las necesidades elementales; ni tampoco aquellos que se hallan en los mundos más altos, demasiado absorbidos por los goces del presente como para que les sea posible una seria contemplación.

Como le preguntaran a Buda en cierta ocasión si era un hombre o un dios, contestó que ni lo uno ni lo otro puesto que era Buda. Las cimas que el hombre puede alcanzar en materia de conocimientos intelectuales, morales y espirituales son tan altas que quienes llegan a ellas difieren tanto de los hombres ordinarios como estos de los animales. Tales hombres no son mero producto del azar ni están especialmente favorecidos por algún medio divino. Han alcanzado a esas alturas mediante la energía de su propio esfuerzo encaminado a desarrollar su naturaleza intelectual, moral y espiritual en el transcurso de muchas vidas. Y todos están en capacidad de realizar aquello que uno o unos pocos llevaron a cabo.

Según los textos del Mahayana no sólo los hombres sino todos los seres sensibles, hasta los inferiores, son Budas en potencia, por cuanto una naturaleza búdica (Buddha-bhava) está en ellos presente. Nadie tiene derecho a despreciar al prójimo, aun cuando no fuese más que por la razón apuntada, puesto que todos están sujetos a las mismas leyes de existencia y, en último término, todos tienen las mismas posibilidades, a pesar de hallarse en



POLONNARUVA, antigua capital del reino de Ceilán es hoy una aldea, pero las ruinas de sus palacios, templos y santuarios recuerdan uno de los períodos más gloriosos de la historia de la isla. La grandeza arquitectónica de Polonnaruwa se debió en mucho a dos monarcas del siglo XII, Parakramabahu I y su sucesor Nisanka Malla, quienes embellecieron la ciudad con espléndidos edificios y parques ornamentales.

diversos grados de crecimiento o desarrollo que pueden cambiar de un tiempo a otro.

En el nivel humano la conclusión que el hombre puede sacar, al adquirir conciencia de su puesto en el cosmos, no solo consiste en la necesidad de ser humilde sino también en saberse obligado a no desesperar, puesto que tiene la facultad de comprender el mundo, dominarlo y dejar de ser en él un mero mecanismo. De ambas enseñanzas, la del concepto de nuestra condición común y la de la capacidad potencial que hay en cada uno de nosotros, se desprende una sola moral: cada individuo tiene el deber de ayudar a su prójimo y nadie tiene derecho o fundamento válido para despreciar a los otros.

Aun cuando el budismo suele tratar a todos los seres sensibles como a un conjunto único, subraya especialmente el valor y la dignidad de la existencia humana, dadas las oportunidades y las posibilidades de que el hombre dispone para su propio desarrollo. Asimismo sub-

El profesor Malalasekera es Decano de la Facultad de Estudios Orientales y catedrático de historia de la Civilización Búdica y Pali en la Universidad de Ceilán. Es Presidente de la Fraternidad Mundial de Budistas y del Congreso Panbúdico de Ceilán. Ha publicado varias obras, entre ellas, «The Pali Literature of Ceylon» (La Literatura Pali de Ceilán). El artículo que aquí reproducimos forma parte de un estudio «El Budismo y la Cuestión Racial» escrito especialmente para la colección «La Cuestión Racial y el Pensamiento Moderno», publicada por la Unesco con la cooperación de varios sociólogos.

raya la unidad del género humano al establecer la comparación y al trazar la diferencia entre los hombres y los reinos animal y vegetal.

En el terreno biológico se afirma que, contrariamente a lo que sucede en los reinos animal y vegetal, en que se perciben las diferencias de especie, la humanidad constituye una especie única, criterio que concuerda notablemente con los descubrimientos de la moderna ciencia biológica. Tal criterio no solo está en oposición con las pretensiones científicas del siglo XVIII y comienzos del XIX, que trataban de clasificar a los hombres según las razas que podían jerarquizarse, como las especies animales, en superiores e inferiores, sino que destruye el fundamento de cualquier doctrina racista que pudiera dividir a los seres humanos en grupos más o menos aislados y que afirmase que las diversas características humanas están genéticamente determinadas en su totalidad. Es interesante, notar que tal pasaje aparece en una diatriba búdica —el Sutta Nipata— contra las pretensiones bramánicas de

«Todas estas especies tienen signos distintivos de las especies pero no sucede lo mismo con los hombres. Porque cualquier hombre que viva de guardar el ganado —sábelo, oh Vassettha— es un pastor, no un bramán. Y cualquiera que viva de disparar su arco —sábelo, oh Vassettha— es un soldado, no un brahmán. Y no llamo a una persona brahmán por motivo de su nacimiento o por el hecho de que le ha dado a luz tal (o cual) madre (particular)...»

De lo anterior, se desprende que, para Buda, no hay características distintivas de género y especie entre los hombres, contrariamente a lo que ocurre entre las hierbas, árboles, gusanos, polillas, peces, bestias, pájaros, etc., y, como dice Chalmers: «En eso Gautama coincidía con los modernos biólogos que afirman que el *antropoide* está representado por un género único y una única especie, el Hombre, conclusión de lo más notable, ya que ni el accidente ni el color engañaban al varón esclarecido.

Buda continua mostrando que las aparentes divisiones entre los hombres no se deben a factores biológicos fundamentales sino que son «clasificaciones convencionales». Las distinciones establecidas con respecto a las diferencias de color de piel, tipo de pelo, forma de la cabeza o nariz etc., no son categorías absolutas. Esto casi nos recuerda la afirmación de los científicos, para quienes «los antropólogos, unánimemente, consideran el concepto de raza como una *clasificación provisional*»...

El budismo cree en la unidad biológica del género humano

Así, se diría que el budismo está de acuerdo con los nuevos descubrimientos biológicos que condenan la doctrina del racismo y propugnan la biológica unidad del hombre como base del concepto de una humanidad común. Así, cuando el budismo nos ordena tratar a todos los hombres como a nuestro padre o madre, o hermano o hermana, o como a una sola familia, sin distinción de raza o casta, parece afirmar con ello una verdad más honda que la de una simple recomendación ética.

Pese a que de los pasajes anteriores se desprende la actitud budista con respecto al problema de la raza, no se puede decir que el budismo primitivo tuvo que afrontar un conflicto racial. Dicho problema se planteaba, sin duda, en la sociedad de Rigvedio, en la que la conciencia de raza de los arios se expresaba desdenosamente con respecto a los aborígenes de piel oscura y nariz roma, tratándolos como a una raza inferior. Mas, hacia la época de aparición del budismo, dicha conciencia de raza había dado lugar a una conciencia de casta que fué la de los bramanes en particular y la de las castas «altas» en general, descendientes con toda probabilidad de la amplia reserva aria que proclamaba su superioridad en virtud de su belleza y del color de su piel. Los bramanes sostenían que una de las características hereditarias de un bramán era la ser «hermoso», rubio, dotado de excelente complejión y del más atractivo color, en virtud de lo cual proclamaban su hegemonía sobre los de tez oscura.

Hay sin embargo una teoría filosófica de «racismo» sustentada por alguno de los

(Sigue en la pág. 58)



Copyright Cartier-Bresson-Magnum.

A la izquierda : Un detalle decorativo esculpido en un pilar de piedra, entre las ruinas del Templo del Diente, y a su lado una estatua de Buda envuelto en una ondulante túnica. A la derecha : uno de los dos reyes Cobras, con figura humana —frecuentes en el arte búdico— que guardan la entrada del Templo de Vatadage donde se encuentra la colección más completa de estatuas religiosas y de antiguas reliquias de Ceilán.

casta y, muestra implícitamente que los bramanes proclamaban su propia superioridad en un terreno genético.

«Bharadvaja dice que se es Bramán por el nacimiento, y yo digo que por las obras. Dadnos tu dictamen, ¡oh clarividente! Ambos somos incapaces de convencernos mutuamente (por lo tanto) hemos venido a ti (que eres) celebrado por tu perfecta sabiduría.»

«Voy a explicarte oh Vassettha —dijo Bhagavad— en el orden debido, la exacta distinción entre los seres vivientes, según sus especies, que son innumerables.

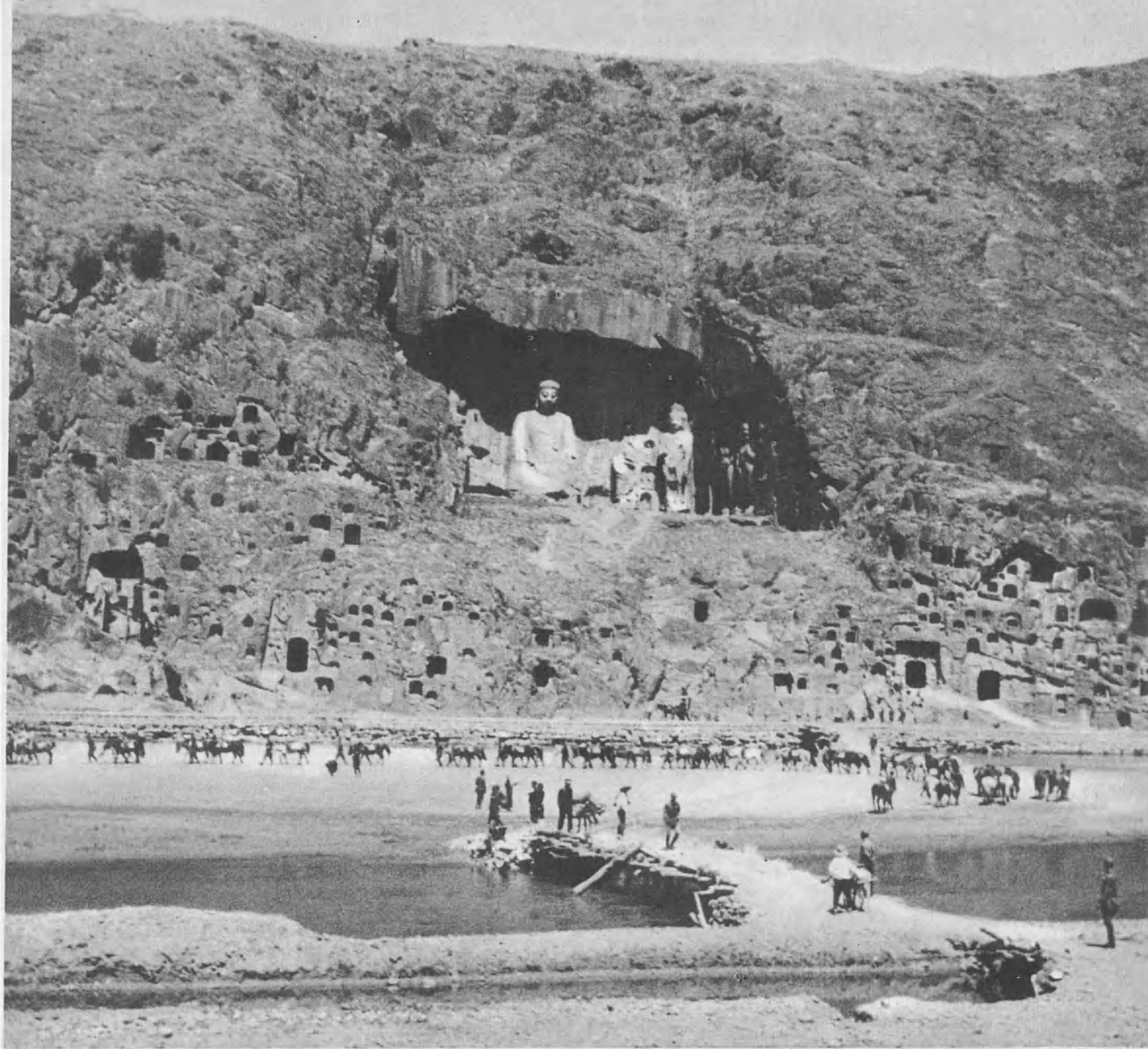
«Conoceis las hierbas y los árboles. Aunque no lo muestran paseen los signos distintivos de las especies, y (sus) especies son innumerables. Conoceis también los gusanos y las polillas y las diferentes clases de hormigas, y los (animales) de cuatro patas, pequeños y grandes, y los peces que viven en las aguas y los pájaros que nacieron con alas y se mueven a través del aire.»

LAS MUJERES ENJOYADAS

— a la derecha y en la página opuesta — forman parte de uno de los frescos más antiguos y mejor conservados de Ceilán (siglo V). Se encuentran pintadas en una cavidad de la inmensa roca-fortaleza de Sigiriya. En el fresco hay, en total, 21 figuras femeninas que surgen de las nubes descubriendo su cuerpo hasta la cintura.



China



El arte búdico avanzó por la Ruta de la Seda

Una pequeña comunidad búdica existía en la provincia de Kiansu hacia el año 65 de nuestra Era. Aunque ya desde el siglo II antes de J.C. se encuentran huellas de la doctrina de Gautama en el país de la morera y de la porcelana, se puede afirmar que la comunidad de Kiansu fué la semilla fecunda de donde floreció el gran movimiento espiritual que iba a transformar en algunos siglos toda la China.

El arte búdico hizo su aparición en esas tierras hacia el siglo V siguiendo la antigua Ruta de la Seda con procedencia de la India. Por la gran vía de las caravanas, portadoras de preciosas mercancías y de codiciadas especias, fué marcando el budismo su paso, como lo proclaman los primeros monumentos erigidos en los confines del Asia Central, bajo el abrigo prudente de las grutas.

La dinastía Wei, cuyos reyes adoptaron oficialmente el budismo, vió en el siglo VI el desarrollo de un arte que expresaba el nuevo impulso espiritual, sin abandonar las características intrínsecas del pueblo chino. Esta primera etapa sucedió en la China septentrional, pero de allí fué extendiéndose a todo el país y adoptando cada vez una expresión más humana. Los peregrinos y los monjes,

chinos por otra parte, viajaban más frecuentemente a la India, en esos primeros siglos, para seguir las huellas de Buda y difundir sus enseñanzas. Fa Hsien salió de China en el año 399 y no regresó hasta el año 414. Otro peregrino de quien hablan las crónicas, Hiuan Tsang, permaneció dieciseis años en la India, y regresó hacia 645 a su tierra natal.

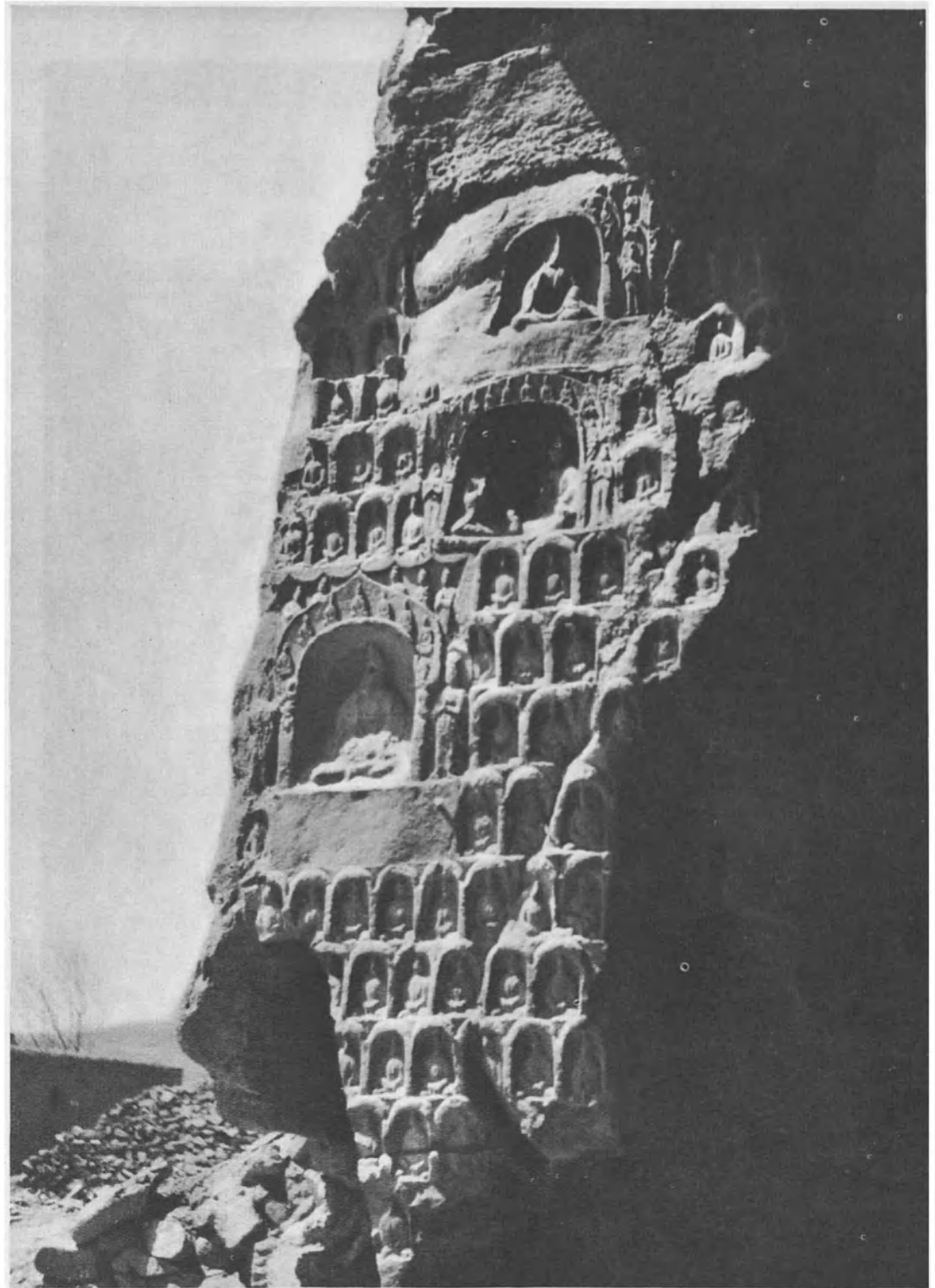
Bajo la dinastía de Swei, se expandió la escultura búdica en mayor grado que las otras artes. Un emperador de esta dinastía hizo tallar y cincelar 105.580 estatuas y figurillas de Buda en oro, plata, madera, marfil, laca y piedra (año 581 a 605). El sucesor de este monarca hizo modelar 3.850 estatuas de Gautama.

También los soberanos de la dinastía Tang, que reinaron luego del siglo VII al X, protegieron y estimularon el arte búdico. Por todas partes se construyeron templos, se pintaron frescos y se tallaron esculturas. Se asistió a un perfeccionamiento notable del estilo y a un realismo que animó las estatuas con un soplo vital.

La pintura mantuvo su elevada calidad, en los siglos XI y XII, gracias a los esfuerzos de una secta particular de monjes budistas.

EL EJEMPLO DE LOS SANTUARIOS cavados en el flanco de los acantilados pasó de la India a la China, a través del Afganistán búdico. Los santuarios de Loung-Men se labraron, a partir del año 510, cuando los soberanos de la dinastía de Wei — que habían extendido su dominación sobre toda la China septentrional — transfirieron su capital cerca del Río Amarillo. Los monarcas sucesivos de la misma dinastía enriquecieron las grutas, como lo hicieron asimismo los reyes de la época de Tang hasta 759. En el seno de las rocas se encuentran obras de arte notables, desde Budas gigantescos (uno de ellos tiene 15 metros de alto) hasta infinidad de figuras menores, de formas análogas, dentro de nichos secundarios.

Esta foto y la siguiente son del libro « Extrême-Orient » por Héliène Hoppenot. Copyright Ides et Calendes, Neuchâtel, Suiza.



LA « CATEDRAL » ROCOSA DE TA-TUNG — grutas y nichos excavados en el acantilado vecino de Yun-Kang — corresponde a la época de la instalación de los reyes de la dinastía de Wei en su primera residencia. Ta-tung se encuentra en el extremo septentrional de la región actual de Chansi, y por esta razón sus grutas son anteriores a las de Loung-Men. Los relieves de Yun-Kang, que se comenzaron a trabajar en el año 414 representan lo mejor del estilo Wei, caracterizado por una serie de Budas, casi todos sentados, ya sea a la manera india, o ya sea a la romana, con las piernas cruzadas sobre un asiento. En este gran arte religioso todo se subordina a la fé y todo sirve para alimentar el pensamiento metafísico : tanto la plástica de las figuras como los ropajes cuando no se estilizan en grandes líneas angulosas o en pequeñas ondas redondeadas. Arriba, la entrada de las grutas de Yun-Kang; abajo, una vista del interior.

Asociación
Budista China



Cavernas de los

Desde el siglo VI, este cortejo de nobles benefactores (1) prosigue su desfile a lo largo de la piedra esculpida en las grutas de Loung-Men, sobre la cual subsisten aún algunos rastros de pintura. Este es un bello muestrario del ropaje búdico de la época, ondulante y armonioso, y un ejemplo de la tendencia a humanizar los personajes.

El retrato de un gran señor del siglo X destaca su extraordinaria belleza (2) sobre un fragmento de pintura en seda descubierto entre los millares que ornamentan las "Grutas de los Mil Budas" en Touen-Houang. Sin duda corresponde este retrato al de otro benefactor que contribuyó a costear la decoración de algunos muros. Touen-Houang, en el corazón del país de Gobi, sobre la Gran Ruta de la Seda, ofrecía al viajero un descanso ideal. Allí encontraba la posibilidad de orar y meditar, en la atmósfera de quietud creada por una comunidad de monjes búdicos, antes de afrontar la sed, los ataques de los bandidos, y las acechanzas de los espíritus maléficos. Sobre los acantilados se cavaron — en una extensión de 2 kilómetros — centenares de grutas que se adornaron luego de esculturas de Buda y de pinturas murales cuya fuerza y suntuosidad de colorido son en verdad maravillosas. Los estilos de esas obras de arte son diversos — ya que se ejecutaron a lo largo de



mil tesoros

10 siglos, a partir del año 350 — pero su belleza es única.

En una de esas grutas se pintó un panel cuyo centro representa una escena del Paraíso búdico. He aquí un fragmento anexo de ese panel, testigo de la vivacidad de inspiración de los pintores locales de esa época (3).

Otros tesoros del arte búdico se encuentran en las 180 grutas y santuarios de Maichichan, al noroeste de la China. Los motivos de las pinturas murales no son únicamente religiosos sino que se inspiran también en los episodios de la vida del pueblo. La obra que se presenta aquí (4) data ciertamente de la época de Wei (hacia 350-380 después de J.-C.). Las grutas de Maichichan, abandonadas desde hace mucho tiempo, sólo han sido estudiadas seriamente por los arqueólogos en los últimos años. En 1941, cuando algunos especialistas intentaron penetrar, encontraron varias bóvedas desplomadas y tuvieron que emprender grandes trabajos para abrirse camino entre los escombros.

En esas mismas "Grutas de los Mil Budas" se encontró este detalle de pintura en seda, de estilo diferente (5) aunque de belleza notable y que se supone del siglo IX.



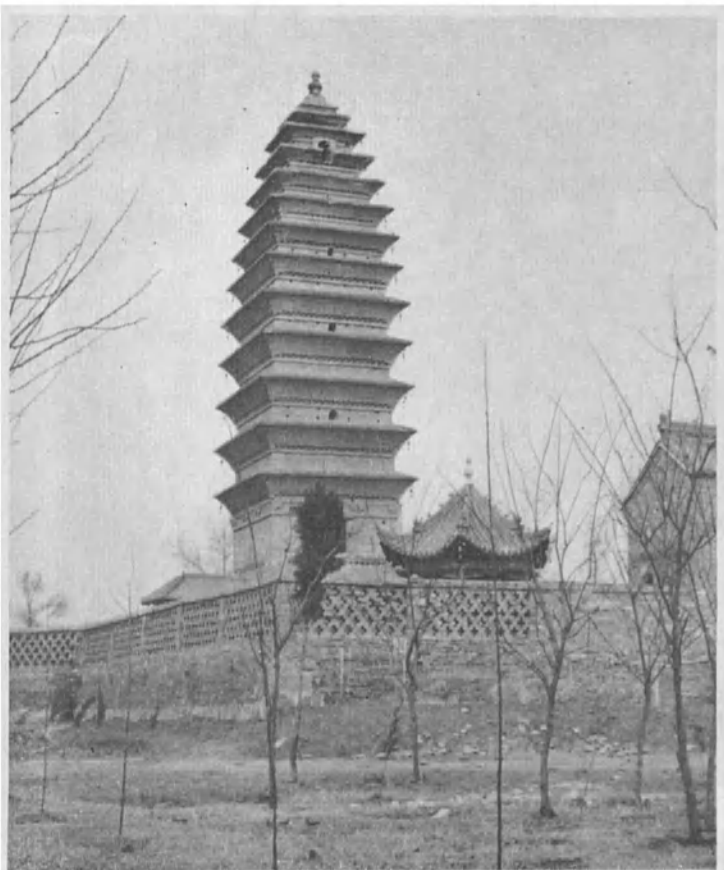
(1) Archivos del Museo Guimet, Paris — (2) y (4) Cortesía de Anil de Silva Vigier — (3) y (5) Copyright Skeel Museo Británico, Londres.

CHINA (Continuación)



EN UNO DE LOS CONVENTOS DE PEKIN, cuarenta monjas hacen la vida tradicional de las religiosas búdicas. Llevan la cabeza rapada y se cubren con un ropón de color rojo oscuro o púrpura. Salen muy raramente de la clausura para dirigirse en peregrinaje a algún lugar santo. Las plegarias y la meditación ocupan la mayor parte de su tiempo, y el silencio conventual no es turbado sino por los sonos

LA PAGODA CHI YUN (izquierda) que forma parte del Templo del Caballo Blanco, en Loyang, fué construida en el año 68 después de J.C. En ese entonces, Loyang era la capital del reino gobernado por la dinastía Han. Se cuenta que el Emperador Ming-ti, que reinaba en esa época, vió en sueños a Buda y envió una misión a la India para recoger información sobre la nueva doctrina. Se dió al edificio el nombre de

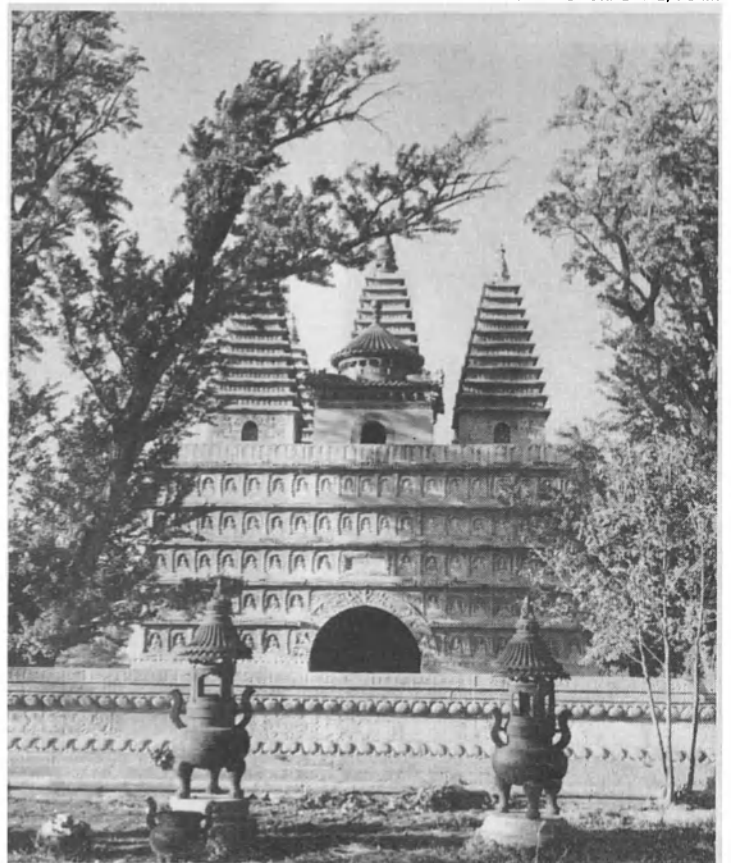


Copyright Camera Press-Hedda Morrison

de los instrumentos de percusión que acompañan los servicios religiosos. Los budistas de la China continental celebran este año el 2.500 aniversario de la Revelación de Buda, a pesar de que su calendario es diferente del de los otros países de Asia. He aquí, a la izquierda, una monja de edad indefinible que anuncia la llegada de visitantes al convento, y a la derecha, una religiosa que medita sobre los misterios búdicos.

Templo del Caballo Blanco porque las escrituras y las imágenes sagradas fueron traídas sobre el lomo de un equino de color de nieve. En este templo se tradujeron por vez primera en chino los textos búdicos. A la izquierda, el Templo de las Cinco Pagodas (Wuta) situado en los arrabales occidentales de Pekín. Su estilo arquitectónico evoca construcciones análogas de origen indio y data del año 1403 de nuestra Era.

Asociación Budista China, Pekín



LA FLOR DE LOTO NUTRIDA DE SIMBOLOS



Copyright Camera Press-Hedda Morris.

GRAN VASO DE COBRE ornamentado con figuras de Buda, sentadas sobre sus clásicos tronos de loto. Se encuentra en un convento búdico cerca de Pekín, y las religiosas lo utilizan durante el verano para contener flores de loto, símbolo de la pureza. Obra ejecutada en una fecha incierta. La flor de loto o «padma» se utiliza frecuentemente en el arte búdico. Tanto la planta como la flor simbolizan la vida en su totalidad, la vida fértil, nutrida de los cuatro elementos : tierra, agua, aire y luz o fuego. La planta de loto es asimismo el símbolo del renacimiento : sus semillas secan en el aire para caer y germinar luego en el agua. Además la flor es para los budistas la imagen del Nirvana o sea de la beatitud.

DHAMMAPADA

Los proverbios de Buda

El Dhammapada o Camino de la Virtud (de *Dhamma*, virtud, y *pada*, método o camino) obra maestra de la más antigua literatura búdica, es un conjunto de pensamientos y máximas — cada uno en dos estrofas — que estaban en uso en el pueblo desde la época del Sermón del Parque de los Ciervos, pronunciado por Buda, y que se conservaron oralmente, antes de que fueran recogidos en forma de libro, en lengua pali, como parte de los Cánones Búdicos (Pitakas) en los días del Primer Concilio celebrado cuatro meses después de la muerte de Buda. Se conoce también esta obra con el nombre de Versículos de la Enseñanza o Proverbios de Buda, aunque en realidad éstos no contienen las palabras mismas del sabio esclarecido sino únicamente la esencia de su prédica moral.

La versión en castellano de algunas de esas máximas que ofrecemos aquí se debe a nuestro redactor Jorge Carrera Andrade que ha sabido conservar el aliento poético del original. Aunque no se ha mantenido la forma estrófica, se puede admirar en estas máximas morales la profundidad del pensamiento, la noble sencillez de la expresión y la belleza de las metáforas, de inconfundible atavío oriental. Pero, el Dhammapada no sólo es un breviario o libro de horas sino también un método de vida y una regla de conducta, prescritos por aquel que subió los “ocho peldaños de la perfección” y que dijo: “Mi acción es lo único que poseo, mi acción es mi patrimonio, mi acción es la matriz que me da origen, mi acción es mi sola raza, mi acción es mi refugio”.

Como el viento doblega un débil arbusto, así Mara, el tentador espíritu maléfico, doblega a los que se complacen en los placeres materiales, dan pábulo a sus sentidos y son inmoderados en el comer, perezosos e inactivos.

Contra aquellos que no viven únicamente para sus placeres y cuyos sentidos están dominados por la razón y contra aquellos que son moderados en el comer, perseverantes y llenos de fe, Mara es impotente como el viento contra una roca.

★

Así como la lluvia penetra en una casa cuyo techo de paja no está bien ajustado, la pasión invade la mente de un hombre poco reflexivo.

Quien realiza el mal sufre en este mundo y en el otro, sufre en ambos estados. Le persigue el remordimiento, y su tortura aumenta cuando entra en los círculos del Niraya, o el reino del dolor.

★

Aquel que sabe que su cuerpo es efímero como la espuma e ilusorio como un espejismo no será alcanzado por la flecha florida de Mara ni por el Rey de la Muerte.

Al hombre que se dedica a recoger como flores los placeres, le sorprende la muerte como un torrente desbordado que arrastra una aldea dormida.

★

Que el sabio viva en su aldea como la abeja que atesora el nectar sin inferir daño al color ni al perfume de la flor.

El olor de las flores, del sándalo, del incienso o del jazmín no pueden ir en sentido contrario del viento; pero el perfume de la sabiduría vence todos los obstáculos. El hombre sabio difunde en todas direcciones la fragancia de su virtud.

★

Hay un camino que conduce a los bienes terrestres y otro que lleva al Nirvana.

Conocedor de esta verdad, el discípulo del Supremo Esclarecido no aspira a los honores y se consagra a la soledad.

Agradece a aquel que te señala tus defectos como si te mostrara un tesoro. Otorga tu estimación al sabio que reprueba tus faltas. La amistad de un hombre semejante es el mayor bien que puedes poseer.

★

Los constructores de acueductos conducen el agua a su voluntad. Aquel que fabrica las flechas les da forma. Los carpinteros tornean la madera. Pero el sabio se forma a sí mismo.

★

No hay desencanto para aquel que ha terminado su viaje, que ha abandonado sus preocupaciones, se ha liberado y ha roto todas sus ligaduras.

Hasta los dioses envidian a aquel que ha domado sus sentidos — como el jinete a su caballo — que se ha despojado de todo orgullo y se ha liberado de la codicia.

★

En esta fortaleza construída con huesos, carne y sangre se instalan el orgullo y la envidia, la vejez y la muerte.

Los carros pomposos de los Rajás se destruyen por el uso. Nuestro cuerpo igualmente va hacia su fatal acabamiento; pero el saber del sabio se transmite a otro sabio y nunca se expone a la destrucción.

★

Mira al mundo como a una pompa de jabón. Cuando te des cuenta de que el mundo es sólo un espejismo no te alcanzará el Rey de la Muerte.

El mundo es tenebroso: Muy pocos reconocen su camino y, como los pájaros que escapan a la red, alcanzan el refugio celeste.

★

La conquista engendra la hostilidad. El conquistado yace postrado en su desesperación.

Pero el hombre de paz vive en la alegría, desdeñando a la vez la victoria y la derrota.

★

La salud es el mayor bien, el contento la más grande riqueza. Un amigo fiel es el mejor compañero; pero la beatitud suprema es el Nirvana.

Opone la serenidad a la cólera; el bien al mal. Conquista al avaro mediante la generosidad y al mentiroso por medio de la verdad.

★

La vida es fácil para el imprudente, el desvergonzado, el malicioso, el presumido, el fanfarrón y el impuro.

No hay fuego comparable al de la codicia ni cocodrilo más devorador que el odio. No hay red más enmarañada que la ilusión ni torrente más arrollador que el deseo.

★

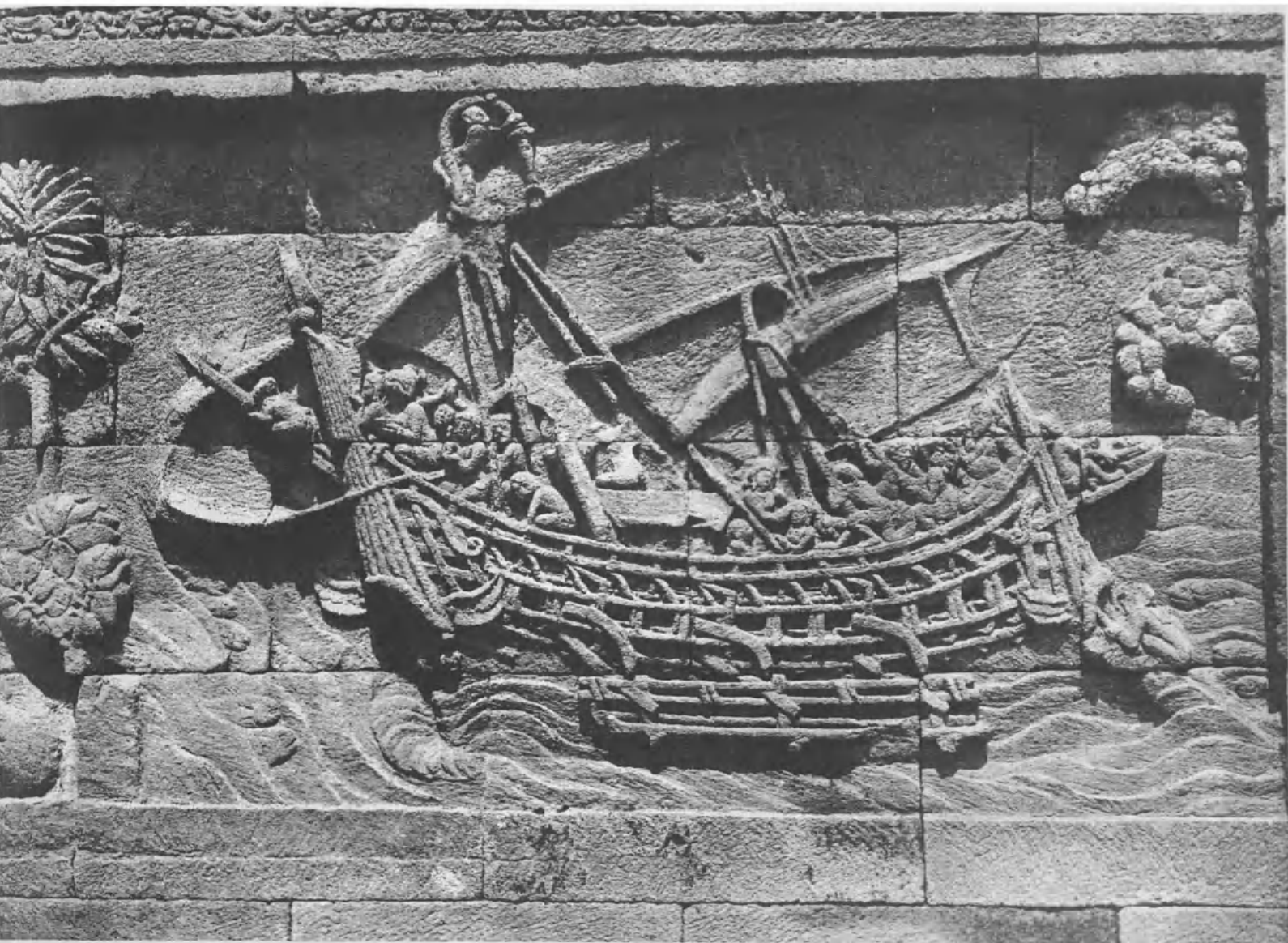
Es fácil descubrir la falta de nuestros semejantes, pero es difícil ver nuestra propia falta. Buscamos las faltas de los otros y las separamos como las pajas del trigo, pero escondemos las nuestras como el trampo que disimula un escamoteo frustrado.

«Todas las formas creadas son irreales»: Cuando la cordura nos hace comprender esta verdad nos sentimos acorazados contra el dolor. Este es el sendero de la pureza.

★

« Viviré aquí durante la estación de las lluvias, allá en la estación del frío, en otra parte durante la canícula »: Estos son los proyectos que alimenta el hombre insensato sin darse cuenta de todo aquello que puede impedirlos.

Como el elefante de combate que recibe sin estremecerse la flecha lanzada por el arco, así el hombre debe soportar pacientemente la injuria de los malévolos que componen este mundo.



BOROBODUR cima del arte búdico



Desde el siglo I o II de nuestra Era, los mercaderes de la India establecieron sus factorías en las islas de Java y Sumatra e implantaron el budismo. Entre los santuarios búdicos que se erigieron en la primera de estas islas — llamada por Tolomeo "Isla de la Cebada" — el más portentoso es Borobudur (750 después de J.C.). He aquí dos fragmentos de un bajo relieve (la parte que se ve arriba figura en realidad a la derecha del friso de abajo) que representa en conjunto una de las **Avadanas** o leyendas búdicas de héroes y santos: En la época de Buda existía el reino de Roruka, cuyo rey Rudrayana se había convertido al budismo, después de oír las profecía de un monje que le anunció la próxima destrucción del reino. La ciudad de Roruka fué sepultada por una tempestad de arena, pero el ministro Hiru pudo salvar en un navío los tesoros del reino y fué a desembarcar en una playa hospitalaria donde fundó la ciudad de Hiruka.

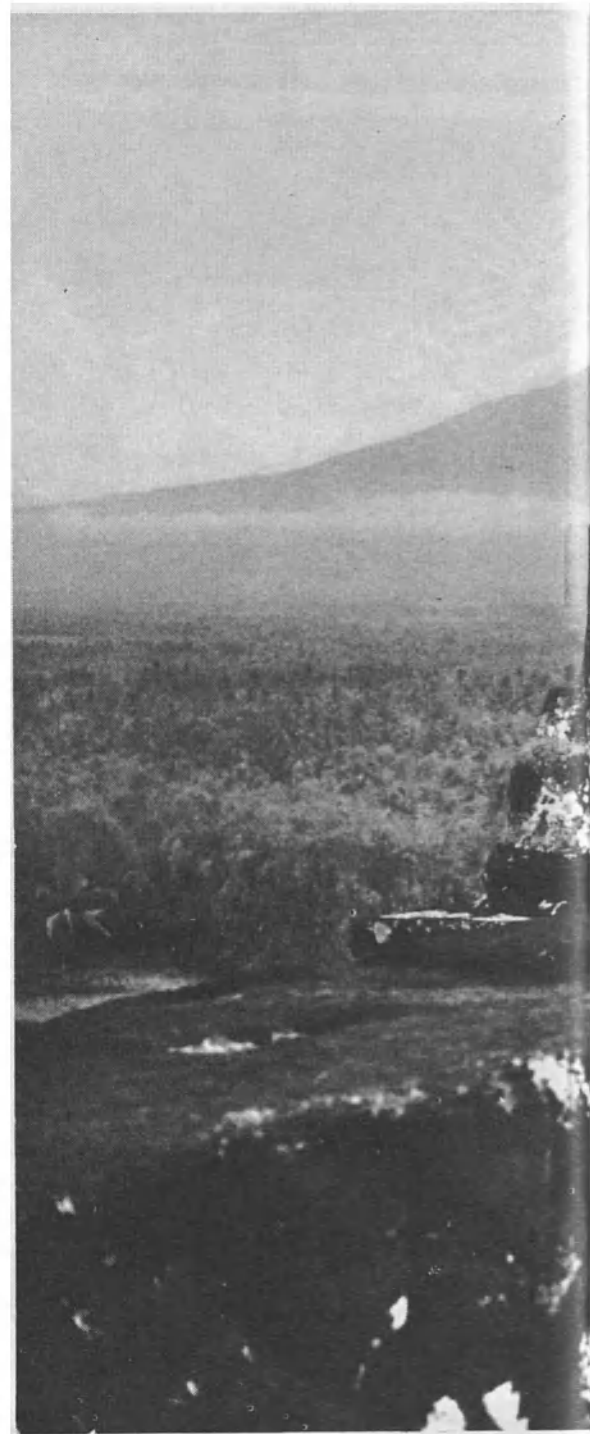
BOROBODUR (Continuación)

Una montaña de piedra esculpida



Con el arte javanés — del que Borobudur es una muestra espléndida — la estatuaría y el relieve búdicos alcanzan su « clasicismo ». He aquí el detalle de un bajo relieve que representa a Sujata, hija de un boyero, ofreciendo a Buda un bol de arroz cocido en leche para quebrantar su largo ayuno.

Copyright Archivos del Museo Guimet, Paris



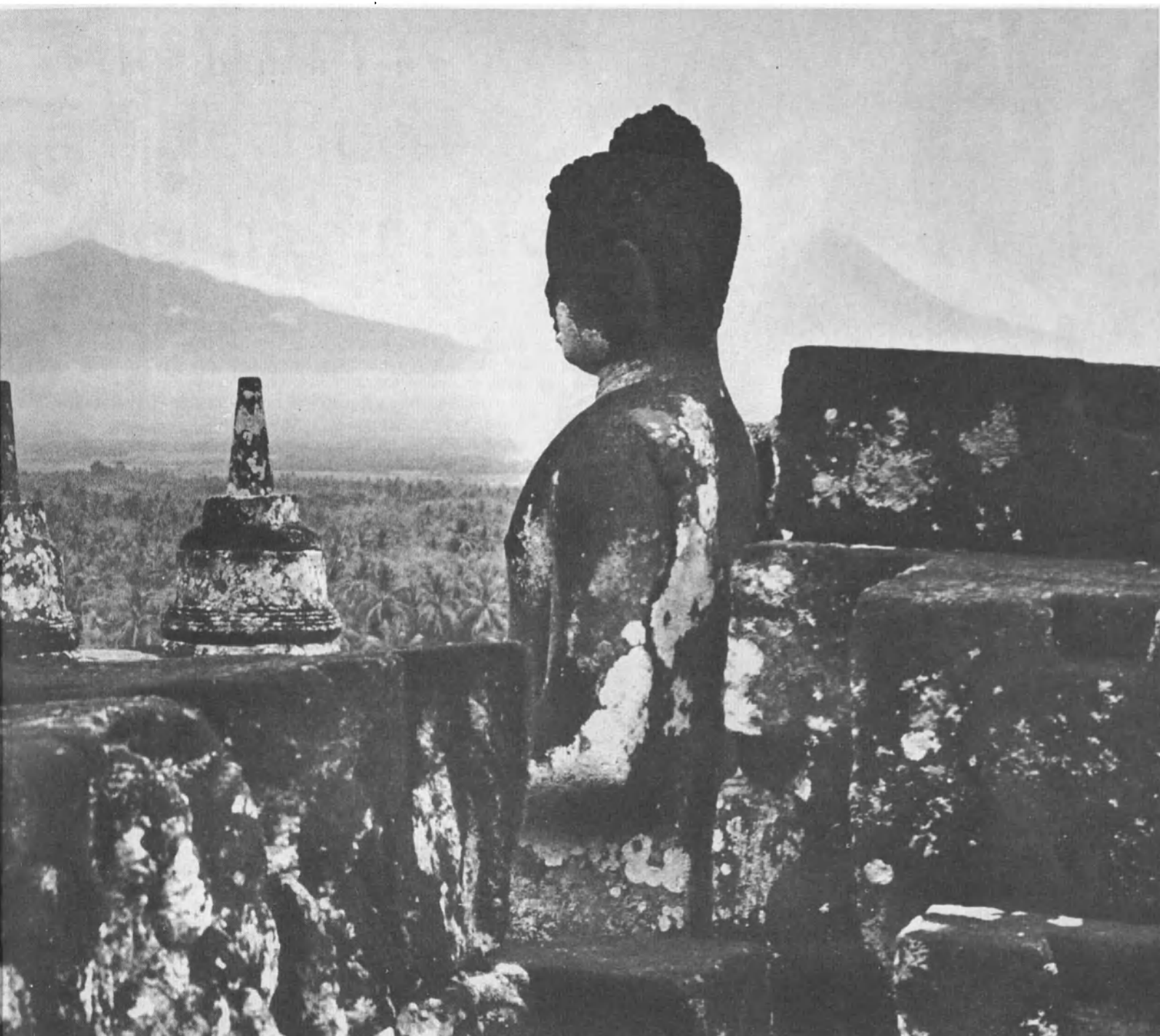
Copyright Magnum-Cartier-Bresson



500 estatuas, 1.4

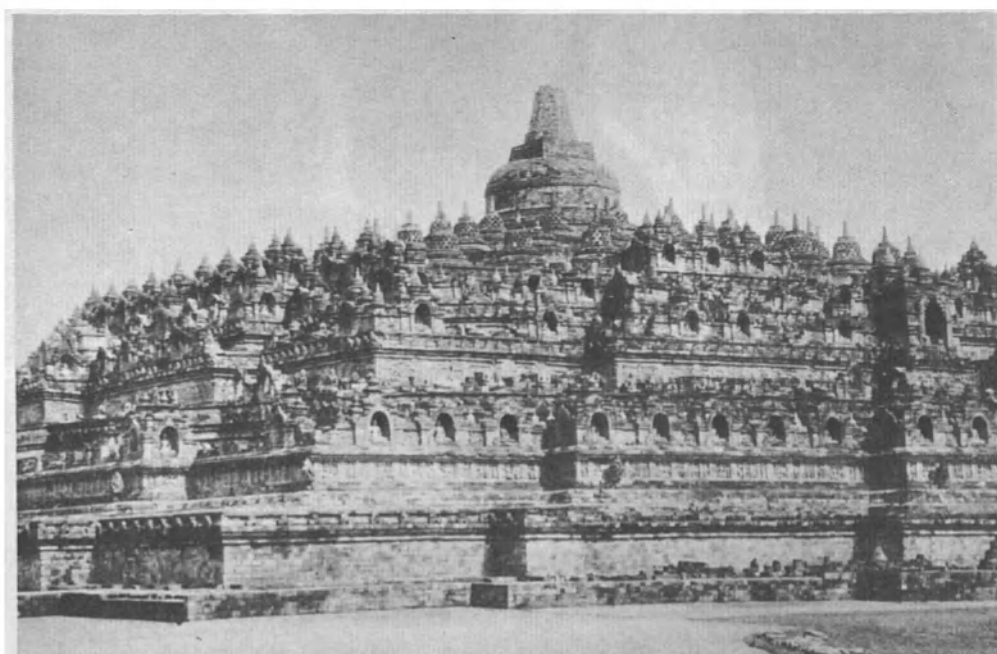
Desde lo alto del gigantesco mirador (arriba, derecha) no se sabe qué admirar más : la belleza del panorama o la grandeza del monumento. Los stupas en forma de campanas taladradas se alinean hasta perderse de vista, rodeando al mausoleo o stupa central. Cada una de estas campanas alberga una estatua. Construir un monumento en tan vasta superficie constituía un problema difícil para el arte javanés que no empleaba el pilar y desconocía la construcción de galerías cubiertas. Borobudur no es un templo sino un stupa muy parti-

Copyright A. Martin



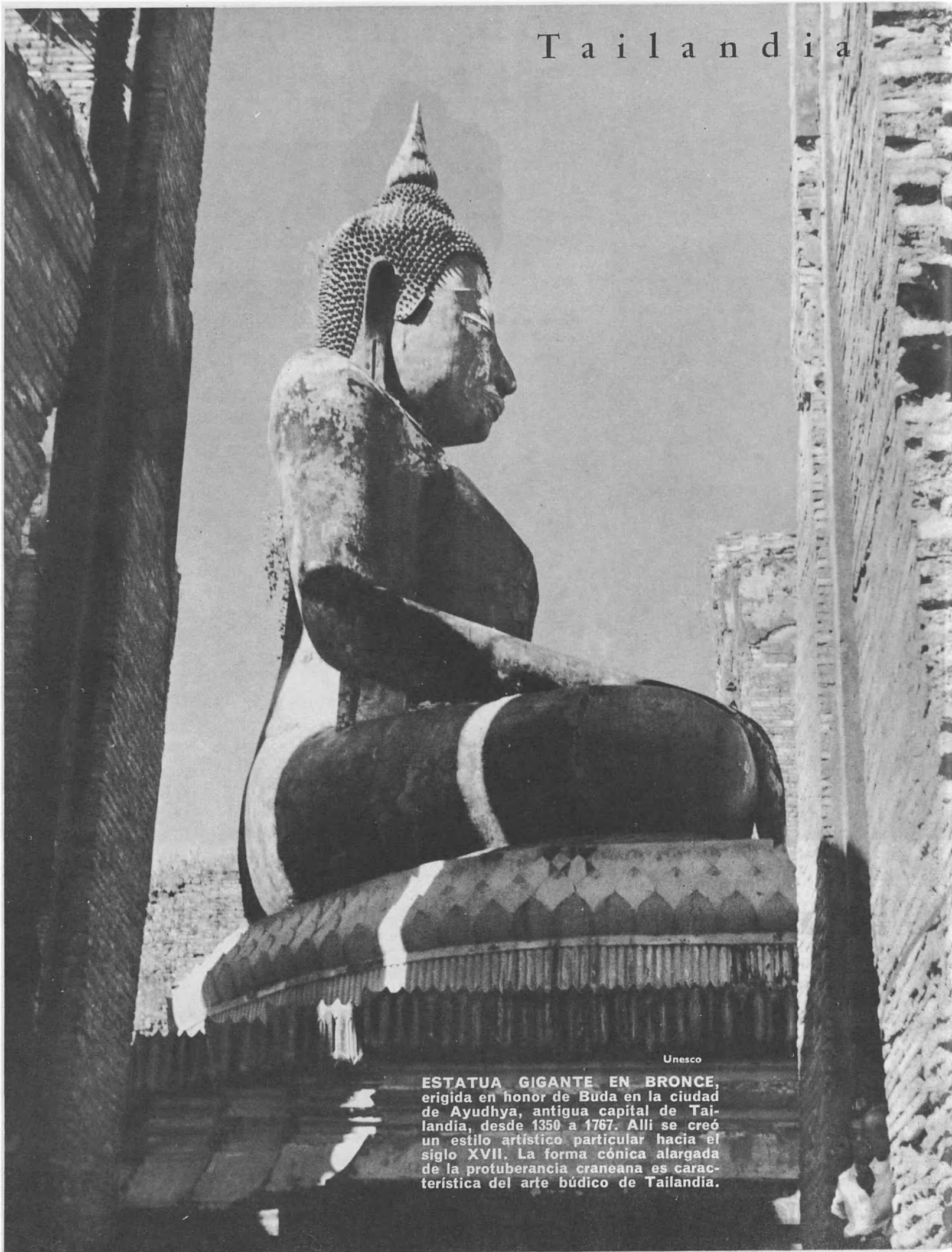
00 bajos relieves

cular. Es algo como una montaña artificial o, más bien, una « montaña trabajada » cuyas terrazas superpuestas se englanan de relieves y estatuas. Los bajos relieves están dispuestos de tal modo que el visitante, al seguir sus escenas, gira alrededor del monumento en el sentido ritual (dirección de las agujas de un reloj). Encima de esta serie de pisos hay muy variadas estatuas de Buda en sus hornacinas. El número de las estatuas es de 504, y los bajos relieves llegan a 1.400, cubriendo una extensión de cerca de 6 kilómetros.



Costesia Anil de Silva-Vigier

T a i l a n d i a



Unesco

ESTATUA GIGANTE EN BRONCE, erigida en honor de Buda en la ciudad de Ayudhya, antigua capital de Tailandia, desde 1350 a 1767. Allí se creó un estilo artístico particular hacia el siglo XVII. La forma cónica alargada de la protuberancia craneana es característica del arte búdico de Tailandia.

Mas imágenes de Buda que habitantes

En mayor grado quizás que cualquier otro país del mundo, Tailandia es la tierra de las imágenes de Buda. Estas existen allí en todas dimensiones, desde la miniatura hasta la estatua gigantesca, y su número es tan grande que se puede afirmar excede al de los propios habitantes.

El arte de esta región se inspiró en la India antigua, Camboja y China, mientras iba desarrollando su propio estilo. Innumerables templos, *wats* y monumentos pueblan los campos y ciudades de Tailandia. Los grandes *wats*, nombre con que se designa a los palacios—mausoleos erigidos por los reyes para guardar sus cenizas, sirven también de monasterios, escuelas, hospitales y santuarios del culto budista.

En las imágenes esculpidas o pintadas por los artistas de este antiguo reino de la Indochina occidental se vuelven a encontrar las características fisonómicas de Buda, o sea ese conjunto de rasgos convencionales que se ha llamado «la anatomía sobrenatural», pero enriquecida de una gracia particular.

Han existido muchas épocas y muchos estilos en el arte de Tailandia o Siam hasta 1939. Bangkok ofrece un espectáculo esplendoroso, aunque no tiene más de dos siglos de existencia como capital del país. Hoy su panorama arquitectónico se encuentran embellecido por las cúpulas y remates en espiral de 400 templos, mientras en las calles pululan las túnicas amarillas de los sacerdotes.

Como ha escrito un gran orientalista, «el arte siamés merece ser apreciado por sí mismo. Flor postrera del arte búdico, exhala un perfume de refinamiento y suprema civilización».



Los techos labrados y las agujas y chapiteles de las torres y de los templos de Bangkok, construidos desde 1782, revelan la riqueza de detalles que caracteriza a la arquitectura búdica de Tailandia. Los santuarios están construidos en madera, en su mayor parte, con remates esculpidos. Uno de los distintivos de esas construcciones es el «cuerno de yack o de busy» que se destaca de los remates. (Uno de esos «cuernos» puede verse entre las flechas, a la derecha de la fotografía que aparece arriba) Esas prolongaciones de los remates son representaciones estilizadas de las *nagas* o antiguos espíritus acuáticos de la mitología de la India, en forma de cobras. A la izquierda, una pagoda moderna construida en Srimahathrat, cerca de Bagkok.



Copyright Archivos del Museo Guimet, Paris.

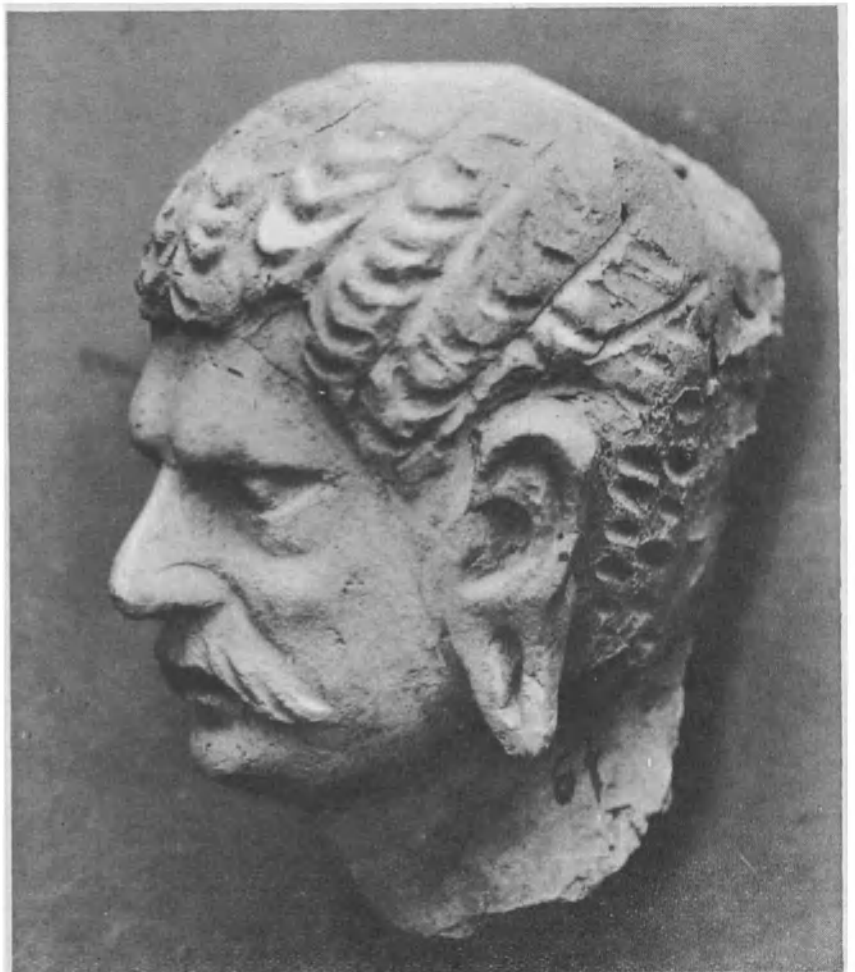
Corea

La ilama era un presagio búdico

Procedente de la China, el budismo fué introducido en Corea en el año 327 de nuestra Era. Antiguamente, la Fiesta de los Faroles, celebrada en ese país el 24 de mayo, conmemoraba la fundación del budismo y en ese día, los budistas miraban con atención la ilama, cuya intensidad auguraba un año más o menos favorable. El budismo alcanzó su apogeo en Corea, entre los siglos X y XIV, después de lo cual fué reemplazado por el confucianismo como religión oficial. El culto búdico inspiró magníficas obras de arte, de las cuales se han conservado un reducido número. De Corea, el budismo se introdujo en el Japón y fueron artistas coreanos los constructores de los edificios religiosos de Horiuji, en Nara (ver pags. 56-57). He aquí un Bodhisatva que data del primer cuarto del siglo VIII, y que fué descubierto en las grutas arcaicas de Suku-lam.



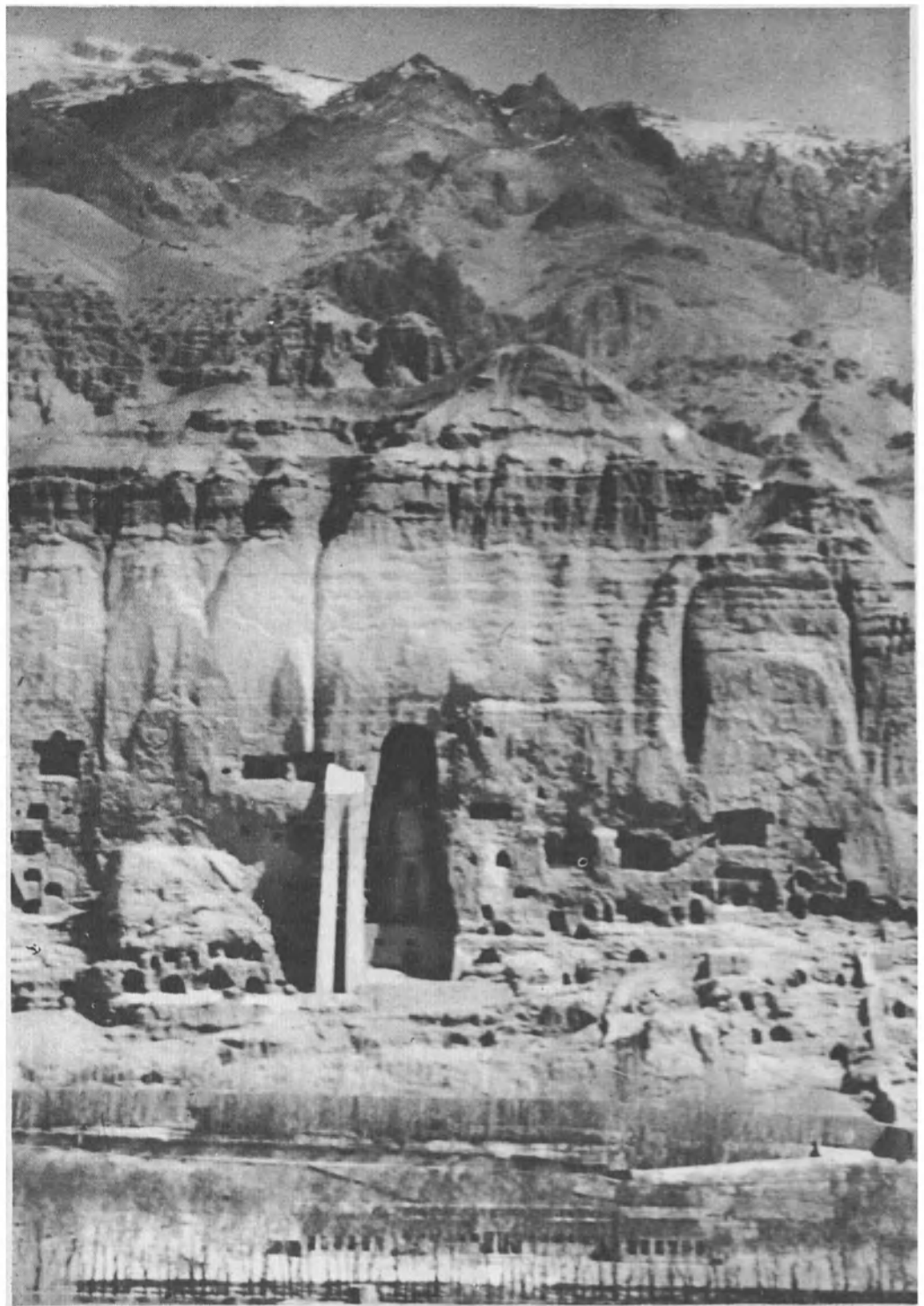
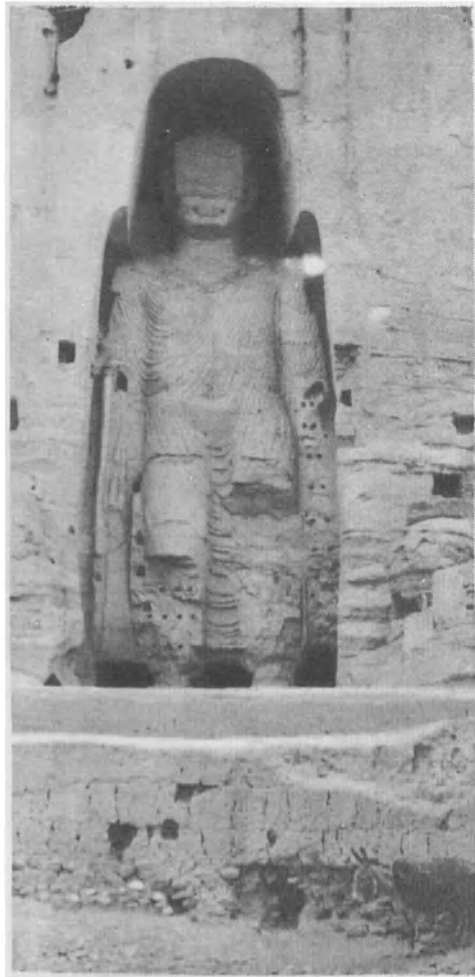
Copyright Archivos del Museo Guimet, Paris



*Afganistán***Inspiración
grecorromana**

Descubiertas en 1922 entre las ruinas de Hadda, cerca de la ciudad moderna de Jelalabad, estas figurillas en estuco — y otras muchas encontradas en el mismo lugar — han enriquecido singularmente nuestro conocimiento de las artes antiguas del Asia central. Es evidente la inspiración griega y romana, sobre todo esta última. ¿No son acaso las facciones de Antinó — favorito del emperador Adriano — las que se ven en el semblante de la figura de arriba? ¿Y no tiene la figura de abajo la expresión de un gallo antiguo? Esto se debe a que en esta región — verdadera zona de contacto de las influencias de los conquistadores más diversos — florece el estilo que se ha llamado “grecoromano-búdico”. Las figurillas de Hadda marcan la época (siglo III al V) de la evolución hacia un realismo más acentuado que las producciones anteriores. Pero esa evolución fué detenida por la invasión de los Hunos. (Ver en la pag. 2 otro ejemplo del arte romano-búdico).

Copyright Archivos del Museo Guimet, Paris

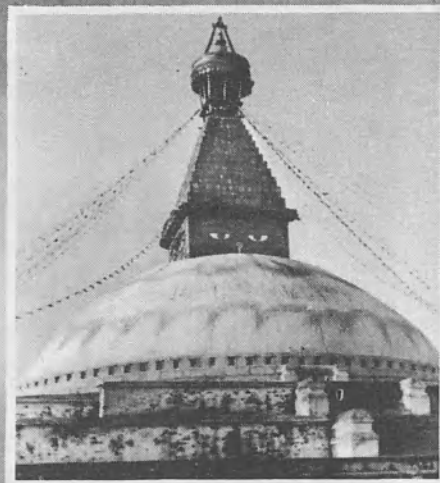


Copyright Francis Brunel

Testigos gigantes de su época

Bamiyán, al noroeste de Kabul, en el centro de Afganistán, era en la antigüedad no sólo una posada sobre la gran vía de comunicación que enlazaba el Asia central con la India sino también uno de los lugares de propagación del budismo. Entre los siglos I y III de la Era Cristiana, los monjes budistas que vivían allí en comunidad cavaron millares de grutas e hicieron de ellas otros tantos santuarios ornamentados de pinturas. Su comunidad gozaba de gran prestigio en el mundo búdico. Más tarde, esas grutas fueron transformadas en habitaciones y se destruyeron las estatuas y la ornamentación. Sin embargo, desde hace 25 años se han dictado ciertas disposiciones para terminar con los actos de vandalismo. De la gran época se conservan dos testigos imponentes: dos estatuas colosales de Buda que miden respectivamente 53 y 35 metros y que fueron el blanco de la furia de los iconoclastas. La primera (arriba) es la estatua más grande de Buda que existe en el mundo. Un hombre puede alojarse fácilmente en el espacio formado entre dos dedos del pie. La foto de la izquierda muestra la otra estatua en su nicho y el acantilado al que dan un aspecto de colmena las grutas abiertas antaño por los monjes. Se dice que Gengis Khan y sus hordas fracasaron en su intento de destruir las estatuas.

Tibet y Nepal



Copyright Francis Brunel



Copyright Camera-Press



Copyright Camera Press

En las tierras del Nepal—cuna de Gautama—, la arquitectura religiosa adquirió un carácter particular, como se puede ver en el santuario o **stupa** de Bodnath (Kamandu) erigido en el siglo IX. Sobre la torre aparecen los «ojos de Buda» pintados en azul y blanco sobre fondo de oro (arriba, izquierda). La enseñanza del Budismo pasó al Tibet y se fundió con las influencias venidas de la China, a través del vecino Estado de Sikkim. Los lamas o monjes búdicos están agrupados en dos órdenes monásticos: la de los «birretes rojos», fundada por el monje indio

Padma Sambhava, y la de los «birretes amarillos» creada por el reformador Tsong-Kha-pa que estableció el Papado Búdico en Lhasa. El budismo lamaísta se rodeó de su propio ceremonial: pequeños santuarios a imagen y semejanza del **stupa** — como el que se vé abajo, frente al cual ora un lama a su manera — molinos portátiles de plegarias y bocinas metálicas. Esas bocinas llegan en ocasiones a tener cerca de tres metros de longitud. A la entrada de su monasterio, un lama descalzo (arriba, derecha) se apresta a tocar la bocina sagrada.

LOS LAMAS PINTORES

Sobre el techo del mundo



Copyright Robert J. Godet

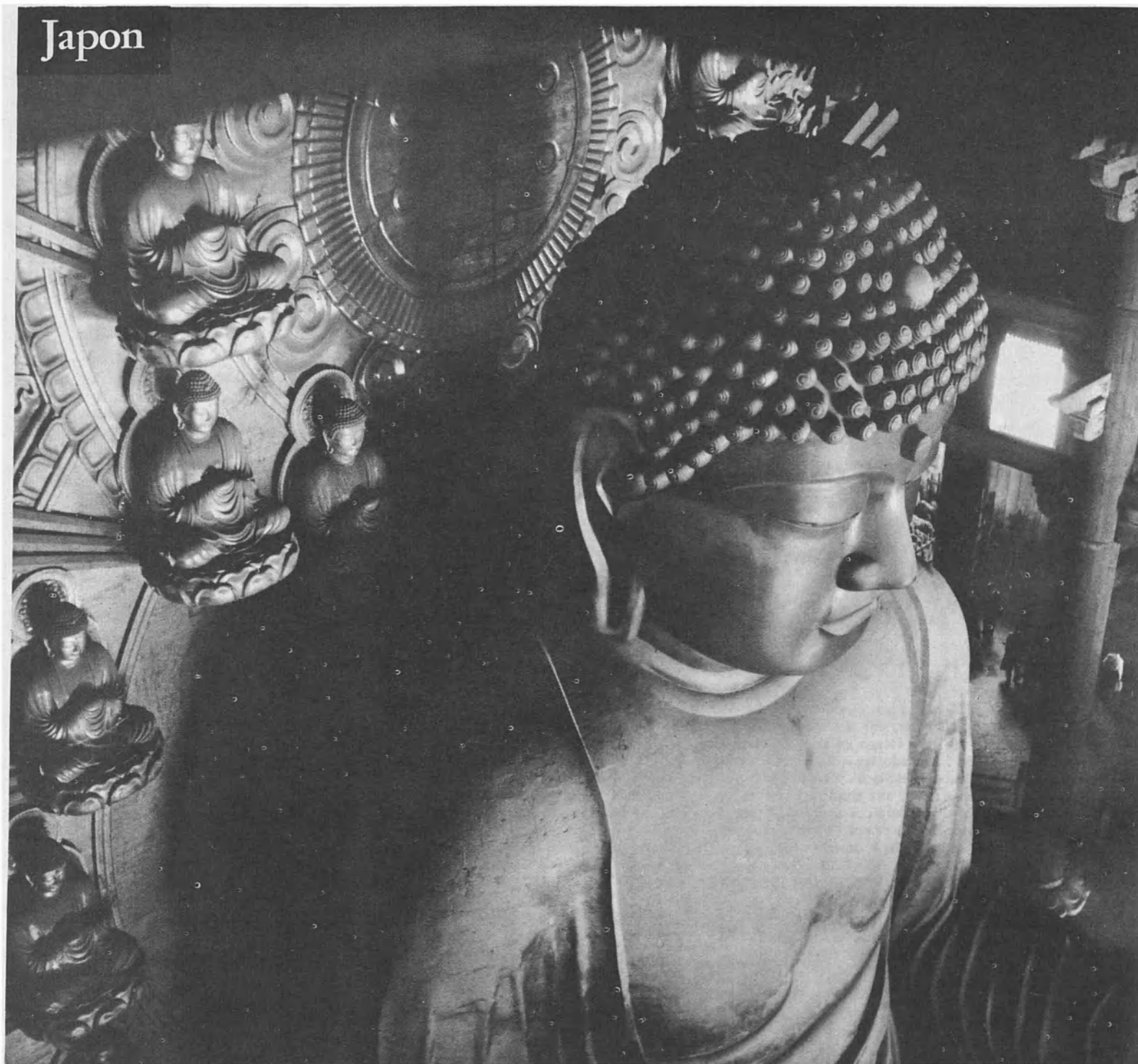
La escultura en madera era casi desconocida en el Tibet, «país sin bosques». En cambio, la pintura floreció de modo prodigioso con la llegada del budismo. Los lamas-pintores hicieron de la ejecución de cada cuadro y de cada fresco un acto de revelación religiosa. Esas pinturas-oraciones, llamadas **thankas** han experimentado las influencias más variadas desde el siglo VII al XVI: la influencia nepalesa, la de la escuela india de Nalanda, la musulmana de Cachemira, la mongólica, la javanesa, la china y la persa. Arriba, una **thanka** histórica que representa la corte celestial de Buda con los doce primeros Pontífices búdicos o Dalai Lamas. (El actual es la décima cuarta reencarnación de Buda.) Abajo, fresco de un templo budista cerca de Bodnath, Nepal, en que resalta la influencia hindú, en medio de la fantasía desenfrenada y la gran riqueza ornamental de formas y colores.



Detrás de las montañas escarpadas y los picos de hielo del Himalaya, se extienden las altas mesetas del Tibet, ciudadela del budismo. En esas regiones vecinas del cielo sopla sin cesar el «viento del espíritu» que hace girar millares de «molinos de plegarias». Gigantescos desfiladeros comunican este país con el Nepal y Sikkim. En el siglo VII llegó a la corte tibetana la noticia de las enseñanzas de Gautama Buda con las caravanas procedentes de la ciudad santa de Gangtok (Sikkim) y de los pueblos nepaleses. El budismo se extendió muy pronto en el Tibet bajo la protección del rey Srong-Tsang-Gampo, que había tomado por esposa a una princesa china budista y había enviado a su primer ministro a estudiar la nueva doctrina a la tierra santa del Ganges. Un siglo después, hacia 750 llegó a la corte tibetana el monje indio Padma Sambhava, de la secta Mahayanista, portando las escrituras herméticas, los diagramas mágicos y las imágenes de las divinidades terribles del Nepal. El peregrino fundó la orden monástica de los «birretes rojos» y transformó ese pueblo de soldados en una inmensa comunidad de monjes.

El budismo provocó en el Tibet el florecimiento de un arte rico, vigoroso y delicado a la vez, en el que se combinaban la demonología hindú con la caridad y la ternura búdicas, la obsesión del terror con la sensualidad sagrada. Se animó todo un mundo simbólico en la escultura de arcilla y en la pintura en seda. El acto de pintar se realizaba únicamente en estado de gracia, para el que se preparaban los lamas por medio de ayunos. La pintura-oración se llamó *Thanka*. Se ha dicho con razón que la pintura tibetana de la escuela pala-nepalesa no es otra cosa que una miniatura en grande por su frescura de colorido, riqueza decorativa, sinceridad de inspiración y precisión didáctica. En efecto, los lamas pintaron «en mayor escala que los iluministas nepaleses y bengalíes» y obtuvieron una gran síntesis expresiva conservando bajo un aparente hieratismo todo el frescor del desnudo dravídico. Las figuras gesticulantes, los motivos estilizados y decorativos, las ojivas enigmáticas sorprendieron por su gracia y su mezcla de ascetismo y sensualidad. «Nada más emocionante —dice un crítico de arte— que esas flores tropicales tan capitosas que, desde hace diez siglos, continúan floreciendo entre las nieves de la más alta región habitada de nuestro planeta».

Japon



Copyright Magnum-Bischof

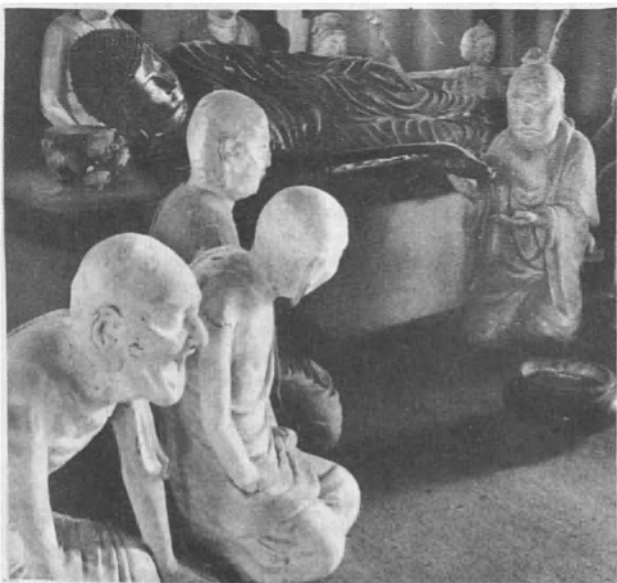
La mayor escultura en bronce del mundo

El período de 84 años — Desde 710 en que se fijó en Nara la capital del Japón hasta 794, en que se transfirió a Kioto — se conoce como la Edad de Oro de la escultura japonesa. En esta época, denominada por los historiadores del arte Era de Tempyo o Período Ulterior de Nara, se erigió la estatua en bronce del Gran Buda — la más grande que existe en este material — comenzada por orden del Emperador Shomu en 743 y terminada en 749. La figura sentada mide cerca de 18 metros de alto. El semblante tiene más de 5 metros, el ojo más de 1 metro, la oreja cerca de 3 metros. Se afirma que la fundición y el moldaje de la estatua requirieron 437 toneladas de bronce, 288 libras de oro y 7 toneladas de carbón. Esta obra está entronizada en el Templo de Todaiji, catedral búdica cuyo nombre significa “Gran Templo del Oriente” y cuyo edificio es la más grande estructura en madera del mundo. Aunque la escultura en bronce floreció en el Período Ulterior de Nara, se utilizaban con mas frecuencia otros materiales como la arcilla y la laca. Durante esa época, los templos y los monasterios budistas eran accesibles para todos. En períodos ulteriores, los monasterios se cerraron al público, y la pintura se volvió la expresión más común del arte búdico.





Copyright Magnum-Bishop



Los discípulos plañideros lamentan la muerte de Buda

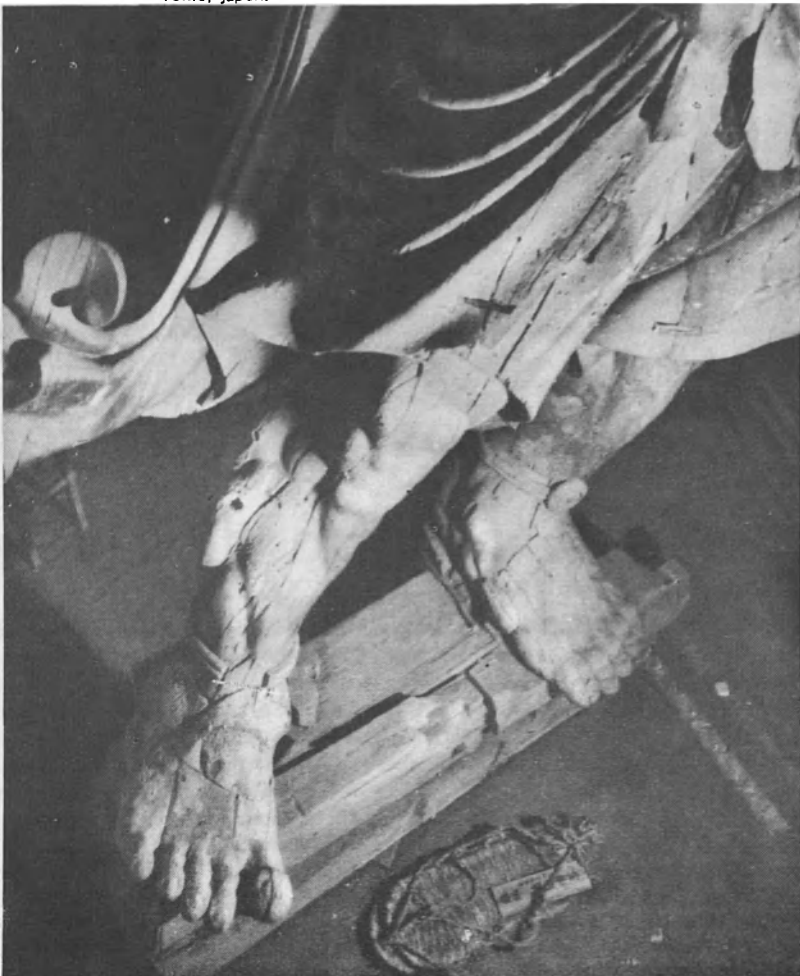
Los santuarios budistas que forman parte del monasterio de Horiuji, en Nara, son famosos en el mundo por los tesoros de arte que contienen. En uno de esos santuarios — la Pagoda de Cinco Pisos — se conservan hasta nuestros días unas estatuillas de yeso notables por su poderoso realismo, y su expresión de dolor, ternura y piedad. El primer piso de la Pagoda está ocupado por una reproducción en arcilla del Monte Sumeru — situado en el Himalaya y considerado en algunas leyendas hindúes y en las escrituras budistas como el centro del mundo — con nichos en los cuatro lados, imitando las grutas naturales. En esos nichos, más de 80 figurillas de yeso, cada una de 33 centímetros de alto, aproximadamente, representan cuatro escenas de la vida de Sakyamuni o Buda. Nuestras fotografías muestran algunas de estas figuras de la gruta septentrional en una escena del Nirvana o muerte de Sakyamuni. El inventario de Horiuji, formulado en el año 747, indica que las estatuillas datan de 711. A fines del siglo XIX había en la Pagoda 114 piezas, pero un buen número de ellas se han perdido o deteriorado; Algunas parecen haber cambiado de lugar en los nichos. Sin embargo, la mayor parte de las figuras conservan su apariencia original.

El arte búdico llegó al Japón en una estatua



Foto Mandshidi Sakamoto. Copyright Toto Bunka. Co. Tokio (Del libro "Pageant of Japanese Art", Vol. III).

Foto Yonpachi Fujimoto. Esta y las fotos de las pags. 55 a 57 son tomadas del libro "Japanese Sculpture". Copyright Ediciones Bijutsu Shuppan-Sha. Tokio, Japón.



Los emisarios enviados en el año 552 por el rey de Kundara —uno de los «Tres Estados de Corea»— desplegaron sus presentes ante los ojos asombrados del Emperador del Japón: algunos rollos de seda con la caligrafía de las sagradas escrituras búdicas o *sutras* y una estatua de bronce dorado de Gautama Buda. Esta es la primera escultura de que se habla en la historia del Japón, y su presencia marca el nacimiento del budismo y del arte escultórico en ese país. Se dice que el Emperador Yomei mandó tallar dos estatuas en madera de alcanfor como signo de su conversión religiosa. Treinta años después, el primer escultor, Kuratsukurubi, modelaba una estatua de 5 metros de alto para un monasterio budista.

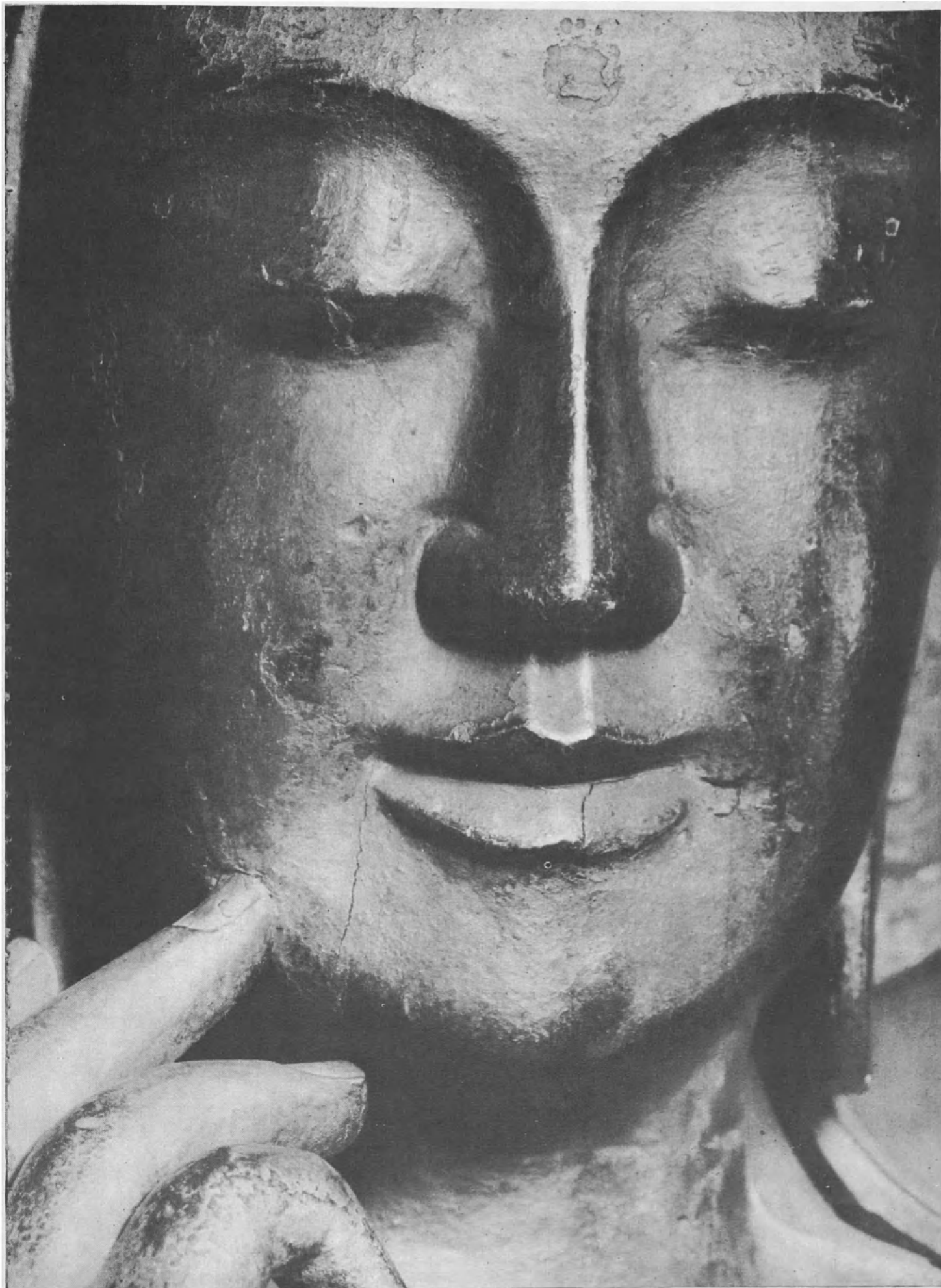
Cuando el príncipe regente Shotoku Taishi, «el Asoka japonés», proclamó el budismo como la religión oficial del imperio, surgieron por bosques y valles los santuarios y monasterios —hoy existen 72.000 en el Japón— poblados de esculturas de madera y de bronce o «metal chino». Llegaron en gran número los monjes y escultores chinos y coreanos, portadores los primeros de los secretos de la medicina y de los ornamentos para el culto búdico, y los segundos, de las normas artísticas de China y de la India. Así, el budismo fué el «maestro de la nación japonesa», pero ésta aportó al aprendizaje su propio espíritu y su extraordinaria sensibilidad.

La sociedad nipona estaba sacudida por la lucha de los señores feudales y por la vida errante de la corte: Asuka, Nara, Kamakura fueron centros del gobierno, pero también focos de arte que dieron su nombre a los diferentes períodos de la evolución cultural. El período de Asuka (siglo VII) consolidó la influencia formal de China en los ritos y la organización monástica. El arte se complació en la decoración de los paramentos del culto. Pero el apogeo búdico se alcanzó en el período de Nara (fines del siglo VII y todo el siglo VIII) durante el cual se efectuaron numerosos peregrinajes de monjes y artistas a la China. Esas «comisiones» que a veces se componían de 500 personas fueron a buscar inspiración en las obras de arte de la época Tang.

★

En 1180, la guerra civil y el fuego destruyeron los grandes santuarios de Nara. La reparación y las restauraciones que siguieron exigían un conocimiento meticuloso de los antiguos estilos de arte y originaron la gran escuela de realismo del Período de Kamakura que alcanzó su apogeo en el siglo XIII con los geniales escultores Unkei, su discípulo Kakei y su hijo Tankei. Abajo, un detalle de uno de los dos gigantes guardianes — cuya altura llega a más de 9 metros — tallados en madera por Unkei y Kakei para el devastado monasterio de Todaiji, en Nara. Esta obra ilustra la frase de que «el realismo fué el esqueleto y el vigor la carne misma» de la escultura de ese período.

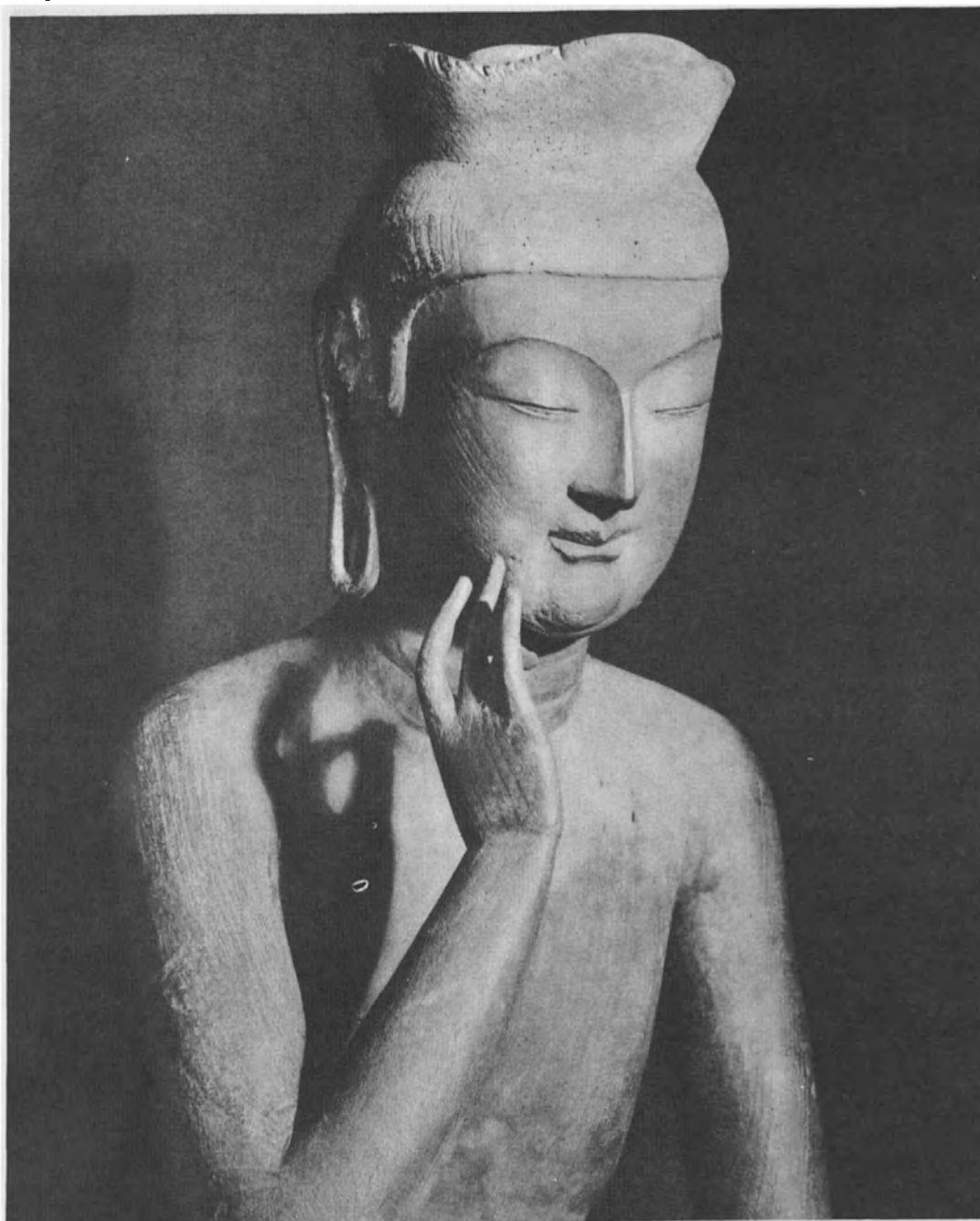
El espíritu del renacimiento artístico de Kamakura ejerció su influjo también sobre otros dominios, además de la escultura. Revivieron las antiguas sectas budistas del Período de Nara y aparecieron otras nuevas, como la de Zen, después de la renovación en el siglo XI del contacto con China, suspendido en el siglo IX. Esas sectas introdujeron el culto de las imágenes y desarrollaron el arte de los retratos en efigie así como la pintura en rollos de papel o de seda, representando escenas de la vida de los sacerdotes y fundadores de órdenes monásticas. Ejemplo notable de los retratos en escultura del Período de Kamakura es la estatua del eremita Bahisen, esculpida por Tankei en 1254 y expuesta hoy en Kioto. El cuerpo magro se apoya sobre el cayado de peregrino, mientras la mano tiende el rollo de la plegaria y los ojos resplandecen en el semblante apergaminado. Se ha dicho de esta estatua que es «una de las más poderosas figuras monásticas de todos los tiempos».



K. Domon.

Esta expresiva estatua de Buda en su juventud (Miroku Bosatsu) data del siglo VII. Ha sido tallada en madera de alcanfor. Su actitud es la misma que la de la estatua presentada en la página 57. Se la ha compa-

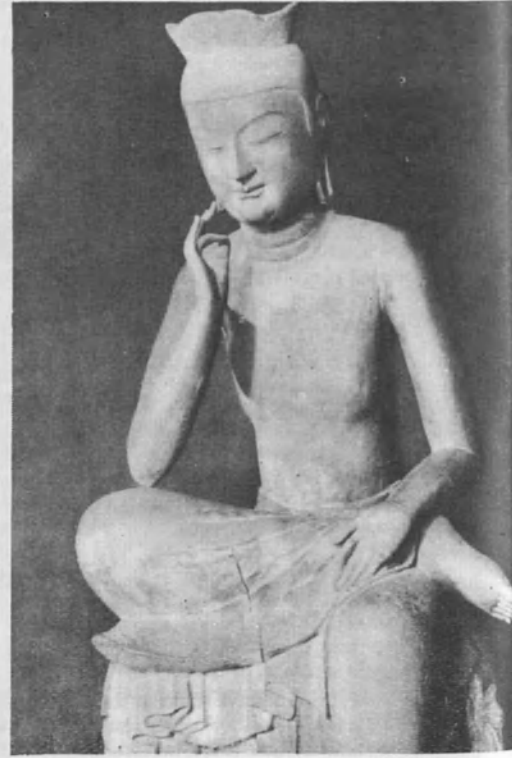
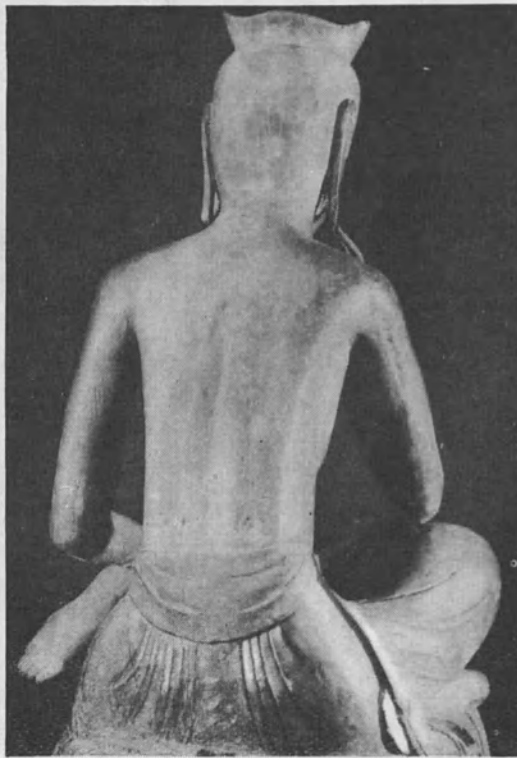
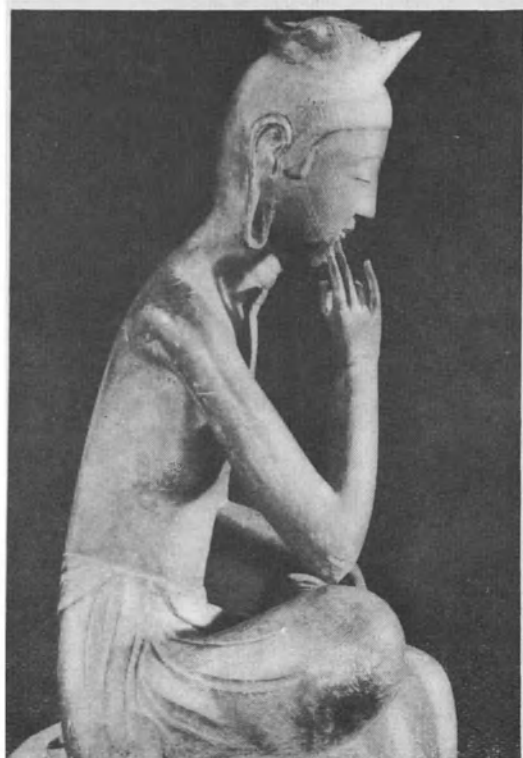
rado al famoso "Pensador de Rodin" y al Zeus de Malasia. Los críticos de arte están de acuerdo en afirmar que es "una de las más nobles imágenes de la meditación creadas por la mano del hombre".



Actitud de meditación

En los suburbios occidentales de Kyoto — en una zona en donde están situados hoy varios estudios cinematográficos japoneses — se levanta el templo de madera de Koryuji, uno de los más ricos aunque menos conocidos depósitos de arte del Japón. Algunas de las obras maestras de este templo superan aún a las de Nara; pero hasta 1950 no era permitido fotografiar los tesoros de Koryuji, por lo que éstos permanecieron prácticamente en el olvido. De todas las obras artísticas del templo, la estatua de Miroku Bosatsu (un Bodisatva, o futuro Buda) es acaso la más delicada y palpitante de gracia. Con su mejilla apoyada en dos dedos de su mano derecha y con los labios animados por una suave sonrisa, mientras su mano izquierda descansa en el tobillo izquierdo, y su codo derecho en la rodilla de ese mismo lado, esta figura es de una belleza singular. Esta actitud, conocida con el nombre de Hanka shi-i, es la que adoptó Buda en su meditación antes de ser tocado por la gracia. La estatua ha sido tallada en un solo bloque de madera, y se cree que estuvo dorada originalmente. Data del período de Asuka (comienzos del siglo VII de nuestra Era). Se encuentra en el Vestíbulo del Tesoro, establecido en el Templo de Koryuji en 1922.

K. Domon,





Esta escultura en arcilla laqueada se ha conservado perfectamente en el monasterio de Todaiji, Nara, desde el siglo VIII. Representa la figura de un semidiós y se considera como uno de los grandes hitos en la historia de la escultura japonesa por su serenidad acompasada y su noble humildad. Es un ejemplo de la unidad obtenida por la escultura del período de Tempyo al combinar el arte y la piedad, la devoción y la belleza. Particularmente expresiva es la posición de las manos. En ninguno de los períodos anteriores de la escultura búdica se encuentran las manos juntas como en actitud de plegaria. Esta escultura se conoce en el Japón con el nombre de Nikko Bosatsu y se encuentra formando pareja con una figura casi idéntica, e igualmente bien conservada (Gakko Bosatsu) en el gran vestíbulo de Kokkedo, que sirve de entrada al monasterio ya nombrado Taikichi Irie.

Arte Búdico *(Viene de la pag. 14)*

Uno de los primeros escultores cuyo nombre conocemos es el monje artista Hait'ong que terminó en 730 la colosal estatua de piedra de Buda que mide más de 51 metros de alto, en Kai-tingfu. Los frescos que recubren las paredes estucadas representan escenas seculares de un vigoroso realismo, y siguen la tradición de las tumbas de Han, de una orientación muy alejada del sentimiento de los principales paneles religiosos. Es todo un panorama de la vida en China, del siglo V al XIV: los trajes cambian con las modas; los paisajes van evolucionando desde los ensayos primitivos hasta las obras maestras del arte Sung.

Las culturas del Asia Sudoriental llegaron a su apogeo en el siglo VIII, cuando empezaban a decaer las del Afganistán y de los reinos del Asia central, asolados por constantes invasiones. En el arte de estas regiones se habían mezclado muchos pueblos e influencias. Allí se encontraron, en las criptas de los monasterios y en grutas situadas a lo largo de la antigua Ruta de la Seda, centenares de figurillas de barro cocido, colosales Budas, incontables frescos y bajos relieves. Los colores de los frescos —azul lapizlázuli, amarillo, ocre, rojo y verde— conservan la lozanía de sus primeros tiempos y demuestran una asombrosa unidad técnica así como una variedad maravillosa de estilos.

La India y China constituyen las dos fuentes que difundieron su fecundo lino cultural sobre el Asia; pero esos dos gigantes enriquecieron a su vez su propio patrimonio con varios elementos extranjeros. El arte búdico chino absorbió las influencias indias, grecorromanas y persas y las incorporó a sus profundas y vigorosas tradiciones nacionales. Durante los primeros siglos de nuestra Era hasta las postrimerías de la Edad Media, el arte búdico chino atravesó por varias etapas y estilos, pero su contribución esencial al arte religioso asiático es indudablemente la expresiva interpretación del semblante de Buda. La sonrisa mística es una pura creación china y encarna un profundo sentimiento religioso. En todos los lugares en donde se encuentra la sugestión de esa sonrisa —en Camboja, Japón, Java, Tailandia o Birmania— se comprende la afinidad con China.

Durante el período de Tang (618-907 d. J.C.) las figuras perdieron su carácter hierático y se volvieron más humanas, aunque llenas de majestad y fulgor divino.

China, cuyo genio inventivo ha enriquecido al mundo (con la imprenta, la brújula, etc.) creó igualmente nuevas técnicas en el cultivo de las artes como la utilización de la laca, el embutido de hojas metálicas en la escultura y el esmalte, y el trabajo de abollonado al martillo. Los artistas búdicos no sólo desarrollaron la inclinación paisajista en la pintura, sino que uno de ellos, Wang Wei (699-759) creó el paisaje monocromo en tinta china que alcanzó su expresión suprema en la época de la dinastía Sung (960-1127 d. J.C.). Wei es el autor del famoso tratado de los principios pictóricos «Los Secretos del Paisaje».

El arte búdico es de una asombrosa unidad y diversidad. Sólo puede compararse con la unidad y variedad del arte cristiano en Europa. Quizás existe una razón para ello: Todo arte válido trata de acercarnos a los valores universales que guían al hombre. Buda, al igual que Jesucristo, nos trae un mensaje de paz, y el artista trata de interpretar este mensaje a su manera.

“Amad a todo ser vivo”

(Viene de la pag. 35)

maestros religiosos de los tiempos de Buda, la cual se menciona y critica en los textos búdicos. Tal teoría está vinculada a los nombres de dos maestros que negaron el libre albedrío del hombre. Uno de ellos era Purana Kassapa, quien negaba la capacidad del hombre para la acción moral, en virtud de no poseer una voluntad propia y libre. El otro era Makkahli Gosala que no reconocía el libre albedrío ni el determinismo y afirmaba que los seres se salvaban o condenaban milagrosamente. Ambos sostenían que los seres humanos pertenecen a alguna de las seis especies determinadas en virtud de los cuales poseen ciertas características genéticas, ciertos rasgos físicos y hábitos así como una determinada naturaleza psicológica, que son incapaces de alterar mediante su sola voluntad o esfuerzo.

La especie negra de los carniceros

Las seis categorías aparecían designadas por seis colores: Había la especie negra, azul, roja, amarilla, blanca y la sexta era blanca pura. No es seguro que tales colores denotaran una diferencia en el aspecto físico de los individuos; pero de esta clasificación se desprende que los colores constituían desde el punto de vista genético categorías diferentes en lo físico como en lo psicológico. Pertenecían a la especie negra los carniceros, cazadores, pescadores, bandoleros, verdugos y todos cuantos adoptaban una cruel manera de vivir. Incidentalmente aparecían englobados en las castas más bajas y su tez era, en general, la más oscura.

Las otras cinco categorías diferían en virtud de su grado de maldad o santidad, que no podían alterar por sí mismos. La especie de color blanco puro era la de los santos perfectos aun cuando su santidad fuese considerada como natural en ellos, lo mismo que su constitución física, y no debida en modo alguno, a un esfuerzo o acto de voluntad personal. En opinión de estos tipólogos los seres humanos que en esta vida sufren penas, han nacido para sufrir, porque han heredado ciertas condiciones físicas y psicológicas.

Buda niega la existencia de tipos humanos fijos, genéticamente determinados, y para ello se basa en la realidad del libre albedrío y la capacidad que tiene el hombre para hacerse moral o inmoral o hasta feliz o desgraciado, transformándose a sí mismo o degenerando moralmente, según los casos. No hay hombres que sean intrínsecamente buenos o malos por naturaleza y que necesariamente hayan de seguir siéndolo, ya que el malo puede llegar a ser bueno y el bien puede degenerar en mal. Los seis tipos de seres humanos que Buda reconocía no tienen naturalezas fijas y genéticamente determinadas sino que son seis clases de seres, a saber: el malo que sigue siéndolo, el malo que se vuelve bueno, el malo que transciende el bien y el mal (y alcanza el Nirvana), el bueno que se vuelve malo, el bueno que sigue siendo bueno y el bueno que transciende el bien y el mal (y alcanza el Nirvana): Todos ellos, sin la menor duda, mediante el ejercicio de su libre albedrío.

AGENTES GENERALES DE VENTA

ALEMANIA. — R. Oldenbourg K.G. Unesco-Vertrieb für Deutschland, Rosenheimerstrasse 145, München 8.

ALGERIA. — Editions de l'Empire, 28, rue Michelet, Alger.

ARGENTINA. — Editorial Sudamericana S.A., Alsina 500, Buenos Aires. Inter Prensa, Florida 229, Buenos Aires.

BELGICA. — Louis de Lannoy, Editeur Libraire, 15, rue du Tilleul, Genval (Brabant).

BOLIVIA. — Librería Selecciones, Avenida Camacho 369, Casilla 972, La Paz.

BRASIL. — Livraria Agir Editora, Rua México 98-B, Caixa Postal 3291, Rio de Janeiro.

CANADA. — University of Toronto Press Toronto 5. Periodica Inc., 5090, Avenue Papineau, Montreal 34.

COLOMBIA. — Librería Central, Carrera 6-A No 14-32, Bogotá.

COSTA RICA. — Trejos Hermanos, Apartado 1313, San José.

CUBA. — Unesco Centro Regional en el Hemisferio Occidental, Calle 5 No 306 Vedado, Apartado 1358, La Habana.

CHECOSLOVAQUIA. — Artia Ltd., 30, Ve Smeckachi, Praga 2.

CHILE. — Librería Universitaria, Alameda B. O'Higgins 1059, Santiago.

DINAMARCA. — Ejnar Munksgaard Ltd., 6, Nørregade, Copenhagen K.

ECUADOR. — Librería Científica, Luque 233, Casilla 362, Guayaquil.

ESPAÑA. — Librería Científica Medinaceli, Duque de Medinaceli 4, Madrid. Ediciones Iberoamericanas S.A., Pizarro, 19, Madrid.

ESTADOS UNIDOS DE AMERICA. — Unesco Publications Center, 475, Fifth Avenue, Nueva York, 17, N.Y.

ETIOPIA. — International Press Agency, P.O. Box 120, Addis Abeba.

FILIPINAS. — Philippine Education Co. Inc., 1104, Castillejos, Quiapo, P.O. Box 620, Manila.

FRANCIA. — Al por menor: Librería de la Unesco, 19, Avenue Kléber, Paris, 16°, C.C.P. Paris 12.598-48. Al por mayor: Unesco, Division de ventas, 19, Avenue Kléber, Paris, 16°.

GRECIA. — Librairie H. Kauffmann, 28, rue du Stade, Atenas.

HAITI. — Librairie « A la Caravelle », 36, rue Roux, B.P. 111, Puerto Principe.

INDONESIA. — G.C.T. Van Dorp & Co., Djalan Nusantara 22, Poststrommel 85, Jakarta.

IRAN. — Iranian National Commission for Unesco, Avenue du Musée, Terán.

ISRAEL. — Blumstein's Bookstores Ltd., 35, Allenby Road, P.O. Box 4101, Tel-Aviv.

ITALIA. — Librería Commissionaria Sansoni Via Gino Capponi 26, Casella Postale 552, Florencia.

JAMAICA. — Sangster's Book Room, 99, Harbour Street, Kingston. Knox Educational Services, Spaldings.

JAPON. — Maruzen Co. Ltd., 6, Tori-Nichome, Nihonbashi, P.O. Box 605 Tokyo Central, Tokio

NICARAGUA. — A. Lanza o Hizos Co. Ltd., P.O. Box n° 52, Managua.

NUOVA ZELANDIA. — Unesco Publications Centre, 100, Hackthorne Road, Christchurch.

PAISES BAJOS. — N.V. Martinus Nijhoff, Lange Voorhout 9, La Haya.

PANAMA. — Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza de Arango No 3, Apartado 2052, Panamá R.P.

PARAGUAY. — Agencia de Librerías de Salvador Nizza, Calle Pte Franco No 39/43, Asunción.

PERU. — Librería Mejía Baca, Jiron Azan-garo 722, Lima.

PORTUGAL. — Publicacoes. Europa-America Ltda, Rua das Flores 45, 1, Lisboa.

PUERTO RICO. — Pan American Book Co., P.O. Box 3511, San Juan 17.

REINO UNIDO. — H.M. Stationery Office, P.O. Box 569, Londres, S.E.1.

REPUBLICA DOMINICANA. — Librería Dominicana, Mercedes 49, Apartados de Correos 656, Ciudad Trujillo.

SUECIA. — A/B. C.E. Fritzes, Kungl. Hovbokhandel, Fredsgatan 2, Estocolmo.

SUIZA. — Europa Verlag 5, Rämistrasse, Zurich. Payot, 40, rue du Marché, Ginebra.

TANGER. — Paul Fekete, 2, rue Cook, Tanger.

TUNEZ. — Victor Boukhors, 4, rue No-card, Túnez.

URUGUAY. — Unesco Centro de Cooperación Científica para América Latina, Bulevar Artigas 1320-24, Casilla de Correo 859, Montevideo. Oficina de Representación de Editoriales, 18 de Julio, 1333, Montevideo.

VENEZUELA. — Librería Villegas Venezolana, Av. Urdaneta - Esq. Lanes Ibarra, Edif. Riera, Apartado 2439, Caracas.

YUGOSLAVIA. — Jugoslovenska Knjiga, Terazije 27/11, Belgrado.



Copyright Museo
Británico-Skeel

Estos relieves esculpidos en piedra constituyen un panel de un monumento erigido en Amaravati, región de Andhra, en la India meridional. Son un ejemplo notable del arte búdico de la primera época y datan del siglo II de nuestra Era. Aún no adquiere Buda su envoltura humana. El panel muestra cuatro episodios de su vida. Arriba, derecha : el sueño de Maya, madre de Buda. La leyenda relata que Maya soñó que un elefante descendía del cielo y penetraba por su costado derecho, simbolizando la concepción de Buda. Arriba, izquierda : La reina Maya cuenta su sueño al rey. Abajo : Buda nace al pie de un árbol, emergiendo del costado diestro de su madre, y, a la izquierda el rey de las Serpientes Nagas viene a adorar al niño (que no aparece en el panel). Amaravati fué la capital del país de Andhra, conocido de Plinio y de Tolomeo. Los romanos establecieron sus factorías en la costa de ese país.

OBRA MAESTRA del arte búdico por la pureza y elegancia de sus líneas, la estatua representa al joven príncipe Gautama, que se convertirá más tarde en Buda. Esta obra fué esculpida en el siglo XI por un artista anónimo, en la región del Himalaya donde nació el "iluminado". Está hecha en bronce dorado con incrustaciones de rubíes, turquesas, esmeraldas y lapizlázuli. Todo en esta obra es simbólico : las piedras preciosas representan los centros de fuerza del hombre, la actitud de la mano derecha significa la sabiduría, el tercer ojo en medio de la frente simboliza la clarividencia ultraterrena, y finalmente, la sonrisa indica que el Boditsava, o futuro Buda, ha penetrado en el mundo de lo eterno.

Copyright Francis Brunel

